TRIXIE BELDEN

17

UN VISITANTE MISTERIOSO



Trixie y Honey se hacen amigas de una compañera y vecina solitaria, Diana Lynch, y toman conciencia de sus problemas y la llegada de un tío desaparecido hace mucho tiempo. Trixie se esfuerza por convencer a los demás de que él es un impostor y con la ayuda de Mart se las arreglan para descubrir la verdad, poniendo en riesgo sus vidas en el proceso.



Kathryn Kenny

Un Visitante Misterioso

Trixie Belden - 17

ePub r1.1

Titivillus 06.09.16

Título original: *The Mysterious Visitor*
Kathryn Kenny, 1954

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Si encuentra alguna errata en el libro o quiere compartir libros del mismo autor, puede avisar por mensaje privado en la página oficial de EpubLibre para mejorar juntos el proyecto Scriptorium





Una amiga infeliz • 1

TRIXIE Y HONEY se cogieron del brazo a la salida de clase.

—¿Has visto? —exclamó Trixie—. Deberes en un viernes. No es justo. Nos estropeará todo el fin de semana.

Trixie era una muchacha de trece años, lozana, de ojos redondos y azules, que tenía el pelo rojizo, corto y rizado.

—Todos los meses de octubre, desde que aprendí a escribir —dijo lamentándose—, la profesora de inglés nos pone el mismo trabajo. Trixie frunció el ceño, bajó la vista, y dijo con una voz aguda: «Y ahora, niños, quiero que me contéis, en no menos de

doscientas palabras, lo que hicisteis este verano». ¡Ya ves! —continuó—. Si escribo más de cien palabras, ya habré hecho bastante. Y seguro que están llenas de faltas de ortografía, y que la puntuación es un desastre.

Honey Wheeler, que era la mejor amiga de Trixie, se rió. Se había ganado el apodo «Honey» por sus cabellos dorados como la miel, y por sus ojos grandes, color avellana. Aunque tenían la misma edad, Honey era más alta y delgada que Trixie.

—Pero Trixie —dijo—, te sería imposible contar todo lo que hemos hecho este verano aunque fuera con un millón de palabras. Yo había pensado en dividir nuestras apasionantes experiencias. Como ahora Jim es mi hermano adoptivo, yo contaré cómo lo encontramos allá arriba, en la vieja Mansión, y lo perdimos y lo recuperamos al resolver el misterio de la caravana roja. Tú podrías contar lo del diamante que encontramos en el cobertizo, y lo de los ladrones que nos lo robaron, y cómo ayudaste a la policía a capturarlos.

Trixie la miró con escepticismo.

—Una cosa es contar algo —dijo—, y otra escribir sobre eso. Jamás podría escribir una historia que pareciera interesante… ni siquiera en el caso de que a mí me importara muchísimo. Me duele la mano sólo de pensar que tengo que explicar todo lo del cobertizo y lo del diamante y los ladrones y todo lo demás. Y añadir que ahora el cobertizo es la sede de nuestro club secreto. Bueno, no creerás que iba a contar esa parte de la historia… ¿verdad?

—Espero que no —replicó su amiga. Era la última semana de octubre, pero hacía bastante calor. Honey se apartó con la mano el flequillo de la frente—. Ni siquiera deberías hablar de nuestro club en el pasillo, delante de todo el mundo —continuó diciendo en voz baja—. Suponte que alguien adivina que «B.W.G.» son las iniciales de los «Bob-Whites de Glen». Trixie, ¿te acuerdas de lo que nos divertimos el primer día de colegio, cuando nos pusimos las chaquetas rojas y dejamos a todos desconcertados?

Trixie asintió con la cabeza.

—No me explico cómo conseguiste hacer esas chaquetas tan deprisa, Honey. Y en cuanto al bordado en blanco de las letras «B.W.G.» en la espalda de las chaquetas, bueno, eso me desconcertó incluso a mí. La verdad es que para mí coser y bordar es lo mismo,

porque cada vez que veo la punta de una aguja me pongo al borde de la histeria.

Honey pellizcó a Trixie en el brazo.

—Mientras seamos vecinas —le dijo cariñosamente—, ni siquiera tienes por qué pensar en coser. Yo me encargaré de remendarte la ropa, Trix. Me encanta coser, y no me importa hacértelo…

Las chicas vivían en Glen Road, que estaba a unas dos millas del instituto de la ciudad de Sleepyside-on-the-Hudson[*]. Ellas dos, junto con Jim Frayne, y los hermanos mayores de Trixie, Brian y Mart, iban de casa al instituto, y del instituto a casa, en autobús. En Manor House, que así se llamaba la enorme finca de los Wheeler, había muchos acres de césped bien cuidado, un bosque y un establo cuyos caballos gustaban a todos. Lindaba al oeste con Crabapple Farm, propiedad de los Belden, que se asentaba en un pequeño valle. La casa de Honey era muy lujosa y estaba repleta de objetos de valor, pero Trixie prefería la pequeña casa de madera donde vivía con sus padres y sus tres hermanos.

—Ojalá sigamos siendo siempre vecinas —le dijo a Honey—. Me habría aburrido tremendamente el verano pasado si tu padre no hubiese comprado Manor House. No había nadie por aquí con quien hablar. Brian y Mart se habían ido al campamento, y sólo quedaba Bobby. Y con él no se puede hacer nada. Ya tenemos bastante con sacarlo de todos los líos en que se mete… y lavarle la cara, y peinarle, y cubrirle las rodillas de esparadrapo, que no sé cómo no se desangra con tantas heridas como se hace. Desde luego, te aseguro que no hubiera sido el verano de mi vida.

—Yo sé de alguien que está completamente sola ahora mismo —dijo Honey con tristeza—. Y lo siento muchísimo por ella.

—¿Quién? —preguntó Trixie, llena de curiosidad. Excepto Honey, ella había ido al colegio con todos los chicos y chicas que eran compañeros suyos en high school junior[1] ese curso. Y por mucho que pensara no podía imaginar que ninguno de ellos tuviera razón alguna para sentirse solo. La mayoría vivía en el barrio residencial de la ciudad, una zona muy elegante, que se extendía a lo largo de la orilla oriental del río Hudson. Al vivir tan cerca unos de otros, se lo pasaban en grande cuando acababan las clases y durante las vacaciones, mientras que una gran distancia separaba a

casi todos los que tenían que coger el autobús.

—¿Quién? —volvió a preguntar Trixie.

—Diana Lynch —le susurró Honey al oído.

—¿Di… sola? —exclamó Trixie tan sorprendida que no pudo menos que soltar un grito.

—¡Chist! —dijo Honey, avisándola de que se callara pues Diana podía estar cerca de ellas.

—Pero si lo tiene todo —continuó Trixie, bajando un poco la voz —. Después de ti, Honey, ella es la chica más guapa de la clase. No saca unas notas muy buenas, pero yo tampoco. Tiene dos hermanos gemelos y también dos hermanas gemelas; y su padre ganó un millón de dólares hace un par de años; tienen una casa grandísima, tan espléndida como la tuya, en lo alto de una colina, en una zona más alta que la tuya, y con una vista del río maravillosa. Sólo he estado allí una vez, pero…

—Precisamente —la interrumpió Honey—. ¿Cómo es que no has ido a su casa más que una vez? ¿Y por qué no se sienta jamás cerca de ti en el autobús? Yo tenía entendido que Di y tú habíais sido compañeras desde el jardín de infancia.

—Es verdad —dijo Trixie—. Y, ahora que lo pienso, cuando los Lynch eran pobres y vivían en un apartamento muy bonito, pero bastante pequeño, en Main Street, ella, a menudo, solía invitarme a comer a su casa. Su madre es una cocinera excelente. Todavía me acuerdo de sus pancakes[2] y de aquel pollo frito… estaban como para chuparse los dedos. ¡Menudo banquete comparado con el sandwich y el vaso de leche a que estaba acostumbrada!

—Su madre ya no prepara nada —dijo Honey—. De hecho, apenas se mete en la cocina.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó Trixie—. Cuando Di me invitó a comer la primavera pasada (fue entonces cuando vi su caravana roja), había sirvientes por todas partes. Aunque no lo creas, tenían dos niñeras para los gemelos. Ojalá Bobby tuviera dos niñeras. Desde luego, no iban a estar de brazos cruzados.

Bobby era hermano de Trixie, un diablillo de seis años, al que ella cuidaba, con más frecuencia de lo que hubiera deseado.

Honey le dijo sonriendo:

—Tú crees que te gustaría tener un montón de criados, Trixie, pero no es verdad. A mí me criaron niñeras, y te aseguro que no es

nada divertido.

—Pero las niñeras no molestan a Di —dijo Trixie—. Y tiene la inmensa suerte de no tener que lavar nunca los platos, ni quitar el polvo, ni hacer las camas, como me pasa a mí todos los fines de semana.

—¡Pobre esclava! —dijo Honey en tono de burla—. Casualmente me he enterado de que a Mart y a Brian les toca casi siempre lavar los platos en tu casa, y que todos, salvo Bobby, se hacen la cama, y en cuanto a lo de quitar el polvo… bueno, yo te he visto hacerlo, Trixie. Y no te preocupes, que no te vas a herniar. Si ves algo que no se puede quitar de un soplido, pones algo encima para taparlo.

Trixie se rió entre dientes.

—Tienes razón, Honey. Me daría rabia tener la casa atestada de sirvientes. Y seguro que no hay nadie que cocine tan bien como mamá. Lo más gracioso es que nunca presume de ello. Se pone el delantal, y parece más joven y guapa que nunca, y da la impresión de que se da una vuelta por la cocina y al rato sale con una comida extraordinaria.

—¿Y cómo sabes que Di no opina lo mismo de su madre? —preguntó Honey—. Quiero decir, mi madre no puede ponerse a hervir un poco de agua sin provocar un pequeño incendio, así que nunca se mete en la cocina. El otro día la señorita Trask le dijo que necesitábamos unas trébedes, y mi madre se puso a chillar, creyendo que las trébedes eran mataratas, tal y como yo pensaba también —dijo con una sonrisa maligna—. A la señorita Trask le llevó horas explicar que las trébedes son como una especie de sartenes.

Trixie no pudo reprimir una carcajada. Tanto Honey como sus padres, sus abuelos y sus tatarabuelos habían nacido ricos, de modo que le sorprendió averiguar que a la señora Wheeler le daba casi tanto miedo una sartén como a ella una rata. Honey, probablemente, era la primera mujer de la familia, después de varias generaciones, que se preocupaba de aprender a cocinar.

—¿Qué te dijo Di? —le preguntó Trixie al cabo de un rato—. No sabía que vosotras dos fuerais buenas amigas. ¿Por qué estás tan convencida de que es infeliz?

—Ella no me confesó que se encontrara sola —dijo Honey mientras bajaba los anchos peldaños de la puerta principal del

instituto—. Pero yo era nueva cuando vine a este colegio, y me habría sentido muy sola si no hubiese sido por ti, Trixie. Por eso me pareció notar que Di estaba triste… y eso que ella no es nueva aquí. ¿No te has dado cuenta? Casi nunca juega con los demás, ni se apunta a ninguna actividad, y apenas habla con los otros compañeros de la clase.

Honey no dijo nada. Ella tenía un corazón de oro, y parecía tener un radar para detectar la tristeza en la gente. Con un poco de remordimiento, Trixie, de repente, se dio cuenta de cuánto había cambiado Di, aunque de una manera gradual, de un año a esta parte. Tenía el cabello de un negro azulado, que le caía sobre los hombros esbeltos, y unos ojos de color violeta con unas pestañas largas y rizadas. Era tan hermosa que siempre fue la heroína en las obras de teatro del colegio, a pesar de que solía equivocarse en el texto. Pero a nadie le importaba, ni siquiera a los profesores, porque siempre se reía al confundirse, arreglándoselas, de un modo u otro, para transformar en comedia la tragedia más seria.

—Es cierto —dijo Trixie de repente—. Ahora nunca la ves reírse; siempre se mete en un rincón del autobús como si… como si algo le diera vergüenza. Pero ¿por qué?

—No lo sé exactamente —dijo Honey—. He intentado hacerme amiga suya muchas veces, pero cuanto más hablo con ella más avergonzada parece. ¿Lo ves? Allí la tienes, esperando el autobús ella sola. ¿No podremos hacer nada por ella, Trixie?

Trixie no llegó a contestar, porque en ese momento llegaron sus hermanos y Jim. Brian tenía dieciséis años, de forma que era uno mayor que Jim, pero los dos estaban en el mismo curso, porque Jim iba un año adelantado. Brian había heredado los ojos y el cabello oscuros de su padre. Quitando el detalle de que era seis centímetros más alto, Mart se parecía tanto a Trixie que pasaban por gemelos; los dos tenían los ojos azules de su madre, y eran rubios, como ella. Jim, aunque no era familia de los Wheeler, era pelirrojo y también tenía los ojos verdes, como el padre de Honey.

Mart le llevaba once meses a Trixie, y solía tratarla como si ella tuviera la edad de Bobby. Le encantaba usar palabras rebuscadas y, como sabía que esto irritaba a Trixie, lo hacía con frecuencia. Así, saludó a su hermana de esta forma:

—¿Acaso me engaña mi vista cansada? ¿Es eso que te has

metido con tan poca gracia en el bolsillo de la falda un cuaderno? ¿Debo deducir, por ello, que tienes pensado dedicar parte del fin de semana que se avecina a conquistar la sabiduría?

Trixie lo miró con cara de pocos amigos.

—La respuesta a tu sencilla pregunta es sí —contestó secamente —. Tenemos que escribir una redacción para la clase de inglés.

Mart cruzó las manos y se inclinó hacia adelante y hacia atrás, sobre sus talones, como si fuese un conferenciante en la tarima.

—¿Y cuál, te ruego me informes, es el tema de tu redacción?

—¿Y a ti qué te importa? —dijo Trixie llena de rabia.

—Pero bueno… —dijo Mart con cara de sorpresa—. Estaba a punto de ofrecerte mis servicios, por una pequeña suma, un dólar, para ser exacto. Con mi conocimiento superior de todos los temas, con mi extensísimo vocabulario, y…

—Ya, ya. Ya lo sabemos —le interrumpió Trixie—. Y también sabemos por qué llevas el pelo tan corto. Tu cerebro es tan ridículamente diminuto que quedaría aplastado bajo el peso de una mata de pelo algo mayor.

—Chicos, chicos —intervino Brian sonriendo—. ¿Es que vais a estar así desde la mañana a la noche? Resulta muy cansado, ¿no creéis?

Honey cogió a Di bruscamente del brazo y la incluyó en el grupo.

—Estaba pensando, Di —dijo sin ningún rodeo—, que sería estupendo que te vinieses a pasar el fin de semana con Jim y conmigo. El autobús está a punto de llegar, pero tienes tiempo de volver al colegio y telefonear a tu madre. No te hará falta ropa. Gastamos la misma talla, y yo tengo montones de pantalones vaqueros y toda clase de camisetas y jerseys.

Di se quedó mirándola un momento, sin hablar. Luego le dijo:

—No me lo puedo creer, Honey Wheeler. Es imposible que tú lleves esa clase de ropa. Me apuesto lo que quieras a que ni siquiera tienes un par de vaqueros.

—Pues claro que sí —dijo Honey sonriendo—. Todos nosotros nos ponemos cómodos en cuanto llegamos a casa por las tardes y también durante los fines de semana. Yo no solía vestir así, pero, cuando conocí a Trixie, la señorita Trask me llenó el armario de vaqueros, camisetas y jerseys, para que fuéramos vestidas de un

modo parecido y pudiéramos disfrutar de las cosas con mayor libertad. La señorita Trask es mi institutriz, ya sabes.

—¿Tu institutriz? —preguntó Di—. Ésa es una de las «instituciones» de las que he tenido suerte de librarme, hasta ahora. ¿Cómo lo aguantas?

—La señorita Trask no es exactamente una institutriz —se apresuró a explicar Trixie—. Ella lleva la casa de los Wheeler de la misma forma que vuestro mayordomo lleva la vuestra, Di. Y es una buena persona. Todos la queremos.

Di hizo un gesto de desagrado.

—¡Ya me lo estoy imaginando! —dijo con ironía—. El mismo cariño que yo le tengo a nuestro mayordomo. ¡Ese viejo estúpido! No puedo siquiera invitar a casa a unos cuantos amigos, para tomar leche y galletas después del colegio, sin que Harrison lo llene todo de bandejas de plata y mantelerías delicadas. Le odio.

—Bien, no importa —dijo Honey, con el propósito de calmarla—. Sé cómo te sientes. Nosotros también tuvimos mayordomos, y resultaban insoportables. Pero ahora ya no hay ninguno, y tenemos a la señorita Trask y a Regan…

—¿Quién es Regan? —preguntó Di, enrojeciendo de vergüenza—. Bueno, debo parecerte una metomentodo; y no me gustaría pecar de indiscreta, pero no puedo dejar de oíros en el autobús. Siempre estáis hablando a gritos de un extremo a otro del pasillo, y os he oído mencionar ese nombre no sé cuántas veces.

—Es nuestro mozo de cuadra —dijo Honey—. Tenemos cinco caballos, ¿sabes?, pero Regan se ocupa de otras muchas cosas, además de cuidar de ellos. Él y la señorita Trask son los que llevan la casa. Lo que quiero decir es que los demás criados están a sus órdenes. Jamás podríamos arreglárnoslas sin Regan, ¿verdad, Jim?

Jim asintió. Los chicos habían estado atendiendo a la conversación sin decir palabra, pero ahora Jim sugirió:

—Date prisa, Di. El autobús saldrá dentro de unos minutos. A Honey y a mí nos encantaría que pasaras el fin de semana con nosotros. Tenemos el tiempo justo para llamar a tu madre.

Di vaciló un segundo, y salió corriendo.

—¡Qué bien! —dijo Trixie aliviada—. Me alegro de que venga. Hubo un momento en que me pareció que iba a decir que no.

Jim añadió:

—No tenía nada claro todo este asunto. Tuve la impresión de que no os vendría mal un poco de ayuda para convencerla.

—Gracias, Jim —dijo Honey—. Fuiste muy oportuno al invitarla tú también. Todos vosotros me tendréis que ayudar a conseguir que se lo pase lo mejor posible este fin de semana. Di se siente terriblemente desgraciada.

—Parecía que no estaba de muy buen humor —opinó Mart. Brian y él subieron al autobús.

Jim le dijo a Honey:

—Di está de mal humor. Tiene una mirada de amargura… Pero, claro, yo casi no la conozco. ¿Tú sabes lo que le pasa, Trix?

—No tengo ni idea —dijo Trixie—. Ella antes no solía mostrarse tan tensa, ni tan introvertida.

—Bueno —dijo Jim—, supongo que deberíamos procurar averiguar qué es lo que le está haciendo la vida imposible… aunque sólo sea porque uno de los ideales de nuestro club es comprender y ayudar en lo posible a otros chicos que puedan necesitarnos.

En ese momento llegó el autobús y Jim se subió.

—Es un chico estupendo —exclamó Trixie—. La mayoría de nosotros no nos hemos dado cuenta de que Di estaba triste. Quizás se acuerde de lo mal que lo pasó cuando tuvo que vivir con ese maldito Jonesy.

—Jim es una persona muy comprensiva —añadió Honey—. Por eso la escuela al aire libre que tiene planeado montar cuando acabe sus estudios en la Universidad va a tener tanto éxito. Sus alumnos, aunque sean huérfanos, nunca se sentirán solos.

—¡Ojalá todas las escuelas fueran igual que la que Jim tiene pensado organizar! —dijo Trixie—. Imagínatelo; alternar clases con deportes y trabajos manuales. Las clases son siempre tan aburridas…

—Me pregunto en qué se estará entreteniendo tanto —comentó Honey, preocupada—. El autobús va a salir en cualquier momento. Me temo que va a perderlo.

—Ya viene —dijo Trixie—. Y además viene sonriente, así que me imagino que todo ha ido bien.

—Me dejan ir —dijo Di, sin aliento, al subir al autobús y sentarse entre Honey y Trixie.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó Honey—. Ni siquiera tendrás

que preocuparte por el cepillo de dientes. La señorita Trask los compra por docenas, para que siempre tengamos varios para los invitados.

Di cambió el gesto y la sonrisa desapareció de sus labios.

—Mi madre va a mandar una maleta con el chófer. Le rogué una y otra vez que no lo hiciera, pero… —y calló, mientras sus ojos se humedecían de lágrimas.

—Pero Di —dijo Trixie—, ¿y qué más da que la mande o no?

—No puedo hablar de eso en el autobús —murmuró Diana, volviendo a su rigidez tensa de antes.

—¿Por qué no? —insistió Trixie.

Di volvió el rostro, y se quedó mirando por la ventana fingiendo un interés especial en contemplar el paisaje.

Trixie volvió su asiento para mirar también por la ventana. Pero no había nada extraordinario que ver. Pasaban por la zona de más ajetreo de la ciudad, y el autobús se había detenido simplemente ante un semáforo en rojo, en Main Street.

Algunos de los compañeros del colegio, de los que iban andando a casa, se hallaban en la esquina. Uno de ellos les gritó:

—¿Qué os ha parecido lo de la redacción? Ya es mala idea, ¿eh?

—¡Cómo lo sabes! —le contestó Trixie, también a grito pelado —. Nos ha fastidiado el fin de semana.

El autobús arrancó. Di seguía mirando por la ventana. Entonces Trixie le dio con el codo.

—¿Qué te ocurre, Di? —le preguntó.

Pero Di se hizo la sorda.

Los demás chicos estaban armando tanto jaleo que no había necesidad de seguir hablando entre susurros.

—No eres una chica muy habladora, ¿verdad? —le preguntó Trixie con ironía.

Honey, que estaba sentada al lado de Diana, se llevó el dedo a los labios, dándole a entender que fuera prudente y que se callara.

Trixie sabía que no estaba teniendo ningún tacto, pero sentía tanta curiosidad por esa maleta que no hizo caso a Honey. Y volvió a darle un codazo a Di.

—¿Estás sorda, Diana Lynch? ¿O es que se te ha comido la lengua el gato? —le dijo subiendo el tono de voz.

Entonces Di se volvió. Sus ojos violáceos estaban inundados de

lágrimas, y le dijo con voz temblorosa:

—Ya te he dicho que no quiero hablar de ello en el autobús —dijo bruscamente—. Además, ¡tú no lo entenderías!

Una maleta misteriosa • 2

EL AUTOBÚS disminuyó la velocidad hasta pararse ante el porche de los Belden. Trixie y sus hermanos se bajaron.

—No entiendo a Di Lynch —dijo Trixie a Mart mientras Brian entraba corriendo en la casa—. Hay algo que me intriga —añadió, frunciendo el ceño.

—¡Por favor, no! —protestó Mart—. ¡Otro misterio no!

—No hablo de esa clase de misterios —dijo ella tratando de defenderse—. No creo que haya ningún criminal detrás de esa amargura que no le deja vivir.

—¡Lo que faltaba! —dijo Mart—. Lo más probable es que no se trate más que de imaginaciones tuyas. Las chicas estáis locas.

—Pero tú no oíste lo que dijo de su maleta —señaló Trixie—. ¿Por qué se iba a poner así por una cosa tan tonta? No tiene ningún sentido, Mart.

En ese momento apareció Bobby, que había llegado poco antes, en el autobús del colegio. Había empezado a ir al colegio en septiembre, y alardeaba de sus nuevos conocimientos en cuanto tenía ocasión.

—Hola —dijo con aire de suficiencia—. Ya sé quién "scubrió Mérica". Apuesto a que vosotros no.

Trixie no pudo contener la carcajada, pero Mart le dio un codazo, y ella adoptó una actitud solemne.

—¿Quién descubrió América, Bobby? —le preguntó.

—Colón —respondió, con un grito triunfal. Pero enseguida frunció el entrecejo—. ¿Qué significa "escubrir", Trixie?

—Bueno, sabes lo que es explorar, ¿no? —le preguntó reprimiendo la risa.

Él asintió con la cabeza, de modo que todos los bucles rubios se le vinieron a la frente.

—Tú siempre estás "plorando", Trixie. Significa meterse en sitios

donde nadie se metería.

Mart tuvo que taparse la boca, para no soltar la carcajada.

—Ésa es una definición excelente del tipo de exporaciones que Trixie emprende, aunque, para ser más exactos, habría que buscar una palabra que sugiriera “violación de la ley”. ¿No es así, Trixie?

—Vamos, Mart, no le confundas —protestó Trixie, impacientemente—. Se va a armar un lío con tanta palabra culta. Además, la única vez que he violado la ley fue cuando me metí en la vieja Mansión de Frayne, con el único propósito de ayudar —se agachó para abrazar a Bobby mientras le preguntaba—: Cuando Honey y yo exploramos la Mansión, ¿con quién nos encontramos, Bobby?

—Con Jim —contestó.

—Cierto —dijo Trixie—. Y podría decirse que fue todo un descubrimiento.



—¡Huy! —exclamó Bobby parpadeando, dejando ver, intermitentemente, el azul de sus ojos redondos—. Entonces… ¿Colón se encontró con América?

—Ahora soy yo el que se ha armado un lío —dijo Mart—. Pero has cogido la idea general, Bobby. ¿Qué más has aprendido hoy en el colegio?

Pero Bobby seguía en sus trece.

—Y si Colón se encontró con América… —preguntó receloso—, ¿por qué la maestra no nos lo dijo?

—Porque la palabra correcta es «descubrió» —dijo Trixie, a quien se le estaba agotando la paciencia—. ¿Por qué no te vas a explorar la caja de tus trastos, en el garaje, a ver si descubres algo que valga la pena guardar? —añadió estirando el cuello—. Por si no te acuerdas, papá dijo que teníamos que ordenar las cosas del garaje esta tarde. Anoche no pudo ni meter el coche.

Mart refunfuñó.

—Lo había olvidado hasta que tú te has encargado de sacar a colación algo tan desagradable. Ahora que lo dices, me parece recordar que el Día de Prevención de Incendios está a la vuelta de la esquina. Y eso significa que el camión de la chatarra estará aquí muy pronto… ¿verdad, Trix?

—En efecto, Mart —le confirmó Trixie.

—Ahora escucha, hermanita —dijo Mart en tono apaciguador—, ¿harás mi parte del trabajo? Jim, Brian, y yo tenemos que arreglar el techo del cobertizo hasta que llegue el momento de entrenar a los caballos. Al paso que vamos desde que empezaron las clases, llegarán las Navidades sin que hayamos puesto las tablillas. Ahora disfrutamos del Verano Indio[3], pero se anuncian lluvias, y puede que hasta granizo, nieve y aguanieve, para mediados de noviembre.

Trixie se quedó mirándolo, sin más.

—Y —prosiguió Mart—, ya que tú no eres mañosa con el martillo y los clavos como con el hilo y la aguja de coser…

—¡Bueno, bueno… todo eso sobra! —dijo Trixie, pues no le hacía ninguna gracia admitirlo, pero reconocía que Mart tenía toda la razón. No podrían arreglar el interior del cobertizo que les servía de sede para el club hasta que no hubieran acabado con el tejado. Tal y como estaba, no era más que un cuarto enorme y sucio. Los chicos habían planeado poner un tabique y cubrir las paredes con estanterías. Después harían mesas y bancos de madera para la sala de conferencias. Honey ya había comprado tela para las cortinas. Habían empezado a trabajar en el cobertizo hacía dos meses, poco después de fundar el club, pero lo primero que habían hecho era poner telas metálicas en puertas y ventanas, porque a Honey le daban mucho asco los bichos, y también porque se habían pasado

las primeras reuniones ahuyentando mosquitos.

El viejo cobertizo era ideal para un club secreto, ya que había sido la casa solariega en tiempos de carromatos y trineos, e incluso en esta época del año, cuando todas las hojas se caen, quedaba oculto casi por completo, detrás de las ramas de las vides, tan gruesas como sogas, y de las plantas de hoja perenne. Un solar estrecho, pero lleno de árboles, impedía que se viera desde Glen Road y, sólo si alguien sabía que se encontraba allí, podría divisarlo desde el mirador de la casa grande.

Todos los Bob-Whites habían trabajado duramente para costear los materiales necesarios y dejar el cobertizo de forma que estuviese acogedor. Hasta Jim, que había heredado medio millón de dólares a la muerte del mezquino de su tío, había trabajado. Honey consiguió el dinero a base de muchas peripecias, y eso que su padre, de haber sabido que ella lo necesitaba, le habría dado lo suficiente como para transformar el cobertizo en un pequeño palacio. Pero una de las reglas del club era que sus miembros debían contribuir con el dinero que hubiesen ganado ellos mismos.

Trixie sabía que no sería más que un estorbo si pretendía ayudar a los chicos en la obra del tejado.

—Muy bien —repitió—. Yo limpiaré el garaje. ¿Me ayudas, Bobby?

—No —replicó éste firmemente—. Yo soy chico. Y voy a ayudar a los mayores a «reglar» el tejado.

Trixie soltó una carcajada.

—Me recuerdas a Di Lynch cuando le entra el pánico al salir al escenario. Me acuerdo de una vez, en una obra de teatro del colegio, cuando tendría ella entonces tu edad, Bobby, que llamó a Benedict Arnold «Arnold Benedict» desde el principio de la obra hasta el final. ¿Sabes quién era Benedict Arnold?

Bobby no tenía ni idea.

—No —contestó secamente.

Mart se metió corriendo en la casa y Bobby se puso a correr tras él, pero Trixie le cogió de la mano.

—Si me ayudas a poner en orden el garaje, te diré lo de Benedict Arnold. Es una historieta muy interesante.

—«Dacucuerdo» —aceptó Bobby.

—Voy a ponerme unos vaqueros y alguna camisa vieja —le dijo

Trixie—. Espérame en la terraza. Mamá debe haberte preparado el zumo de naranja. Bébetelo con una pajita, y aprovecha para hacer burbujas, soplando suavemente en la pajita hasta que yo vuelva.

Trixie estaba deseando cambiarse de ropa. Una de las cosas que más le desagradaban al ir al instituto es que la mayoría de los compañeros vestían mejor. Hasta las chicas que se portaban más como chicotes llevaban jerseys y faldas. Di Lynch, que nunca había sido un chicote, ni mucho menos, había llevado vaqueros hasta que su padre se hizo rico. Y este año había empezado a ir a clase con vestidos… y unos vestidos que parecían más apropiados para una fiesta que para ir allí. Y cuando hacía frío, y todos se ponían chaquetones deportivos, Di aparecía con un abrigo azul celeste precioso, y daba la impresión, más que nunca, de que iba a alguna fiesta.

—Di ha cambiado mucho —se le ocurrió decir a Trixie mientras Bobby y ella empezaban a trabajar en el garaje—. Parece que ya nunca se divierte. Quizás tengan la culpa los vestidos. Bien sabe Dios que yo sólo puedo pasármelo bien cuando voy con pantalones vaqueros.

Eran las cinco cuando Trixie, a la que Bobby estorbaba más que ayudaba, acabó de poner en orden los trastos del garaje. Llegó entonces su madre, y le dijo con una risita irónica:

—Al menos tu padre podrá meter el coche. Pero ¿dónde has dejado todo lo que hay que quemar y lo que hay que dar al chatarrero?

—No hay nada —gritó Trixie, desesperada—. Bobby no está dispuesto a renunciar a ninguno de sus tesoros y, bueno, yo tampoco —señaló con desdén la otra parte—. Esos montones de basura de ahí pertenecen a Brian y a Mart. No me he atrevido a tocar sus cosas.

—De acuerdo; anda, vete un rato a montar a caballo —le dijo la señora Belden—. La cena es a las siete.

—Se me olvidó decírtelo, mamá —dijo Trixie, sacudiéndose el polvo de las manos en los pantalones—. Nos han invitado a cenar los Wheeler, ¿sabes?

—Está bien —dijo la señora Belden—. Pero antes ven a casa, Trixie, dúchate y ponte al menos uno de los vestidos que llevas para ir al colegio. ¿Por qué no te pones el vestido de lana que te compré

la primavera pasada? Le sacaré un dobladillo y te lo plancharé.

—Pero mamá —protestó Trixie—, odio ese vestido tan ridículo. Y no voy a ninguna fiesta. El señor y la señora Wheeler no van a estar. Además, no me da tiempo a cambiarme de ropa. Vamos a montar a caballo hasta la hora de la cena. A los caballos les hace falta un poco de ejercicio.

El coche de su padre apareció en ese momento, y Trixie y su madre, con Bobby en medio, se vieron obligadas a salir del garaje a toda prisa, para que el coche cupiera. A Trixie se le encogió el corazón al comprobar que cabía justito, y que un conductor menos hábil no hubiera conseguido meterlo sin aplastar alguno de los montones de trastos.

El señor Belden no parecía muy satisfecho del trabajo.

—Me alegra ver que las cosas estén algo mejor —dijo al bajarse del coche—. Pero todo eso tiene que ir fuera. Esto es un desastre, y estamos violando todas las leyes de prevención de incendios.

—Tratamos de deshacernos de algunas cosas —explicó Trixie—. Lo que pasa es que todo es muy valioso, papá. No había mucho para tirar.

—Yo he «ayudao» —exclamó Bobby lleno de orgullo.

—Seguro —dijo el señor Belden besando a su esposa y acto seguido subiendo al pequeño sobre sus hombros—. Trixie —añadió, dándole una palmadita cariñosa—, no quiero meterme en vuestras cosas, pero no se me ha escapado el hecho de que los chicos están construyendo una especie de cabaña en territorio de los Wheeler. Si queréis guardar todos estos trastos, me temo que os voy a tener que mandar que los metáis allí.

—Muy bien, papá —contestó Trixie, obediente—. Se lo diré a Mart y a Brian esta noche, y nos llevaremos todo en cuanto podamos.

—Y —añadió la señora Belden—, ya que vais a cenar en casa de los Wheeler esta noche, ¿no estás de acuerdo conmigo, Peter, en que Trixie debería cambiarse de ropa? Estoy convencida de que Jim y Honey no se sientan a la mesa con esas trazas.

—Seguro que no —dijo el señor Belden riéndose.

—Pero papá —suplicó Trixie—, no tengo tiempo. Vamos a cenar temprano para que el cocinero y Celia puedan ir al cine a la segunda sesión. Y es preciso que los caballos hagan ejercicio hoy…

si no, Regan se enfadará con nosotros.

—Eso es verdad —dijo el señor Belden reflexionando—. Regan se porta maravillosamente con vosotros, y tenéis que corresponderle. No le decepcionéis.

—Puedo ducharme en el cuarto de baño de Honey —sugirió Trixie con astucia—, y ella me dejará alguno de sus vestidos. ¿Os parece bien?

La señora Belden dijo suspirando:

—Supongo que sí. Pero tengo la impresión de que siempre te las arreglas para quedarte a pasar la noche con Honey y, de paso, ponerte su ropa.

Trixie sonrió con alivio.

—A Honey le da igual —dijo—. Tiene los cajones y los armarios llenos.

Después, salió corriendo por el camino que conducía a Manor House. Al llegar al establo, vio que ya habían ensillado y puesto las bridas a los cinco caballos, y que Jim y Honey estaban discutiendo.

—Por favor, Jim —decía Honey—, yo prefiero quedarme en casa, de verdad. Así podré ayudar a la señorita Trask antes de cenar…

Trixie entendió inmediatamente de qué iba la cosa. Si Di montaba a caballo, uno de los Bob-Whites tendría que quedarse. Y Honey y Jim siempre estaban dispuestos a sacrificarse por alguien.

—A mí no me apetece mucho cabalgar —exclamó Honey impulsivamente—. Estoy agotada, después de limpiar el garaje. Llévate a Susie, Di…

Diana se opuso:

—Yo no sé montar. Id vosotros, por favor. No me importa quedarme sola. Además, me gustaría estar aquí cuando llegue mi maleta para…

Al ver que titubeaba y se ponía colorada, Honey dijo:

—Yo tampoco quiero montar a caballo. Lady no necesita hacer ejercicio. Mamá la ha sacado esta mañana.

—Y papá montó a Júpiter antes del desayuno, también —añadió Jim.

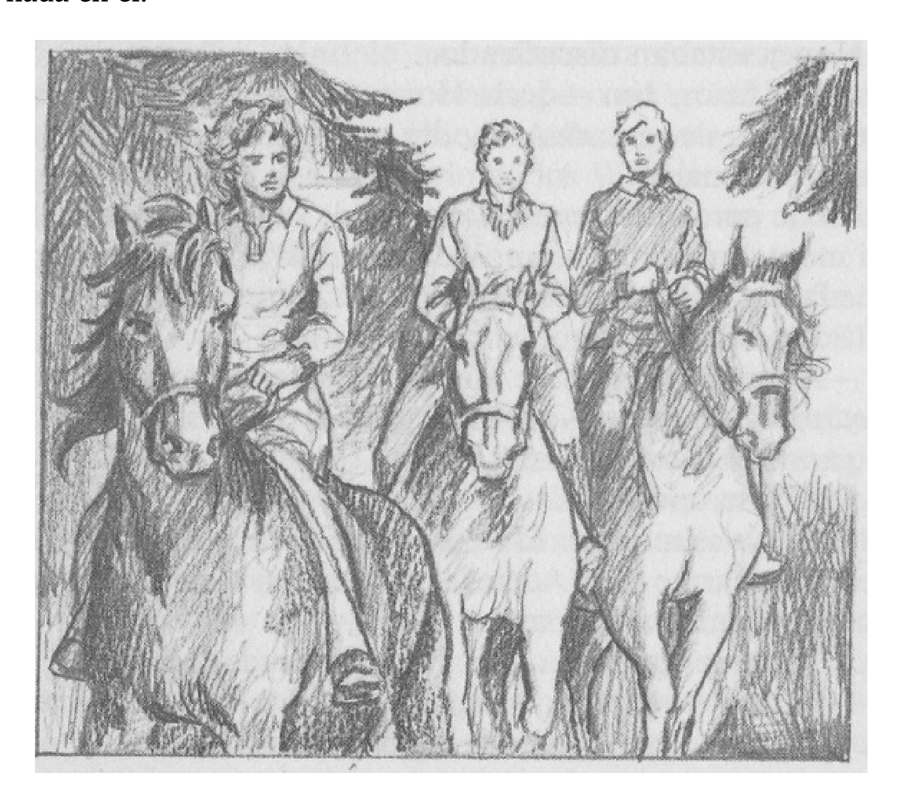
En ese momento entró Regan, el mozo de cuadra, y les dijo:

—Bueno, los otros caballos sí que necesitan ejercicio, conque mejor será que vosotros, los Belden, os pongáis en marcha antes de

que esté tan oscuro que ni los mismos caballos sean capaces de ver nada.

Trixie y sus hermanos siguieron sus instrucciones al pie de la letra. Regan, normalmente, era muy simpático, pero cuando empleaba ese tono de voz había que tener cuidado. Salieron al trote, en fila india, por el estrecho sendero que llevaba hasta el bosque. Trixie, que iba la primera, dijo mirando por encima del hombro:

—Papá se ha enterado de lo de nuestro cobertizo. Dice que es una cabaña, y no creo que sepa dónde se encuentra, pero hay que llevar allí casi todo lo que tenemos en el garaje porque ya no cabe nada en él.



—¡No, por favor! —protestó Mart—. ¡Si sólo tus cosas, Trixie, ocuparían tanto espacio que nos quedaríamos sin sitio para celebrar reuniones!

—¿Ah, sí? —replicó Trixie—. ¿Y qué me dices de tu tienda de campaña y de tus trampas oxidadas?

—Yo utilizo esa tienda todos los veranos, y las trampas están en tan buenas condiciones como al principio. Si algo sobra, son tus…

—Papá tiene razón —les interrumpió Brian—. Ahora que ya tengo el carnet de conducir, puedo meter todos los trastos en la furgoneta y llevarlo al cobertizo en un viaje. Los trineos, esquíes y patines de hielo nos harán más papel allí. De todos modos, siempre hemos practicado los deportes de invierno en Manor House.

—Cierto —reconoció Mart—. Si este fin de semana no llueve, acabaremos de reparar el tejado.

—Y lo primero que haremos será llevar nuestras cosas allí. Habrá sitio para todo.

Cabalgaban ahora uno al lado del otro y, a medio galope, atravesaron unos campos. Luego se detuvieron, para que los caballos pudieran descansar.

—No consigo dejar de pensar en Di y en su maleta —dijo Trixie —. ¿Por qué le pone tan nerviosa todo ese asunto?

—Pues no lo sé —dijo Mart—. No me atrevo siquiera a sugerir una propuesta. Pero en una cosa te doy la razón, Trixie. Ella se siente muy infeliz.

—Ojalá le propusiéramos hacerse miembro de nuestro club —dijo Trixie.

—Me alegro de que hayas dicho eso —dijo Brian sonriendo—. Eso es lo que piensan Honey y Jim, y yo también. ¿Estás de acuerdo, Mart?

—Claro —dijo Mart—. ¡Oye! Vamos a planear algo fuera de lo común para la iniciación. ¿Y si la obligáramos a cruzar el tejado de parte a parte, por la parhilera? Aunque también podríamos hacerle pasar la noche sola, en el bosque. O quizás…

—Eh, espera un momento —le interrumpió Trixie.

—Nada de eso —dijo Brian, adoptando una actitud solemne—. Ella no está para sustos, que digamos. Sugiero que dejemos este asunto, por ahora.

—¿Y qué te hace pensar que no está para sustos? —preguntó Trixie—. ¿Hizo algo raro mientras yo estaba limpiando el garaje?

—Sí y no —dijo Brian—. En cuanto bajé del autobús, me cambié de ropa y me fui a casa de los Wheeler. Jim seguía en su cuarto, así que le esperé en el porche. Di estaba hablando con alguien por teléfono, en el estudio. No quería escuchar, pero no pude evitarlo.

Estaba llorando, y no dejaba de repetir una y otra vez: «Por favor, no, por favor…».

—Bueno, explícate —exclamó Mart—. ¿Y a qué te parece que se debía todo eso? ¿No te lo dijo?

—No me vio. Yo me quedé en el porche, y más tarde bajó Jim. Supongo que Di se metió en su habitación.

Trixie suspiró y dijo:

—Debe haber estado hablando con su madre sobre la maleta. No sé por qué le dará tanta importancia al hecho de que se la traigan o no. ¿Qué más le dará?

—Puede que su madre se enfadara con ella por cualquier motivo —apuntó Mart, algo más optimista.

—No creo que estuviera hablando con su madre —dijo Brian midiendo sus palabras—. Porque, cuando colgó, le oí decir: «Oh, le odio. ¡Le odio!».

El regreso de tío Monty • 3

—¡LE ODIA! —repitió Trixie, asombrada—. ¿Y por qué, quién, digo con quién estaría hablando? ¿A quién podría odiar Di?

—¿A su padre, quizá? —insinuó Brian.

—De ninguna manera —exclamó Trixie—. El señor Lynch es uno de los hombres más amables que he visto. Es alto y bastante grueso, y es tan generoso como su aspecto sugiere; todos cuantos lo conocen lo adoran. La señora Lynch es encantadora, también. Y siempre está contenta, gastándonos bromas. La última vez que la vi estuvo…

—¿Estuvo cómo? —le preguntó Mart.

—Demasiado formal —le dijo Trixie—. Di me invitó a comer cuando compraron la casa y, tonta de mí, pensé que todo seguiría igual. De modo que me presenté con pantalones vaqueros y…

—Tal y como estás ahora —concluyó Mart—, como si acabaras de limpiar un garaje. Seguramente escandalizaste a la servidumbre de los Lynch. Parece ser que tienen un buen número de criados.

—Cállate de una vez —gritó Trixie—. Yo no limpio el garaje todos los días.

—No —admitió Mart—. Que yo sepa, jamás en tu vida habías limpiado el garaje. Y, según muestran todos los indicios, por la forma en que reaccionó papá ante tu limpieza, no debe haber quedado lo que se dice reluciente.

—No nos salgamos del tema —intervino Brian, pegándole un puñetazo amistoso a su hermano, en el brazo—. Continúa, Trix. ¿Qué sucedió en ese almuerzo?

—Pues bien —empezó a decir Trixie—, fue un almuerzo de lujo, con el mayordomo y una criada pendientes de todo. Y sólo para nosotras tres… Di, su madre y yo. Por lo visto, los gemelos comen en su enorme cuarto, que se encuentra en un ala separada de la casa. La comida estaba buenísima, pero, francamente, me sentía tan

incómoda que no la disfruté mucho. Creo que Di se dio cuenta, porque no me volvió a invitar.

—Siempre has tenido mucho tacto —comentó Mart con ironía.

—No pude evitarlo —dijo Trixie, arrepentida—. No me quitaba de la cabeza lo bien que me lo hubiera pasado quedándome en casa comiéndome los sándwiches y las galletas de mamá.

—Está oscureciendo —dijo Brian—. Mejor será que regresemos ahora mismo. —Después de cabalgar un rato en silencio, añadió—: Es curioso, Trix. Los Wheeler te han invitado a comidas muy formales, que Celia servía con su uniforme negro de tafetán y su delantal y cofia blancos. Sin embargo, eso nunca te ha hecho sentirte incómoda.

—Ya lo sé —dijo Trixie—. No puedo explicar la diferencia. Ya sabes que el tener un montón de criados es para ellos tan natural como el vivir con un techo sobre sus cabezas. Pero la señora Lynch… bueno, me dio la impresión de que tenía miedo del mayordomo. Harrison es terriblemente remilgado, y todo tiene que ir según lo exige la etiqueta. ¡Claro! —exclamó de pronto—. Puede que fuera de él de quien hablaba cuando dijo «Le odio. ¡Le odio!»

—Lo dudo —dijo Brian—. Una cosa es que no le guste el mayordomo, y otra que el mero hecho de hablar con él por teléfono le haga llorar.

—Tengo una idea —dijo Trixie—. ¿Por qué no os vais todos los chicos al cine, después de la cena? Si Di se queda sola con Honey y conmigo, quizá nos cuente lo que le ocurre.

—Es una idea excelente, Trixie —dijo Mart. Brian también estaba de acuerdo.

Al llegar al establo, guardaron los caballos y se metieron en casa para ducharse. La señorita Trask salió a recibir a Trixie en las escaleras de abajo.

—Ven conmigo al estudio un momento —le dijo—. Quiero hablar contigo.

Ay, ay, ay —pensó Trixie mientras seguía a la señorita Trask—, *¿qué habré hecho ahora?*

La señorita Trask parecía desconcertada.

—La maleta de Diana —empezó diciendo— llegó mientras Regan le estaba enseñando a montar a Lady en el corral. Celia estaba ocupada, así que la subí yo misma al cuarto de los invitados,

enfrente de la habitación de Honey, y la abrí para guardar la ropa. Me temo que la señora Lynch cree que vamos a dar una fiesta, porque metió dos vestidos de los de puesta de largo. Los dos son preciosos pero, Trixie, francamente, me parece que son demasiado sofisticados para una chica de trece años —frunció el ceño—. ¿Cuántos años hace que conoces a Diana Lynch?

—Desde el jardín de infancia —dijo Trixie—. Fuimos muy buenas amigas hasta el año pasado.

La señorita Trask parecía preocupada.

—Con esos vestidos que se pone no me parece que Diana y Honey lleguen a ser buenas amigas —afirmó—. Quiero decir que la señora Wheeler no desea que Honey se haga mayor antes de tiempo. Nos gusta que sea como tú, que le guste jugar y que no haga mucho caso de las modas.

Trixie sonrió satisfecha.

—Me alegro de gustar a alguien tal y como soy —exclamó—. En cambio, mi propia familia se pasa todo el día sermoneándome por mi manera de vestir un tanto descuidada.

—A todo el mundo le gusta tu manera de ser —dijo la señorita Trask—. Ya sabes lo mucho que te agradecemos todo lo que has hecho por Honey. Antes, cuando os conocisteis el verano pasado, era una chica enfermiza, nerviosa. Y también te debemos el que Jim esté aquí, con nosotros. Da la impresión de que habéis formado una familia feliz, además de numerosa. Y, ya te lo puedes imaginar, no quiero que nada de eso cambie.

—¿Y por qué iba a cambiar? —preguntó Trixie.

—Alguien que entre a formar parte del grupo —dijo la señorita Trask— podría alterarlo todo. Aunque es posible que me equivoque con respecto a Diana. No tengo derecho a juzgarla, pues apenas la conozco.

De pronto, las puertas de estilo francés del mirador se abrieron de par en par y Di apareció, con el rostro congestionado.

Llevaba puesto un vestido largo con tirantes, que le llegaba a los tobillos. Con esa ropa parecía que le sacaba tantos años a Trixie, que ésta se quedó boquiabierta.

—He oído todo lo que habéis dicho —gritó con los ojos enrojecidos de rabia—. No se preocupe, señorita Trask. No me quedaré en esta casa ni un segundo más. Llamaré a un taxi en este

mismo momento, y me iré enseguida.

La señorita Trask se le acercó.

—Diana, escucha; no sabes cuánto lo siento —le dijo dulcemente —. No sabía que estuvieras en el mirador. No ha sido prudente por mi parte hablar de ti con Trixie, pero ¿sabes?, como ella te ha conocido desde que ibais al jardín de infancia, y nosotras…

—No se disculpe —interrumpió Di, conteniendo las lágrimas—. Todo el mundo adora a Trixie, y a mí nadie me quiere. No debería haber venido. Debí imaginarme que sucedería algo así.

Salió furiosa de la habitación y subió corriendo las escaleras, dando un portazo al entrar en su habitación.

—Bien; eso explica muchas cosas —dijo Trixie—. Pero no podemos dejar que se vaya así, señorita Trask. Ella no tiene la culpa de que sus vestidos no sean los apropiados. No quería que su madre se los enviase. Le pidió que no lo hiciera. Pero la señora Lynch, probablemente, sabe que la señora Wheeler se viste de forma elegante para cenar, así que le pareció oportuno que su hija hiciera lo mismo.

—Claro que no podemos consentir que se marche así a su casa —afirmó la señorita Trask mientras subía las escaleras—. Yo me ocuparé de este asunto, Trixie.

Cuando Trixie entró en la habitación de Honey, unos minutos más tarde, vio que ésta se acababa de vestir. Trixie le contó lo que había ocurrido mientras se duchaba.

—Empiezo a entender por qué Di se siente tan desdichada —concluyó—. Confío en que no se vaya.

—La señorita Trask no se lo permitirá —dijo Honey mientras le pasaba su ropa limpia—. Es una mujer muy comprensiva —añadió mientras sacaba un vestido de lana azul de uno de sus armarios—. Este vestido te sentará bien, Trixie, y no te estará demasiado largo. Aunque nadie se va a fijar. Pero ¿qué zapatos te vas a poner? Los míos no te valen.

—Tendré que ponerme mis mocasines —dijo Trixie—. Tú gastas un número mayor que yo… claro que tú también eres más alta. Toda tú lo eres.

Honey soltó una carcajada.

—Eso no suena muy gramatical, ¿verdad?

Trixie se miró en el espejo.

—Parezco boba… como siempre que me pongo un vestido. Por lo menos todavía tengo morenas las piernas, y parece que llevo medias. ¿No crees, Honey?

—Si nos olvidamos de las heridas —matizó Honey—. Pero supongo que pueden pasar por bordados.

—¿Bordados, o carreras? —dijo Trixie—. Vamos. La intriga me está matando. Si Di se ha ido de casa, ¿qué haremos, Honey?

Pero Di no se había ido. La vieron en el pasillo. La señorita Trask estaba con ella. Llevaba puesto un vestido de lana, que era más del estilo de los que llevaban Honey y Trixie.

Los chicos salieron del cuarto de Jim en ese momento, y todos bajaron al comedor. Todo el mundo se pasó la cena bromeando y riendo, menos Di, que apenas pronunció una palabra. Cuando Celia, la hermosa doncella, trajo el postre, Jim dijo a la señorita Trask:

—Los chicos teníamos pensado ir al cine, pero a Brian no le dejan conducir de noche… ¿Podríamos pedirle a Tom que nos lleve?

Tom Delanoy era el chófer de los Wheeler, un joven muy apuesto y muy simpático.

Celia se ruborizó, como siempre que se hablaba de Tom, pese a que todos sabían que iban a casarse muy pronto.

—Tendrás que pedírselo a Tom —le dijo la señorita Trask a Jim —. Es su noche libre.

—Yo puedo responder por él, señora —dijo Celia, poniéndose aún más colorada—. Le encantará hacerlo. Puede traerlos a casa cuando me traiga a mí. Pero… tendrá que coger la furgoneta.

—Muy bien —dijo la señorita Trask.

Cuando Celia volvió a la cocina, Jim comentó sonriendo:

—Tom recibirá las órdenes dentro de un momento. Celia le llega a la altura de la barbilla, pero está claro que será ella la que lleve los pantalones en la familia.

—Eso es lo que les pasa a los hombretones cuando se enamoran —dijo Mart, de acuerdo con la opinión de Jim—. Según Kipling, «las hembras de la especie son más mortíferas que los machos».

—¿De verdad? —preguntó Trixie, asombrada.

—Por supuesto —le informó Mart, con una sonrisa irónica—. Tomemos como ejemplo a la araña negra… la llamada viuda negra…

—Olvídalo, por favor —le interrumpió Honey, sintiendo un escalofrío al recordar que el viernes próximo sería el Halloween[4]. Después se dirigió a la señorita Trask y le preguntó—: ¿No cree que deberíamos celebrar la fiesta aquí, señorita Trask?

La señorita Trask le respondió amablemente:

—Lo siento, cariño. ¿Se te ha olvidado? Tu madre da una cena aquí esa misma noche.

—¡Es verdad! —dijo Trixie—. Mamá y papá están invitados, conque podemos celebrar la fiesta en casa. Como aún no habrá terminado el Verano Indio, podremos hacer una parrillada de salchichas en el jardín. Conque…

—Conque, conque, conque… —le interrumpió Mart—. ¿Qué tiene esa palabra, que te gusta tanto, hermanita?

—¡No! —gritó Di de repente—. Por favor, no.

—¿Por qué? —preguntó Trixie, intrigada.

—No deis la fiesta en vuestra casa —suplicó con los ojos llenos de lágrimas—. No podéis hacerme eso. Mi madre jamás me lo perdonaría.

—Pero no te entiendo —dijo Trixie—. Pensábamos invitarte, Di, si es eso lo que quieres decir.

—No va por ahí la cosa —añadió subiendo el tono de voz—. Tú no lo entenderías, Trixie Belden, porque tu casa no está llena de criados. Cuando vosotros tenéis una fiesta, tus hermanos y tú lo planeáis todo, y hasta preparáis la comida.

—Pues claro —dijo Mart con toda naturalidad—. ¿Quién si no?

Por toda respuesta, Di se levantó bruscamente y se fue corriendo del comedor.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que pasa? —preguntó Mart, preocupado—. ¿Qué he dicho yo para que se ponga así?

Jim tosió y dijo:

—Creo que es hora de que nos marchemos, chicos.

—Me parece que la cena ha terminado —dijo la señorita Trask, levantándose de la silla.

Honey y Trixie subieron los escalones de dos en dos y abrieron la puerta de la habitación de Di. Ella estaba tumbada en la cama boca abajo, llorando con la cara hundida en la almohada.

—Por favor, no llores —le suplicó Trixie—. Mart no quiso ofenderte. ¿Qué es lo que va mal, Di?

La señorita Trask entró en la habitación sin hacer ruido y se sentó a los pies de la cama. Con voz dulce, dijo:

—Siéntate, Di, y cuéntales a ellas lo que me contaste a mí antes de la cena.

Di obedeció y, secándose las lágrimas, dijo con voz entrecortada:

—Mamá quiere celebrar el Halloween en casa. Me dijo que invitase a toda la clase el lunes. Pero yo no lo hice. No pude. Porque no va a ser nada divertido. Mamá quiere que todo salga perfecto, y tendrá a Harrison pululando a nuestro alrededor, como un fantasma. No consigo hacerle entender que no queremos ese tipo de fiesta. Por favor, Honey, tienes que ayudarme.

—Pero ¿cómo? —exclamó Honey, llena de compasión.

—Tu madre —dijo Di— es el espejo en el que se mira la mía. Si le dice que sería mejor dejarme organizar una fiesta como la de los Belden, le hará caso.

—Entonces todo será sencillísimo —opinó la señorita Trask—. Estoy segura, Honey, de que a la señora Wheeler le encantará invitar a los padres de Di a la cena del viernes. Cuando llame por teléfono a la señora Lynch mañana por la mañana, podría explicarle, al mismo tiempo, que los amigos de Di se lo pasarán mucho mejor si la fiesta es informal.

Di se tranquilizó un poco.

—¿Crees que tu madre lo hará, Honey? —dijo con voz lastimera —. Quiero decir, ¿le insinuará que la mayoría de los chicos vendrá con disfraces improvisados, y que no les haría ninguna gracia tener a Harrison fisgoneando todo el tiempo?

—¡Desde luego! —exclamó Honey con entusiasmo—. Que le dé la noche libre a Harrison, y así podrás hacerlo todo a tu gusto, Di. Mamá sabe cómo arreglárselas en situaciones como ésta. Y sabe lo que yo opino de los mayordomos. Desde que la señorita Trask vino a vivir con nosotros, no hemos tenido ninguno, lo cual me alegra.

—Bueno, está Regan —le recordó la señorita Trask—. Regan hace las veces de mayordomo en esta casa. Sólo que él no «mayordomea».

—Quién pudiera tener un Regan en casa —dijo Di con envidia —. Cuando me estaba enseñando a montar, le conté algunas cosas mías, y es tan bonito hablar con alguien que sabe escuchar… —de pronto se echó las manos a la cara—. ¡Ay, se me olvidó! ¡Tío

Monty! Lo estropeará todo.

—¿El tío Monty? —repitió Trixie—. No sabía que tuvieras ningún tío, Di.

—Ni yo —se lamentó Di—. Se presentó de pronto, el lunes por la noche. Es hermano de mi madre. Se marchó de casa, para hacer fortuna, cuando ella era muy niña y hasta ahora no había tenido noticias suyas.

—¡Qué interesante! —exclamó Honey—. ¿Y qué demonios te hace pensar que lo va a estropear todo, Di?

Di se quedó mirando al techo, desolada.

—No sé. Bueno, dejemos ese asunto. ¿Por qué no nos ponemos a pensar en la fiesta del Halloween? Es posible que tío Monty haya regresado a Arizona para entonces.

—Y ¿si no es así? —preguntó la señorita Trask—. La señora Wheeler seguro que le invita a la cena que tienen esa misma noche.

—Es cierto. ¡No, por Dios! —exclamó Di subiendo tanto el tono de voz que casi parecía un chillido—. Por favor, señorita Trask, impida que la señora Wheeler le invite a cenar.

Honey, con mucho tacto, cambió de tema, y empezó a hablar del Halloween, pero Trixie no pudo dejar de pensar que en esa misma tarde Di Lynch había estado hablando con alguien por teléfono y que se había puesto a llorar diciendo: «Oh, no, por favor. Por favor, no», y que después de colgar había dicho: «Le odio. ¡Le odio!» ¿No sería, acaso, tío Monty la persona a la que tanto odiaba?

Trixie sospecha algo • 4

SALVO EN OCASIONES muy especiales, Trixie tenía que estar en casa a las nueve, de forma que se marchó justo en lo más interesante de los planes para la fiesta del Halloween. De todos modos, su mente seguía demasiado despierta como para dormirse enseguida, y estuvo un buen rato dándole vueltas, en la cama, a cuanto había sucedido ese día.

No conseguía apartar de sus pensamientos al tío de Di, que había aparecido tan inesperadamente. En las novelas de intriga, los parientes que se presentaban de pronto solían ser gentes malvadas que habían usurpado la identidad del verdadero pariente. Lo poco que Di había contado de su tío bastó a Trixie para opinar que no le gustaba ese hombre.

Puede que sea un impostor —se repetía una y otra vez, hasta que se quedó dormida.

A la mañana siguiente, mientras se ocupaba de las faenas de la casa, volvió a darle vueltas a su imaginación. ¡Resultaría tan fascinante resolver otro misterio! Si el tío de Di no era el hermano de su madre, ¿quién era? ¿Qué hacía con los Lynch? ¿Cuál era su plan?

El sentido práctico del carácter de Trixie contestó a todas estas preguntas fríamente: *«¡No seas tonta! El simple hecho de que a Di no le caiga bien no le convierte en un impostor. Además, ni siquiera estás segura de que a Di no le guste. Y todavía no le conoces».*

Cuando terminó de quitar el polvo al salón, Trixie se estaba riendo de sí misma. El misterio se le fue de la mente igual que el polvo salía del trapo al sacudirlo en la terraza. El sol brillaba con fuerza, pero soplaba una brisa fresca. Iba a ser un día maravilloso. El Verano Indio sería la época más hermosa del año, si no fuera porque coincidía con el colegio.

Protestó entre dientes, al acordarse de la redacción de Inglés.

Tendría que sacar tiempo como fuera esa noche para hacerlo y poder olvidarse de ello de una vez. Y le pediría ayuda a Brian, que era el que dominaba todas las normas de ortografía, y sabía cuándo había que poner una coma, y cuándo un punto. Mart, en cambio, utilizaba un montón de palabras rebuscadas, y recitaba de memoria sus definiciones, pero a la hora de escribir lo llenaba todo de faltas.

Entonces Trixie recordó que Mart se había ofrecido a ayudarla a escribir la redacción… a cambio de cierta cantidad de dinero. *Lo tiene claro* —se dijo Trixie mientras subía al dormitorio de Bobby, para hacerle la cama—. *¡Cómo que yo voy a pagarle a Mart, o a cualquiera, un dólar para que me ayude!*

La cama de Bobby, como de costumbre, estaba hecha un desastre, de modo que Trixie tuvo que quitar todas las sábanas y mantas antes de volverla a hacer. Pese a que sólo se le permitía meter en la cama al oso panda, o al otro oso de peluche, Trixie solía encontrar a los pies de la cama todo clase de juguetes. Esa mañana había una pistola de agua, un tren y una barca. Para acabarlo de arreglar, al quitar de un tirón la sábana de arriba, una baraja entera salió despedida por los aires y las cartas aterrizaron en los lugares más insospechados.

—¡Las cincuenta y dos cartas de la baraja! —gritó Trixie al agacharse a recoger una del suelo.

Pero rápidamente las recogió una por una y salió de su casa. Al llegar a casa de los Wheeler, encontró a las chicas y a Jim en el porche, charlando con entusiasmo.

—Todo nos está saliendo de perlas —le dijo Honey a Trixie—. Mamá acaba de hablar con la señora Lynch por teléfono, y Di podrá organizar la fiesta a su gusto.

—Perfecto —dijo Trixie, sentándose en el columpio, al lado de Jim—. Con su corte de pelo, Mart puede ir de convicto recién escapado de la cárcel. Todo lo que tienes que hacer, Honey, es cubrirlo con alguna sábana vieja, a rayas. ¿De qué te vas a disfrazar tú, Jim?

—De Drácula —contestó Jim, sin pensárselo dos veces—. Es un hecho demostrado que los vampiros son pelirrojos. Por cierto, he oído por ahí que tú vas a ir de boba —dijo con malicia—. La última boba con la que bailé a la luz de la luna tenía el mismo aspecto que tú tienes ahora.

Trixie echó la cabeza para atrás.

—¿De veras? He cambiado de opinión. Me voy a poner el traje de pirata que Mart llevó en la fiesta de disfraces del colegio, el año pasado. Me sentará bien. Todo lo que me hace falta es un pañuelo rojo para ponérmelo en la frente y un bigote negro… y me haré un cuchillo de cartón.

—¡Vaya pinta! —dijo Honey riendo—. Pero, desde luego, es divertido. Creo que yo seré el capitán John Silver, aunque me parece que no aguantaré la pata de palo y el loro al mismo tiempo. Pero, pensándolo bien, si Brian, nuestro futuro médico, va a ir de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, yo podré arreglármelas. Di aún no ha decidido si ir de reina Isabel o de uno de los personajes de las novelas de Jane Austen. ¿Cómo crees que estará mejor, Trix?



Trixie protestó diciendo:

—¿No nos estamos poniendo demasiado literarios? Sería más fácil si acudiéramos todos con nuestras chaquetas, las que llevan las iniciales B.W.G., y pantalones vaqueros, y también podemos ponernos pelucas y máscaras. Ya que Di va a ser miembro del club este fin de semana, seríamos seis personas vestidas del mismo

modo. Si todos nos ponemos caretas iguales, y pelucas negras, con rizos, despistaremos a los demás, y nos lo pasaremos en grande.

—Es una idea estupenda —dijo Di—. Aunque sólo sirva para despistar a tío Monty. Tenemos que confundirle. De otro modo, llevará la fiesta a su manera y… —en ese momento suplicó a Honey —: Por favor, explícaselo a Trixie y a Jim.

Honey frunció el entrecejo.

—Es difícil de explicar, Di, pero lo intentaré. ¿Veis? —dijo, dirigiéndose a lo otros—, Di tiene miedo de que, a pesar de que su madre le haya prometido dejarle hacer las cosas a su manera, su tío se entrometa en el último momento y se ponga a pitar con un silbato, como si fuese el maestro de ceremonias de un programa de radio o de la tele.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó Trixie—. La fiesta no es para personas mayores.

Di suspiró.

—No conocéis a tío Monty. Está acostumbrado a mandar. Fue uno de los primeros colonos en el suroeste, y el Estado de Arizona le debe a él lo que es hoy. Tucson no sería más que una ciudad fantasma si no hubiera sido por tío Monty.

Ahora era Trixie la que fruncía el entrecejo.

—Pero eso es imposible —dijo—. El año pasado, en el colegio, cuando nos dijeron que cada uno teníamos que elegir un Estado, yo escogí Arizona, más que nada porque me gustan mucho los ranchos. ¿No te acuerdas?

Di asintió.

—Hiciste un trabajo muy interesante, Trixie, pero ¿qué tiene que ver tu trabajo sobre Arizona con mi tío Monty?

—Pues, lo siguiente —dijo Trixie—. La Universidad de Arizona, que se encuentra en Tucson, se fundó en 1885. Tu tío debe ser viejísimo, si es que tuvo algo que ver con eso. Y Tucson lleva años y años siendo una ciudad importantísima.

Jim aprovechó para explicar sus conocimientos.

—Yo también conozco Arizona bastante bien, porque pensé que sería un buen lugar para la escuela que quiero montar. Tucson fue capital del territorio de Arizona entre 1867 y 1877. Pero lo que pasa, Trixie, es que Arizona no se convirtió en el Estado número cuarenta y ocho de la Unión hasta 1912. A lo mejor, el tío de Di

influyó para que la admitieran como Estado de la Unión. Acaso fuera a eso a lo que se refería cuando dijo que había hecho de Arizona el gran Estado que es hoy.

—Es posible —admitió Trixie, no muy convencida—. Pero, evidentemente, él no pudo ser uno de los primeros colonos. La mayoría fueron exterminados por los indios, antes de la Revolución.

—Él dijo que fue uno de los primeros colonos —insistió Di—. Puede que fuera el único que se salvó de la matanza.

A Trixie se le escapó una carcajada.

—En ese caso, tu tío Monty debe ser casi tan viejo como Matusalén —dijo con ingenio.

—Bueno, pues no lo es —recalcó Di—. Es mucho más joven que mi abuelo, que acaba de cumplir sesenta años. Se quedó mirando a Trixie y dijo muy enfadada—: ¿Estás insinuando que mi tío es un mentiroso?

—Pero Di —suplicó Trixie—, lo único que pretendo decir es que tu tío, a su edad, no estará como para querer venir a nuestra fiesta —y añadió con solemnidad—: «Dieciocho de abril de 1875; ya casi no queda nadie vivo…»

Di se llevó las manos a la cabeza, diciendo:

—Tengo una memoria fatal para las fechas, y sobre todo para los acontecimientos históricos. Tienes razón, Trixie. Mi tío miente.

—No necesariamente —dijo Honey mientras acariciaba gentilmente el brazo de su amiga Di—. Yo también sé un poco de Arizona, Trixie. Hace dos veranos, papá, mamá y yo recorrimos todo el Estado con nuestra caravana. Muchas de las ciudades que parecía que iban a convertirse en ciudades fantasmas se han puesto ahora de moda, gracias al turismo y a los ranchos transformados en albergues. Tucson es famosa por su clima. Hasta empiezan a quejarse de la cantidad de gente que la visita. El tío de Di pudo haber jugado un papel importante en el levantamiento de la ciudad, que no hace tantos años que se produjo. Quiero decir que es posible que de joven hubiera comprado un montón de terrenos, cuando estaban tirados de precio, creyendo que habría minas o algo por el estilo, y entonces, cuando los precios se dispararon en la época en que a la gente le dio por construir ranchos-albergue, pudiera haberlos vendido obteniendo así unos beneficios considerables.

—Supongo que se referiría a eso —dijo Diana, algo más

tranquila—. Cuando alguien no para de hablar, al cabo de una hora pierdes la concentración. Ya sabes lo pesados que son los charlatanes, que hablan hasta por los codos.

Trixie se rió.

—Ya veo por qué te preocupa lo de la fiesta, Di —le dijo con delicadeza—. Temes que tu tío monop-… monop-…

—… monopolice —terminó de decir Jim.

—Monopolice la conversación —concluyó Trixie.

—Pero quizá tenga un montón de anécdotas que contar —señaló Honey—. Conocimos a un viejo buscador de oro, en Tombstone, que, antes de ponerse de moda, también era una ciudad fantasma, y las historias que pudo contar durante horas fueron fascinantes.

—Yo tengo ganas de conocerlo —añadió Jim alegremente—. Es probable que me dé unos cuantos consejos. Un rancho en Arizona cerca de las montañas, pero con bastante tierra desierta para montar a caballo, podría ser el lugar ideal para mi escuela.

—Vas a conocerlo enseguida —dijo Di con tristeza—. Me telefoneó ayer por la tarde. Le pedí que no lo hiciera, pero dijo que vendría esta mañana a echar un vistazo a los caballos —Di volvió a llevarse las manos a la cabeza—. ¡Ay! —continuó—. Ojalá regresara a Arizona y se quedara allí para siempre. Si tío Monty dice que os timaron con Starlight y Susie, Regan se pondrá hecho una furia, y… ¡va a ser espantoso!

—No lo entiendo —contestó Jim sorprendido—. ¿Y por qué iba a meterse con nuestros caballos?

—Él es así —se lamentó Di—. Es un sabelotodo. Si le oyes hablar da la impresión de que es el único domador de potros que ha existido. Al hablar con él por teléfono, ayer, le dije que no le haga perder el tiempo a Regan. Le expliqué lo importante que es Regan aquí. Pero tío Monty hará que se enfade. Ya veréis.

Estuvieron callados unos minutos. La posibilidad de que alguien criticara la labor de Regan resultaba tan detestable que preferían olvidarse de ello. ¿Y si se iba? ¿Y si les dejaba? Jamás encontrarían a otro Regan. Y el señor Wheeler seguramente vendería los caballos.

—Es malo —continuó Di—. Mi tío, no Regan. Se empeña en hacerme rabiar, actuando de una manera retorcida. Mirad, por ejemplo, esos vestidos tan ridículos que mamá me metió en la maleta. Tío Monty insistió para que me los comprara sólo porque

sabe lo que me gustan los pantalones vaqueros. Ya se le ocurrirá algo para aguarnos la fiesta del Halloween. Estoy convencida.

—Desde luego, parece un hombre terrible —afirmó Trixie—. Y tu madre es tan buena… No debió resultarle muy grato comunicarte que él es su hermano.

Diana se levantó de un salto. Parecía como si echara fuego por los ojos.

—¡Ya sé adonde quieres ir a parar, Trixie Belden! Estás insinuando que mi tío es un impostor.

A Trixie se le subieron los colores, y es que era lo que justamente estaba pensando. Por eso, se sintió culpable.

—Lo siento, Di —dijo con delicadeza—. Sólo hablaba en voz alta, nada más. Has dicho que tu tío se marchó de su casa cuando tu madre era muy pequeña. Y que el lunes por la noche se presentó sin avisar. Por eso he llegado a sospechar que puede que no se trate de tu verdadero tío. Claro que, por supuesto, él debe haber traído fotos de tu madre, de cuando era niña, y ese tipo de cosas, para probar que es su hermano.

—Naturalmente —dijo Honey, tratando de tranquilizar los ánimos.

Y entonces, para sorpresa de todos, Di se volvió hacia Honey y le dijo:

—Naturalmente que no. No ha traído ni una sola prueba de su parentesco con mi madre.

Trixie se quedó boquiabierta.

—Entonces, ¿estás segura de que es un impostor, Di?

—No, yo no —replicó Di—. Él no se equivocó en ningún dato. Le contó a mi madre todo lo de la noche en que nació… sabía la fecha y la hora exactas, y dónde vivían entonces. Además, él ha estado sin dar señales de vida durante unos treinta y cinco años, de forma que ¿cómo va uno a esperar que haya guardado cosas como fotos de mi madre de bebé, aun en el caso de que tuviese alguna?

—Seguramente no habría ninguna —opinó Trixie—. Las familias pobres no podían permitirse el lujo de ir haciendo fotos a sus niños. Te pido un favor, Di: perdóname. Estaba confusa, y no quise decir lo que dije.

Diana sonrió diciéndole:

—No hay nada que perdonar, Trix. En realidad, a mí me gustaría

que mi tío fuese un impostor. O dicho de otra manera: lo que yo deseo es que se largue.

—Oh, no —la interrumpió Trixie—. Un coche acaba de pasar. Vamos, Di. Tenemos que evitar que tu tío hable con Regan. ¡Es preciso!

La iniciación de Di • 5

EL IMPONENTE COCHE de los Lynch ya estaba aparcado junto a las cuadras cuando llegó Trixie, seguida de Di, Honey y Jim. Un hombre bajito y delgado salió del coche. Vestía un traje oscuro y zapatos claros. Tanto empaque a tan temprana hora de la mañana no pudo menos que asombrar a Trixie, que se puso a mirarlo descaradamente.

Jadeando aún, después de la carrera, Di presentó a sus amigos:

—Hola, tío Monty. Ésta es… éstos son Honey Wheeler, Trixie Belden y Jim Frayne.

Su tío esbozó una amplia sonrisa que dejó ver las múltiples arrugas de un rostro envejecido por el tiempo y por el sol.

—¿Qué tal, socios? —dijo. Estaba estrechándoles las manos a los chicos cuando apareció Regan, a quien también presentaron.

—¿Qué tal, socio? —dijo, a modo de saludo—. Llámeme Wilson. Tengo entendido que es usted el mozo de cuadra. Me pasé por aquí para echar un vistazo a los caballos. Yo entiendo un poco de «carne de caballo», aunque no esté bien que yo lo diga, socio.

—Magnífico —dijo Regan, muy contento—. En agosto compramos una yegua y un potro que nos salieron regalados. Me gustaría oír su opinión sobre ellos.

—Oh, no, tío Monty —exclamó Diana inmediatamente—. No entretengas a Regan. Hoy está ocupadísimo.

—Sí, es verdad —añadió Honey—. En otra ocasión, señor Wilson. Un día que venga con ropa más apropiada; con traje de montar, por ejemplo.

Antes de que ella hubiera terminado esta frase, ya estaba diciendo Jim:

—Es imposible juzgar a un caballo sin haberlo montado.

Y Trixie añadió:

—Deje que le enseñemos todo esto, señor Wilson. Está precioso

en esta época del año, cuando están floreciendo los crisantemos, las dalias y demás flores.

—¿Pero qué pasa con vosotros, chicos? —preguntó Regan, rascándose la cabeza, desconcertado—. ¿Desde cuándo os preocupa que alguien me entretenga?

—¡Pero, Regan! —dijo Honey, haciéndose la inocente—. Siempre procuramos ser considerados. Tú mismo nos lo has dicho, a menudo. Pero si ayer, sin ir más lejos, le comentaste a papá que dejarías el trabajo si no fuera por el hecho de que mantenemos a los caballos en muy buena forma. Pero si siempre te estás quejando de tener demasiado trabajo, sobre todo por las mañanas, cuando hay tanto que hacer. Pero si ya lo sabes, yo no iba a dejar que el señor Wilson te apartase de tu rutina. Pero…

—Con éste ya van cinco peros —le interrumpió Regan—. ¿Acaso te has encontrado un peral? De forma que soy un quejica, ¿eh? Si alguna vez dejo este trabajo, me gustaría ver cuánto aguanta el que me sustituya, con cinco locos pegados a sus pantalones, metiéndose cada dos por tres en follones y en misterios, sobre todo Trixie —dijo, mirándola a ella especialmente. Después, dijo al señor Wilson—: Venga conmigo, señor. No siempre tengo la suerte de poder hablar con un experto en caballos.

Tan pronto como los dos desaparecieron, Trixie dijo a Honey cogiéndola del brazo:

—Dime, ¿qué te ocurre? Se supone que tú eres la que tiene tacto. ¿Por qué tuviste que decirle a Regan que no deja de quejarse?

—Oh, no lo sé —se lamentó Honey—. Lo que pasa es que estoy tan nerviosa… —iba diciendo mientras regresaban al porche, despacio—. Regan siempre se está quejando, pero no lo hace en serio, y ahora se ha enojado porque él sabe que yo opino que jamás encontraríamos a nadie que hiciese todo lo que él hace por nosotros. Desde que empezaron las clases hemos faltado a nuestras obligaciones diarias con los caballos, y muchas veces tenemos tanta prisa que no los cuidamos como es debido. Y…

—Vale, vale —la interrumpió Jim—. Lo sabemos. No te preocupes, porque Regan no nos va a abandonar por lo que has dicho, Honey.

—En cambio, sí que lo hará —apuntó Di en un tono de voz en el que se adivinaba más preocupación que en la de Jim— después de

tener que soportar a tío Monty. No dudará en marcharse. Y yo tengo la culpa. Por nada del mundo debería haber venido aquí. No os he causado más que problemas. Será mejor que os olvidéis de mí. Haré las maletas ahora mismo, y regresaré a casa con tío Monty.

—Ni se te ocurra —exclamó Honey, apretándole el brazo con fuerza—. Todos nos estamos preocupando por algo que probablemente no suceda. Yo no soy una experta, pero sé que Starlight y Susie son unos caballos magníficos. Fueron una ganga. ¿No tengo razón, Jim?

Jim asintió.

—Estoy convencido de que el señor Wilson y Regan harán migas enseguida. «Tan amigos como dos ladrones de caballos, socio» —añadió, riéndose entre dientes.

El joven spaniel de Jim, Patch, y el travieso setter irlandés de los Belden, Reddy, subieron los escalones del porche armando un alboroto tremendo.

Trixie se puso a jugar con ellos y preguntó a Jim:

—¿Sigues entrenando a Patch? ¿Y cómo te las arreglas para encontrar tiempo para ello?

—Por la mañana temprano y por la noche, antes de acostarme —dijo Jim—. Patch es un alumno extraordinario —y para demostrar la exactitud de sus palabras añadió—: ¿Lo veis? Me obedece cuando digo «siéntate», «al suelo», y «en pie», y es buenísimo para cobrar piezas.

—¿Qué quieres decir con eso de cobrar? ¿Va sacándole dinero a tus acreedores o qué? —preguntó Trixie.

—No, mujer. Los perros de caza «cobran», o recogen, las piezas que han caído muertas o heridas.

—Ah —dijo Trixie, con tono irónico—. ¿Y hay algo que no sepa hacer?

—Pues según Tom nunca aprenderá a pararse, mostrando la caza, y eso que algunos spaniels saben hacerlo. De hecho, antes se les llamaba «spaniels levantadores», es decir, «que levantan la caza», por si no lo sabías.

—No lo sabía —dijo Trixie—. Yo pensaba que todos los spaniels y los setters mostraban la caza, con ese gesto suyo, tan gracioso, apuntando con la patita delantera y con el hocico. Reddy lo hace, sin que nadie le haya enseñado. Suele hacerlo justo antes de salir

disparado detrás de algún conejo, estropeándole a mamá todas las flores del jardín —añadió con una risita nerviosa—. Digo yo que con la idea de avisar a mamá, y al conejo, no se da cuenta de nada. Reddy es un desastre. Si le dices que se siente, se acuesta. Si Brian y Mart le dicen que se ponga de pie, él va a tumbarse en su cama o en la terraza. Cuando le dicen que se vaya a la cama, se pone de pie, y si quieren que se acueste, se pone a dar vueltas.

Jim no pudo contener la risa.

—No es culpa de Reddy —dijo—. El problema fue que todos vosotros, incluyendo a Bobby, quisisteis entrenarle al mismo tiempo. Supongo que yo estoy siendo un poco puntilloso con el entrenamiento de Patch. No permito que nadie le dé órdenes, ni siquiera Honey.

—No lo supongas. Lo eres —dijo Honey, sonriendo—. Pero te comprendo. Cuando comience la temporada de caza de patos, el mes que viene, querréis que Patch os cobre los patos, y no el primer bicho que se encuentre tirado por ahí —dijo volviéndose hacia Trixie—. Tom se los va a llevar a cazar a las marismas, río arriba, ya sabes.

Tom Delanoy, el joven chófer de los Wheeler, era muy popular, tanto entre los chicos como entre las chicas. Había enseñado a Brian y Mart todo lo que sabía de caza y pesca. Los Belden le recomendaron para el trabajo porque, al contrario de lo que sucede con otros chóferes, Tom no pensaba que su cometido empezaba y concluía en la conducción de automóviles. Siempre se mostraba dispuesto a ayudar a Regan con los caballos y, en su tiempo libre, solía ser el manitas de la casa, el hombre a quien recurrir en caso de apuro. Regan y él se llevaban muy bien, y compartían las habitaciones de soltero que había encima del garaje. De algún modo Tom, pese a haber sido contratado hacía poco tiempo, era un miembro de la casa casi tan importante como Regan. Regan sabía todo cuanto había que saber sobre la crianza de caballos; Tom era un experto en mecánica y en caza. Era divertidísimo estar con él. Además, era bien parecido, con su pelo negro y rizado, y sus ojos azules.

—A Tom le gustan los perros cobradores —estaba diciendo Jim —, pero su raza favorita es el pointer o perro de muestra. Si Patch fuese suyo, os apuesto lo que queráis a que lograría enseñarle a

apuntar, mostrando las piezas. Pero yo no tengo tanta paciencia.

—Será porque eres pelirrojo —dijo Trixie, sonriendo.

Di, que había estado sentada todo ese rato en un extremo del columpio, dijo con un aire triste:

—Por favor, no hablemos de pelirrojos. Me recuerda a Regan, y a lo que tío Monty le estará diciendo en este momento.

Jim cambió de tema inmediatamente.

—¿Dónde están tus hermanos, Trixie? —le preguntó—. Ya va siendo hora de que empecemos con la iniciación de Di.

—Llegarán en cualquier momento —contestó Trixie—. Tienen que meter todas nuestras cosas, que estaban en el garaje, dentro de la furgoneta. Después Brian las llevará al cobertizo. Es posible que estén allí, esperándonos.

—Pues vámonos —dijo Jim, conduciéndoles prado abajo.

—¿Y en qué va a consistir mi iniciación? —preguntó Di, un tanto nerviosa—. Estoy intrigada.

—No tengo ni idea —dijo Trixie—. Honey y yo lo hemos dejado en manos de los chicos. ¿Qué tendrá que hacer para entrar en el club, Jim?

Jim se encogió de hombros.

—Yo tampoco estoy en esto. Brian y Mart sabrán qué hacer. Hablamos del asunto anoche, al volver del cine, pero a mí no se me ocurría nada. Salvo —añadió, dirigiéndose a Di— hacerte comer una docena de huevos, cada uno en un minuto. ¿Qué te parece la idea?

—¡Uf! —dijo Honey, tragando saliva—. Participé en un concurso de tartas el año pasado, en el colegio. La muchacha que venció se comió cinco tartas de frambuesa en media hora. Luego se puso malísima.

—No me hace mucha gracia eso de tener que atragantarme, sea de huevos o de tartas de frambuesa —protestó Di.

—No te preocupes —dijo Trixie—. Si mis hermanos tienen algo que ver en esto, no será esa clase de iniciación. Mart, probablemente, te obligará a recorrer descalza una milla, pisando tachuelas. O te pedirá que montes su tienda de campaña sin ayuda. Le encanta torturar a la gente.

Di se estremeció, pero Honey le cogió cariñosamente del brazo.

—No hagas caso a Trixie —le dijo—. Mart disfruta tomando el

pelo a la gente, pero en el fondo es un santo.

Al llegar al cobertizo, vieron que Brian y Mart ya estaban allí, guardando el equipo de deportes de invierno que habían traído de casa. También estaba Bobby, «yudando», como él mismo decía con orgullo.

Trixie se tapó los oídos con los pulgares, se puso bizca, sacó la lengua, retorció los dedos, y preguntó a Mart, enfadada:

—¿Es preciso que esté aquí, en la sede de nuestro club, quien tú sabes?

—En efecto, a menos que prefieras ir a casa y jugar con él en el montón de arena —dijo Mart, observando con interés la expresión de Trixie—. Algún día te vas a quedar bizca, de tanto cruzar los ojos, hermanita. Y te quedarás para siempre con los pulgares pegados a las orejas, y la lengua se te quedará fuera el resto de tu vida. Pero yo que tú no me preocuparía por eso, hermanita. De alguna manera, estás más guapa así. Piensa en todo el dinero que te ahorrarías. No tendrías que comprarte una careta para el Halloween. ¡Aunque, en realidad, la cara con la que naciste ya de por sí te sirve!

—¿Conque esas tenemos, eh? —replicó Trixie—. ¿Se te ha olvidado que decidimos acudir a la fiesta todos iguales? Lo malo es que no sé cómo te apañarás para conseguirlo, con ese corte de pelo tan ridículo… Y, en el caso de que estés interesado, yo no tengo ninguna obligación de quedarme hoy a jugar con quien tú sabes. Mamá me dijo que, ya que había fregado los platos y quitado el polvo, tenía libre el resto del día. Ayer preparó el último de los tomates, así que…

—Es verdad —la interrumpió Mart—, por todo lo cual nuestro paternal progenitor opina que nuestra maternal progenitora merece unas vacaciones —haciendo como que llevaba puesto un monóculo, añadió, con un acento pedante—: Padre y madre han partido lo más lejos posible del mundanal ruido. Por lo tanto, tenemos que ocuparnos de la generación más joven hasta la noche, o, al menos, hasta bien entrada la tarde.

—¡Tenemos! —protestó Trixie—. Supongo que te refieres a ti y a Brian. Porque, en caso de que estés interesado, lo has estropeado todo. ¿Cómo vamos a celebrar la iniciación de Di con Bob… perdona, con quien ya sabes, pegado a nuestros talones?

—En caso de que tú estés interesada —replicó Mart tratando de disimular su rabia—, la iniciación va a consistir precisamente en eso. Pensamos vendarle los ojos y obligarla a atravesar un riachuelo por encima de un tablón. Llegamos a idear, con el sadismo que nos caracteriza, un plan según el cual Di se llenaría los dedos de agujeros tratando de acabar de reparar el tejado del cobertizo, una vez que lo hayamos revisado. Y entonces se nos ocurrió eso. ¿Qué mejor ocasión para probar que es digna de entrar en nuestra sociedad secreta, conocida como B.W.G., que ésta que se nos ofrece? Tendrá que ocuparse, sin ayuda absolutamente de nadie, del joven Bobby Belden, la encarnación misma del diablo.

Trixie, muerta de risa, se dejó caer en el trineo que acababan de meter. Los otros chicos hicieron lo mismo. Honey sonrió sin ganas, y Di se quedó en la entrada del cobertizo, sin salir de su estupefacción. Miró alternativamente a Trixie y a los chicos.



—No… no entiendo nada. ¿De qué estáis hablando? —dijo al cabo de unos segundos—. Ya sé que no se puede entrar en un club secreto sin ser iniciada de una forma u otra, pero qué es lo que yo…

Honey le puso un brazo por encima del hombro.

—Nada más sencillo, Di —le dijo—. Toda tu obligación se limita a mantener a Bobby entretenido, y Bobby es un angelito, ya lo verás, por mucho que Mart diga. Procura que se distraiga poniendo barquitos de papel a navegar, en la piscina que hay al otro lado de la casa… luego, sobre las once, Regan le dará su lección de equitación, con Lady. Después, que se dé un baño, antes del almuerzo, y acto seguido, que se duerma una larga siesta…

—Sin olvidarnos de los tebeos —intervino Trixie—. Sufre de insomnio durante el día, Di, lo que significa que tendrás que leerle una y otra vez, en voz alta, «La ruina del tío Gilito», que es su cuento preferido. En lo que se refiere a Regan y a lo de montar a caballo, ¿cómo sabes que no habrá dimitido para entonces?

—Regan… ¿dimitir? —gritaron al unísono Brian y Mart.

Trixie explicó los motivos, que ellos escucharon en medio de un grave silencio.

—Claro que —concluyó— no podemos estar seguros de que el señor Wilson insulte a Regan. Pero, si le calienta mucho los cascos a Regan… bueno, ya sabéis cómo se pone.

Se encogió de hombros.

—Haz el favor; no entres en detalles —suplicó Mart—. Si Regan nos deja, todo se acabó —dijo volviéndose hacia Honey—. Si eso sucediera, tu padre vendería los caballos, ¿verdad?

Honey contestó mientras se retorcía las manos.

—Oh, yo no sé qué haría. Él también tiene muy mal genio, ya sabéis, y los dos explotan con facilidad. Por mucho que mi padre estime a Regan, no me lo imagino poniéndose de rodillas y rogándole que se quede. Regan se largaría antes de que cantara el gallo.

Jim dio a entender que opinaba lo mismo.

—Y todos sabemos que no encontraremos a nadie que nos soporte. Pero —añadió— probablemente estemos haciendo una montaña de un grano de arena. Pese a todo lo que vosotros, rubios y morenos, creéis, los pelirrojos no nos rendimos tan fácilmente. Tomadme a mí, por ejemplo —exclamó sonriente—. ¡Si no hay en el

mundo un chico con tan buen temperamento como yo!

—¿Ah, sí? —preguntó Trixie, arrugando la nariz—. ¿Y qué hay del verano pasado, cuando te echaste encima de mí y por poco me estrangulas, sólo porque di a entender que estabas mintiendo?

—Tú bien sabes que decía la verdad, Trix —insistió Jim, un poco alterado.

—Jim, el del buen temperamento —entonó Trixie, y todos se rieron.

—No nos hagas caso, Jim —dijo por fin Honey—. Sólo queríamos tomarte el pelo. Además, es otro asunto el que nos tiene preocupados. ¿Te parece que hay alguna probabilidad de que tu tío no ofenda a Regan? —preguntó a Di.

—No conocéis a tío Monty —respondió Diana—. Os aseguro que encontrará la forma de hacerlo. ¡Si ayer mismo le dijo a mi padre que nuestra casa estaba siendo devorada, lenta pero inexorablemente, por las termitas…!

Brian soltó una carcajada, pero en sus ojos negros podía adivinarse que era una risa forzada.

—¿No será tu tío un poco exagerado, Di? —preguntó.

—Peor aún —dijo Diana, tragando saliva—. Es un mentiroso, eso es lo que es. Tío Monty miente todo el tiempo. Lo sé. ¡Lo sé!

—Oh, Di —exclamó Honey—. No deberías hablar así del hermano de tu madre. Hay mucha gente que exagera. Trixie y yo, sin ir más lejos. Y eso no nos convierte en mentirosas.

—Tío Monty lo es, sin embargo —insistió Diana—. Nos dijo que había ganado muchísimo dinero, pero que lo perdió todo a causa de una enfermedad que ha venido padeciendo estos últimos diez años. En cambio, si le vieseis comer, pensaríais que está tan sano como un roble. Yo creo que finge estar enfermo para no tener que trabajar, lo que significa que se quedará a vivir con nosotros el resto de su vida, si queréis mi modosita opinión…

—Se dice modesta —intervino Mart, pero Brian le hizo callar de un codazo y le dijo:

—Guárdate tu exquisito vocabulario en el bolsillo, estúpido. Sigue, Di.

Demasiado tarde. Di enmudeció y echó a correr. Los Bob-Whites se quedaron sin saber qué hacer mientras ella atravesaba a toda carrera el prado y subía los peldaños de la entrada de la enorme

mansión.

Planes para Halloween • 6

—YA HAS METIDO la pata —exclamó Trixie, lanzando a Mart una mirada furiosa—. Ahora seguro que Di hace las maletas y se va a su casa.

—Lo siento —dijo Mart, avergonzado—. Sólo trataba de ser gracioso. ¡Es que cualquier cosa la saca de quicio! Yo creí que un poco de humor la ayudaría a relajarse.

—Está tensa —dijo Honey—. Pero eso es porque hace bastante tiempo que no se divierte, Mart. Cuando estás triste, pierdes el sentido del humor. Subiré a su cuarto a ver si la convenzo para que no se marche.

Brian, que opinaba lo mismo, añadió:

—Mejor será que pasemos por alto lo de la iniciación, en este caso. Trixie, ve al garaje y comprueba qué tal van las cosas entre Regan y el señor Wilson. Llévate a Bobby porque, en caso de que Regan se haya enfadado, con Bobby se calmará. Ya sabes que lo adora.

Bobby, que no había estado prestando atención a lo que se estaba hablando hasta ese momento, cogió a Trixie de la mano.

—Regan «m'adora» —dijo sonriendo lleno de orgullo—. Y yo «doro» a Regan. Jamás se enfada conmigo.

Y dando la mano a las chicas, se fue con ellas. Al subir los escalones, pudieron ver cómo el elegante coche de los Lynch se alejaba, carretera abajo. El señor Wilson estaba al volante, y no había nadie en el asiento de atrás.

—Bueno, por lo menos Di todavía no se ha ido —dijo Honey—. Trixie, tenemos que actuar con mucha delicadeza al hablar con ella. Procuremos evitar el tema de su tío y de su madre. ¡Por poco honrado que sea el señor Wilson, no deberíamos hablar mal de él con su propia sobrina!

—De acuerdo —dijo Trixie. Bobby y ella fueron rápidamente a

las cuadras. Regan estaba limpiando una silla de montar—. Hola, Regan —dijo Trixie, algo nerviosa—. ¿Cómo está?

Él soltó la esponja, se llevó las manos a la cadera, y se quedó mirándola fijamente.

—Pero ¿qué está pasando aquí? —preguntó. Entonces cogió al pequeño en brazos—. ¿Se ha vuelto loca tu hermana o qué? —dijo asombrado—. ¿Qué «cómo estoy»? Es la primera vez en su vida que me hace una pregunta de ese tipo. ¡Qué cosa más rara…! Si sólo con mirarme puede verse que me encuentro mejor que nunca… ¿Acaso tengo aspecto de estar enfermo?

—No —dijo Trixie, sonrojándose—. Sólo quería saberlo. No se ha enfadado con nadie, ¿verdad?

Él entornó los ojos, sospechando algo.

—¿Y por qué iba a enfadarme con alguien? No te molestes en contestarme. Tengo razones para estarlo, pero todavía no las he averiguado. ¿Qué habéis estado tramando, chicos? —dijo con voz grave.

—Nada —replicó Trixie inmediatamente. Pero su curiosidad era tal que, sin pensarlo dos veces, le preguntó—: ¿Qué tal le fue con el señor Wilson?

Regan contestó, riéndose a carcajadas:

—¿A qué viene eso…? Muy bien. Es bastante simpático, pero lo que él ignora sobre caballos llenaría la Biblioteca Municipal de Sleepyside.

—Pero, Regan —exclamó Trixie—, si él era domador de caballos. Debe ser un experto en el tema.

Regan soltó a Bobby en el suelo para limpiarse las lágrimas, pues estaba llorando de risa.

—¡Domador de caballos! ¡Que me parta un rayo ahora mismo si ese tipo se ha subido a un caballo alguna vez en su vida! —dijo riéndose sin parar.

—Pero si él dijo… —comenzó a decir Trixie—. No lo comprendo. ¿Y qué pretendía, dándoselas de experto?

—Eso sí que no lo sé —dijo Regan—. A menos que pensara que podría engañarme… Lo que está claro es que ha estado informándose del tema. Utiliza palabras como esparaván o menudillo correctamente. Pero que conste que los buenos mozos de cuadra no abundan. Hay quienes tienen mucho dinero y contratan a

hombres que no saben mucho más que el señor Wilson. Pero si te has pasado la mayor parte de tu vida con los caballos, puedes oler a un novato a la legua.

—¿Y él se dio cuenta de que tú «le oliste»? —preguntó Trixie con curiosidad.

—Por supuesto que no —respondió Regan, subrayando sus palabras—. Eso no habría resultado muy educado por mi parte, ¿verdad? Es el tío de esa amiga tuya tan guapa, ¿no?

—A decir verdad, no estoy segura de eso —dijo Trixie, pensando en voz alta. Entonces, al recordar eso de que «los cántaros pequeños tienen enormes orejas», dijo a Bobby—: ¿Por qué no te vas al garaje y me cuentas lo que Tom Delanoy está haciendo? No le has visto desde hace siglos.

—No quiero —dijo Bobby, estrujando la esponja enjabonada de Regan con sus manos regordetas—. Yo me quedaré aquí para ayudar a Regan.

—Hoy no —dijo Regan con firmeza—. Vete a ayudar a Tom. Está lavando los coches, y eso es más divertido que limpiar el cuero de las sillas de montar.

—«Dacucuerdo» —dijo Bobby con resignación, y salió correteando en dirección al garaje.

Tan pronto como el pequeño desapareció, Regan dijo enfrentándose a Trixie:

—Ahora escucha. Si estás pensando en meterte en uno de tus famosos misterios, deja que te advierta una cosa. Los Lynch son buena gente, y esas familias no aceptan entre ellos a ningún malhechor. El señor Wilson no es más que uno de esos tipos inofensivos que disfrutan escuchándose a sí mismos. Puede que resulte excéntrico, si quieres, pero… ¿quién no lo es? Tu hermano Mart y tú, sin ir más lejos, estáis más locos que cabras. O, por ejemplo, yo. ¿Crees que alguien en su sano juicio se iba a quedar trabajando aquí tanto tiempo como yo me he quedado? Desde que te dejas ver por aquí, esto ha cambiado tanto que están pensando en borrar el nombre de Manor House y llamarlo Manicomio.

Trixie le contestó con una risa nerviosa:

—Seguramente tienes razón. Mi problema es que soy suspicaz por naturaleza.

—No hace falta que lo jures —dijo Regan, sonriendo—. Llegué a

conocer un poco a Di Lynch ayer, cuando le di la lección de montar. Ya tiene bastantes problemas como para que encima tú te pongas a hurgar en los asuntos de su tío. En este momento tú crees que es un impostor, ¿no es así? —añadió bruscamente.

Trixie asintió en silencio.

—Bueno; pues deja que se ocupe de eso el señor Lynch —dijo Regan, con una cierta severidad—. Él no es ningún tonto. Nadie capaz de ganar un millón de dólares con tanta rapidez podría serlo.

—Supongo que tienes razón —repitió Trixie—. Yo sólo pensaba…

—No —la interrumpió Regan—. No pienses. Cada vez que lo haces, esto se llena de tropas del Ejército y Brigadas de Operaciones Especiales.

En ese momento entraron Di y Honey, cogidas del brazo. Honey le lanzó a Trixie una mirada inquisitiva y preguntó:

—¿Cómo estás, Regan?

Por toda respuesta, el pobre hombre se limitó a gruñir, y salió del establo.

—Oh, Trixie —suspiró Honey—. De modo que tío Monty se ha metido con Regan…

—No —contestó Trixie, tranquilizándola—. Todo ha ido como la seda. Tu tío le cae de maravilla, Di.

—No me lo creo —dijo Di asombrada—. A nadie le puede caer bien el tío Monty. Está claro que mi madre le quiere, pero lo que quiero decir es… ¡un hombre como Regan! No me pidas que te crea, Trixie Belden. A Regan jamás podría gustarle una persona como el tío Monty.

Trixie no dijo nada, y las tres chicas se dirigieron, cogidas del brazo, al mirador.

Para cambiar de tema, Honey, con su acostumbrada discreción, dijo:

—Tenemos muchísimo que hacer este fin de semana, Di. No sólo hemos de organizar la fiesta del Halloween, sino que encima hay que hacer las dichosas redacciones de inglés. ¿De qué vas a hablar en la tuya, Di?

—No lo he pensado todavía —reconoció Diana—. Tampoco es que hiciéramos nada fuera de lo común este verano.

—¡Pero, Di! —exclamó Honey—. ¡Si fue tu caravana roja la que

desapareció de una forma tan misteriosa! Yo, desde luego, consideraría ese incidente como algo fuera de lo común.

—Ya lo sé —dijo Di—. Pero Trixie y tú ya vais a contar eso. Yo no tuve nada que ver con la resolución del misterio.

—No seas tonta —dijo Trixie, con generosidad—. Esa historia es tuya, y nada más que tuya. Si no guardaste los artículos de la prensa, Honey y yo te prestaremos encantadas nuestro álbum de recortes, ¿verdad, Honey?

—¿Lo dices en serio? —preguntó Di.

—Claro que sí —dijo Honey mientras se sentaban en el columpio —. Trixie y yo tenemos que contar tantas cosas que no sabemos por cuál de ellas empezar. Vamos a escribir las redacciones ahora que estamos todas juntas. ¡Será divertido!

—No tanto; sobre todo con Bobby pegado a nosotros como una mosca —dijo Trixie—. Cada vez que intentemos juntar dos palabras para formar una frase, él nos interrumpirá. Le conozco muy bien. Resulta imposible encontrarle cuando se trata de meterlo en el baño o en la cama. ¡Pero a ver si tú puedes perderle de vista! Tiene el olfato de un sabueso.

Diana rió con ganas, y Trixie comprobó que ya empezaba a sentirse mejor.

—Iré a jugar al escondite con Bobby ahora mismo —propuso—. Así vosotras podréis hacer las redacciones en paz. No quisiera pediros prestado vuestro álbum de recortes hasta que no hayáis terminado con él. Seguro que está lleno de artículos de periódico que las dos necesitaréis.

El resto del fin de semana pasó sin más problemas. Di insistió en cuidar a Bobby, tal y como su iniciación exigía, y Honey estuvo con ella casi todo el sábado, mientras le hacía una chaqueta roja igual que la de los demás, con las letras «B.W.G.» bordadas en blanco, en la espalda. El domingo por la noche ya habían avisado a todos los de la lista para la fiesta del Halloween, y estaban haciendo planes para el viernes.

—Hum, veamos —dijo Honey, quien, como secretaria del club, había estado contando a los invitados—. Doce chicas y quince chicos. Necesitaremos unos cinco kilos de carne picada para hacer hamburguesas, seis docenas de salchichas de Frankfurt como mínimo, una buena cantidad de panecillos, varios bloques de

helado, un par de cajas de coca-cola, naranjadas, y demás; y leche para aquellos que la prefieran. Y que no se nos olvide la mostaza, el ketchup, los condimentos y la mantequilla. Después, dijo dirigiéndose a Di—: Deberías encargar todo esto a la salida del colegio, mañana por la tarde, en la tienda. Y asegúrate de que todo lo envíen el viernes por la tarde.

—¿Y qué harás con todo eso cuando te lo traigan? —preguntó Trixie—. Prácticamente tendrás que meterlo todo en el frigorífico. ¿Cabrá en el tuyo, Di?

—Tenemos dos neveras enormes y un congelador gigantesco —dijo Di—, aunque suelen estar a tope. ¿Qué voy a hacer, Honey?

Honey se quedó pensando mientras mordía el lápiz.

—No podemos ir a pedirle consejos a tu madre, ahora que te ha dejado llevarlo todo a ti sola. Tendrás que hacerte cargo de eso, Di, aunque no sé cómo —se calló un momento, y después añadió—: Quizás podamos prescindir de la leche, y siempre puedes comprar el helado en paquetes de hielo.

—Y —añadió Trixie— también puedes comprar un buen cajón de hielo para los refrescos. Nosotros siempre lo hacemos, y metemos todo el hielo en la pila de la cocina. Las hamburguesas y las salchichas, si las compras congeladas, no hace falta meterlas en la nevera. Y si la mantequilla se ablanda un poco, pues mejor: será más fácil de untar en los bollos.

—Qué ingeniosas sois —comentó Di con admiración—. Con todo eso no tendremos ni que acercarnos a la cocina. Haré que lleven todo a la terraza en cuanto lo traigan.

—¿Y si llueve? —preguntó Honey, indecisa—. Esta ola de calor acabará, probablemente, en una tormenta, y muy pronto.

—No importa —la tranquilizó Di—. Tenemos la terraza cubierta. Es más bien una habitación al aire libre, que cubre todo un lado de la casa. Podremos asar la comida en las grandes chimeneas que hay a cada extremo de la terraza.

—¡Melcochas[5]! —exclamó de pronto Trixie—. Halloween no sería Halloween sin melcochas.

—Y palomitas de maíz —añadió Diana—. ¿Cómo se nos ha podido olvidar algo tan importante?

—Me estoy empezando a poner nerviosa —dijo Honey, y volvió a morder el lápiz con más fuerza—. Me da la impresión de que se

nos han olvidado un montón de cosas imprescindibles. Creo que deberíamos incluir en la lista platos y servilletas de papel, y pajitas. Di, Si damos a los criados más trabajo del necesario, Harrison montará algún escándalo, y puede que tu madre no te vuelva a dejar celebrar ninguna otra fiesta.

—Ojalá montemos tanto follón que le dé por marcharse —dijo Di con desprecio—. Por su forma de comportarse cualquiera creería que es el dueño de la casa. Apenas veo a mis hermanos pequeños, porque a Harrison le molestan los niños. Le da miedo que rompan algo en el salón, o que pongan sus manitas sucias en las mantelerías, de modo que los gemelos se pasan el día en su cuarto, cuando no en el jardín. Te parecerá increíble —dijo dirigiéndose a Trixie—, pero ayer me lo pasé en grande cuidando de Bobby. No sabes la suerte que tienes de tener un hermano pequeño al que poder comerte a besos y abrazos cuando te apetezca.

—Oh, ya lo sé —reconoció Trixie—. Bobby da la lata de vez en cuando, pero le quiero muchísimo. Y no me puedo quejar de que me hagan cuidarle. Mamá me paga veinticinco centavos a la hora cuando lo hago, aparte del dólar semanal —añadió sonrojándose—. Tienes razón, Di. Supongo que soy una chica con suerte.

—A propósito —comentó Di, algo inquieta—. ¿Cómo podré conseguir dinero para el club, igual que vosotras?

—De momento dejemos eso —dijo Honey, zanjando el asunto con rapidez—. Tu fiesta es lo más importante que tenemos entre manos. Si es un éxito, y Harrison no tiene nada que ver en ello, es posible que tu madre decida que no necesita ningún mayordomo.

—Es posible —repitió Di, aunque sin gran esperanza. Observó la lista mirando por encima del hombro de Trixie y dijo preocupada—: Se nos han olvidado los premios. ¿Y a qué podríamos jugar?

—Oh, yo conozco un juego estupendo —gritó Trixie—. ¡«Asesinato en la Noche»! Es de lo más divertido.

Di se estremeció.

—Suena maravilloso —dijo—. Empiezo a pensar que estás un poco majara… ¿o debería decir «macabra»?

Trixie se rió.

—Para obtener un premio en este juego —explicó—, no puedes ser ni majara ni macabra. Tienes que ser muy astuta. Hay muchas formas de jugar a «Asesinato en la Noche», pero nosotros jugamos

de la manera siguiente: Primero repartes cartas. El que reciba la reina de picas es la víctima del asesino. El que tenga el As de diamantes es el asesino. Pero, por supuesto, no debe dejar que nadie lo sepa. Luego se eligen equipos. La mitad sale de la habitación con la reina y con el As. El asesino revela a los de su equipo su identidad, y todos van dejando un montón de pistas tratando de despistar al equipo contrario. Aquél que sea lo bastante agudo como para averiguar quién es el asesino obtiene el primer premio.

Honey preguntó entre carcajadas:

—¿Y quién se lleva «el premio al más tonto»? ¿La reina de picas?

—No —contestó Trixie—. Se lo lleva el «detective» que hace las preguntas más estúpidas y va metiendo la pata continuamente. Siempre hay alguien así en una fiesta.

—Me voy a otorgar ese premio ahora mismo —dijo Diana sonriendo—. Pero el juego parece divertido, Trixie, y nuestra casa es tan grande que nos pasaremos toda la noche siguiendo pistas y tratando de resolver el misterio.

—Nunca se sabe —replicó Honey—. En las fiestas siempre hay alguien, también, que es demasiado inteligente. Él o ella podrían resolver el misterio enseguida. Para asegurarnos de que todo vaya bien, debemos pensar en más juegos. ¿Alguna otra idea, Trixie?

—No está mal —dijo Diana, satisfecha.

—¿Y cómo es ése en el que tienes que coger manzanas con la boca? —preguntó Trixie—. Es típico del Halloween, ¿o no?

—No —respondió Di de forma tajante—. A ti te da lo mismo mojarte el pelo, porque lo tienes rizado, pero a la mayoría de las chicas no les hará ninguna gracia.

—Personalmente —dijo Honey—, me parece que ya somos muy mayores para ese tipo de juegos. Después de «Asesinato en la Noche», si da tiempo, podríamos jugar a las adivinanzas. Ya sabes, un equipo interpreta con gestos un refrán o algo así, y los demás tratan de adivinar qué es lo que intentan decir.

—De acuerdo —dijo Trixie—. Las charadas siempre son divertidas. Lo malo es que yo soy incapaz de distinguir entre un verso de Shakespeare y una línea trazada con tiza.

—No sigas, haz el favor —protestó Honey—. Si tú sacas buenas notas en inglés, Trixie. ¿Por qué vas por ahí dándotelas de

analfabeta? La redacción que escribiste ayer te quedó fenomenal, y apuesto lo que quieras a que la profesora piensa lo mismo que yo.

—Si consigue descifrar mi letra, que es bastante horrible —dijo Trixie con humildad—. Y esto me ha dado una idea para otro juego. Podríamos analizar la letra de cada uno. Mart tiene un libro que trata de eso. Si la cosa se pone aburrida, siempre puede salir él a predecir nuestro porvenir. A él le encantaría.



Aquella semana, cada vez que las chicas se encontraban en el instituto, o en el autobús, añadían alguna propuesta a la lista, aunque al final todo sería en vano.

¡Una sorpresita! • 7

LOS BOB-WHITES, como ayudantes de la anfitriona, fueron los primeros invitados en llegar a la fiesta.

Diana los recibió con muestras evidentes de haber estado llorando.

—Todo ha sucedido tal y como os advertí. Y lo hizo a propósito, sólo por fastidiarme. Estoy convencida.

—¿Quién hizo qué? —preguntó Trixie, desconcertada—. No me digas que Harrison no se ha tomado la noche libre, después de todo.

—No; para colmo de males él sigue aquí —dijo Di, fuera de sus casillas—. No obstante, le prohibí, sin más, que abriera la puerta a nadie. Pero no me estoy refiriendo a él, sino a mi tío Monty. Se ha hecho cargo de todo, y ha armado tal embrollo que ya no sé qué hacer.

Que tío Monty se había hecho cargo de todo resultaba obvio, a todas luces. Como «sorpresa» para Diana había persuadido a la señora Lynch para que contratase varios camareros, una orquesta con cinco músicos, y hasta unos decoradores que vinieron desde Nueva York. Las paredes de las habitaciones del piso de abajo estaban cubiertas de satén negro, y el satén estaba adornado con unos dibujos fosforescentes rarísimos. Brujas, criaturas felinas armadas de tremendos colmillos y con los lomos arqueados, calabazas pintarrajeadas y arañas (todas ellas de colores chillones) sonreían de un modo terrible a cuantos entraban en la casa, desde las cortinas negras que habían colgado junto a la puerta principal.

—¡Vaya, echad una mirada al decorado! —comentó Brian.

—Desde luego, está claro que estamos en Halloween, ¿eh, Trixie? —dijo Jim.

—Da la impresión de que estuvieran rodando una película —opinó Trixie, intentando englobar todo aquello en una mirada.

—Justo —gritó Diana furiosa—. ¡Hollywood! Y yo que pensaba

haberlo hecho todo con la mayor sencillez posible.

Los condujo hasta una sala amplia, que llamaban galería de arte. Ahora resultaba imposible ver ninguno de los cuadros, por culpa de las lúgubres cortinas, y habían sacado la alfombra, y todos los muebles, a la terraza. La orquesta afinaba sus instrumentos en una plataforma algo elevada, en un extremo del cuarto, y las puertas del otro lado estaban cerradas.

—Aunque estuviera abierta —explicó Di— no podríais salir a la terraza, porque está abarrotada de muebles. Y supongo que tirarán a la basura todo lo que yo encargué. Ya veréis al entrar en el comedor. Toda la mesa está llena de aperitivos y en el centro hay un pavo gigantesco y un jamón descomunal. Y, por lo que he visto, tocamos a camarero por invitado.

—No te preocupes, Di —dijo Honey, procurando consolarla—. Todos nos lo vamos a pasar en grande.

—Ya verás como nos divertimos, Di —dijo Trixie, y los chicos la apoyaron de todo corazón.

—Pero ¿qué vamos a hacer? —preguntó Di—. Muchos de los chicos que vienen no saben bailar. Yo misma no tengo ni idea. Pero no hay forma de meterle eso a tío Monty en su cabecita. Ha dispuesto todo para que nos pasemos la noche comiendo y bailando. ¿Cómo vamos a jugar a todo eso que teníamos planeado con la orquesta metiendo ruido y todas las habitaciones llenas de camareros y decorados rarísimos?

Honey le dijo poniéndole la mano en el hombro:

—Los camareros no nos molestarán para nada, Di. Nos servirán la cena, lo limpiarán todo, y regresarán a Nueva York. Y si nadie quiere bailar, bueno, pues que se largue la orquesta también. Tu madre sigue aquí, ¿no? ¿Por qué no le preguntas si le parece bien? Estoy segura de que lo aprobaría.

Diana estaba desesperada.

—No lo comprendes —dijo con voz sombría—. Yo no puedo explicártelo.

—Te comprendo perfectamente —exclamó Trixie, tan impulsiva como de costumbre—. No quisieras herir los sentimientos de tu madre. Ella ha hecho todo esto por complacerte.

—En efecto —dijo Di a punto de llorar—. Se dejó convencer por tío Monty, y creyó que esto sería una gran sorpresa. Papá está

furioso, porque sabe cómo me siento. Quiero decir, está furioso con tío Monty. Si queréis mi modosita, perdón, modesta opinión, os diré que papá no puede ni ver a tío Monty. Eso es lo que trataba de deciros el sábado pasado, cuando me puse tan pesada y me comporté como un niño pequeño. Yo creo que papá estaría dispuesto a darle todo su dinero a tío Monty si con eso lograse perderle de vista para siempre. —Di se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta roja del club—. ¡Y ojalá lo hiciera! —prosiguió—. Estoy tan a disgusto con la fortuna de mi padre como con tío Monty.

Dicho esto, salió de la habitación.

Honey, entonces, comentó:

—Me parece que el tío de Di ha hecho mal al estropearle la fiesta, pero tampoco son motivos para odiarlo.

—Yo entiendo cómo se siente —dijo Jim—. Yo también llegué a odiar a mi padrastro. ¿Te acuerdas, Honey?

—Aquello era distinto —dijo Honey—. Él era… lo que se dice un bestia. Y no había entre vosotros ningún parentesco real, de sangre. Teníais tanta relación como entre David Copperfield y ese asqueroso de Murdstone con quien se casó su madre. Sin embargo, la tía-abuela de David, Betsy Trotwood, que no parecía demasiado buena al principio del libro, tenía parentesco de sangre con él, y… bueno, ya habéis leído David Copperfield, conque todos sabéis lo que quiero decir.

—Insinúas que la sangre es más espesa que el agua —resumió Brian de un modo genial—. Y lo es. Casi siempre.

Mart soltó una carcajada y dijo:

—Cierto, cierto. Tenemos una tal tía Alicia que sigue pensando que Trix se convertirá en toda una señora algún día y aprenderá a usar un alfiler correctamente, y no como si fuese una palanca. Tía Alicia se atrevió incluso a enseñarle a hacer encajes, y no por eso la odia, ¿verdad, Trix?

—Ojos negros —dijo Trixie de pronto.

Todos se quedaron mirándola, atónitos.

—Tiene los ojos negros —dijo Trixie, a la defensiva—. El señor Wilson, digo. Y la señora Lynch tiene los ojos azules… muy azules.

—¿Y qué? —replicó Mart—. Bobby, tú y yo, tenemos los ojos azules, como mamá, y Brian los tiene negros, igual que papá.

¿Acaso piensas por eso que Brian es un hijo adoptivo?

—Nadie en su sano juicio te habría adoptado a ti, de eso no cabe duda —dijo Trixie despectivamente. No intentaba probar nada. Sólo estaba pensando, como de costumbre. Entonces recordó lo que Regan le había aconsejado: «*No pienses*». Y lo que Honey le había dicho: *«Por poco honrado que sea el señor Wilson, no creo que debamos hablar de él cuando Di esté presente»*.

Intentó cambiar de tema, pero ya Jim había metido baza, diciendo:

—Hablando de hijos adoptivos, yo lo soy, y no tengo los ojos ni negros ni azules. Son verdes. ¿En qué me convierte eso, Trix?

En ese momento Di y su tío se les unieron en la entrada de la galería. El señor Wilson iba vestido de vaquero, con su revólver de juguete y todo el equipo completo. Y a Trixie le pareció que estaba tan ilusionado con la fiesta como un niño. Frotándose las manos alegremente, dijo:

—Adelante con vuestras caretas y pelucas, socios. Los demás invitados están al llegar. Ya lo tengo todo listo. Que nadie se desenmascare hasta que la campana anuncie el comienzo de la fiesta. En cuanto todos hayan llegado, tendremos un gran desfile alrededor de la pista de baile, y yo seré el juez. El primer premio será para el mejor disfraz. El premio al más tonto para el peor. Seguidamente vendrá el baile de figuras, socios, que nos abrirá el apetito de cara a la comida. Yo daré las órdenes para el baile. No hay mucho que el viejo tío Monty no sepa sobre el baile de figuras. Hombre, si tuviera aquí conmigo el violín, tocaría como no habéis escuchado tocar en vuestra vida. Y si me hubiera traído el acordeón y la armónica, ibais a saber lo que es un genuino hombre-orquesta. ¡La música personificada, venida directamente del Oeste!

—Estoy segura de que lo harías, tío Monty —le cortó Di, forzando una sonrisa lo mejor que pudo—. Pero, ya que casi ninguno de los chicos que he invitado sabe bailar, yo había pensado en decir a la orquesta que se marche y también a los camareros. ¿Qué te parece?

—¡Oh, no, no, no, no! —gritó el diminuto tío, dando un saltito con cada «no», como si fuera el enano del famoso cuento de los hermanos Grimm—. Si tus invitados no saben bailar, da lo mismo. La música nos servirá para jugar a mil cosas. Las Sillas Musicales y

cosas así.

—¡Pero tío Monty —dijo Di subiendo el tono de voz—, ya somos demasiado mayores para ese tipo de juegos!

—Me temo que ya estáis lo bastante creciditos como para bailar el vals y la polka —se atrevió a afirmar. La orquesta dio las primeras notas de «El Danubio Azul», y él se inclinó galantemente ante Honey—. Esta damita seguro que sabe bailar el vals. ¿Me concede este baile, señorita?

Trixie contuvo el aliento. ¡Ahora tendría Honey que mostrar toda la discreción de que era capaz! Y así fue. Honey hizo una reverencia y respondió con dulzura:

—Siento no poder complacerle, señor Wilson. De todos modos creo que la idea de tener la orquesta con nosotros es magnífica. Con usted de maestro de ceremonias, podríamos organizar un concurso. Podemos solicitar que la orquesta marque los primeros compases de alguna canción popular, y aquél que adivine su nombre habrá ganado un premio. —Después añadió—: ¿Por qué no vamos, usted y yo, al estudio del señor Lynch y hacemos una lista de las canciones que la orquesta vaya a tocar para el concurso?

Él la siguió fuera de la galería, hasta la habitación que estaba al otro lado del pasillo, tan obediente como un corderito. Trixie exhaló un suspiro de alivio.

—He ahí la respuesta, claro —dijo—. Desde ahora nos turnaremos para mantener a tío Monty donde no moleste.

Los chicos aprobaron la idea solemnemente, y a Di le brillaron los ojos.

—¿De verdad, lo haréis? —dijo llena de ilusión—. Yo no podré ayudaros, siendo como soy la anfitriona.

En aquel momento sonó el timbre y ella corrió presurosa a abrir la puerta, olvidando ponerse la careta y la peluca, pues estaba deseando saludar a los invitados antes de que lo hiciera su tío.

Sin decir ni una palabra, los Belden y Jim se sacaron las caretas y pelucas de los bolsillos y se las pusieron. Formaban un conjunto grotesco, pero nadie se rió. Trixie sufrió un pequeño mareo repentino pero se repuso enseguida. Con sus chaquetas amplias, sus pelucas negras y rizadas, y sus caretas de goma, resultaba imposible distinguirlos. Mart no era tan alto como Brian o Jim, pero de alguna manera el disfraz parecía igualar sus estaturas. Allí se quedaron,

inmóviles como los espectros, brujas, esqueletos y dragones luminosos de las cortinas. Resultaba difícil respirar detrás de las máscaras, demasiado ajustadas, y, por primera vez en su vida, a Trixie le falló el equilibrio, le temblaron las piernas, y estuvo a punto de desmayarse.

Alguien había echado hacia atrás todo lo posible las puertas de este extremo de la galería. Trixie se cogió de uno de los mangos para no caerse, pues una cosa grande, negra y horrible, con unas patas peludas, delgadísimas y arrugadas le golpeó en la cara. Luego le rozó la mano, y cayó después al suelo, a sus pies.

Los retratos ocultos • 8

¡ERA UNA VIUDA NEGRA! *Demasiado grande, sin embargo, para ser real* —pensó Trixie, ahogando el grito que le subía por la garganta—. Creyendo que alguno de los chicos era el autor de la bromita, Trixie dijo por encima del hombro:

—Muy gracioso, pero que muy gracioso. Por suerte he sido yo la que se ha encontrado con esto. Mejor será que no tratéis de asustar a Honey con arañas. Les tiene fobia.

Entonces Jim intervino, furioso:

—No ha sido nada divertido. Esa clase de bromas puede traer muy malas consecuencias. No tendríais vosotros dos nada que ver con ello, ¿verdad, Brian…? ¿Verdad, Mart?

Ambos negaron al unísono.

—Probablemente haya sido tío Monty, que tiene un sentido del humor muy especial —dijo Mart. Trixie se dio cuenta de que aquello le había sentado aún peor que a Jim—. No me gusta ese tipo —le dijo a su hermana pellizcándole cariñosamente la mejilla —. Cualquier otra, en tu lugar, se hubiera puesto a chillar, o se hubiera desmayado, o bien hubiera sufrido un ataque de histeria.

Brian le apretó la mano a su hermana. Estaba fría.

—Tal y como van las cosas —dijo—, yo diría que lo más sensato sería volver a casa. No va a resultar nada divertido entretener a tío Monty por turnos. Personalmente, yo no le tengo manía, pero me parece obvio que está haciéndole la vida imposible a Di.

Jim, que había estado examinando el picaporte de la puerta, se puso de pie y comentó:

—Ya veo cómo funciona el mecanismo, con una goma y una chincheta. Menos mal que no le ha pasado a Honey, Trixie. Con gran esfuerzo, está empezando a vencer el terror que le producen las arañas. Algo así hubiera supuesto un retroceso. Me pregunto cuántas trampas habrá preparado tío Monty.

—¡Huy! Esto debe de estar infestado —dijo Mart, manifestando su disconformidad—. Como dije antes, y como volveré a decir, no me gusta ese tipo.

—Ni a mí —dijo Trixie—. Cada vez estoy más convencida de que es un impostor.

—Escucha, Trix —dijo Brian con prudencia—. Que haga cosas raras, que sea un poco excéntrico, que tenga un sentido del humor tan particular…

—No es sólo eso —le interrumpió Trixie—. No se parece en nada a la señora Lynch. Ella está un poco rellenita, y es bastante alta y bien parecida, con esos ojos tan azules. Sin embargo, él está flaquísimo, y es bajito, y sus ojos siempre me recuerdan a los huesos de las aceitunas.

—Eso no demuestra nada —señaló Mart—. Tía Alicia no se parece en nada a mamá, y son hermanas.

—Sí —dijo Trixie—, pero eso es porque tía Alicia ha salido al abuelo, y mamá a la abuela. Si supiéramos que los padres de la señora Lynch tenían los dos los ojos azules, habríamos probado que tío Monty es un impostor.

Brian dio un silbido y afirmó:

—Sí señora. El azul es recesivo, lo que significa que, si los padres tienen los ojos azules, no pueden tener un hijo de ojos negros.

—Eso dicen las leyes de Mendel sobre la herencia —explicó Trixie—. Mamá me contó todo cuanto hay que saber sobre genes y ese tipo de cosas el verano pasado, cuando arreglábamos el jardín. A ella le vuelve loca todo eso de los colores dominantes, por las semillas de las flores, ya sabéis. Por eso suele ganar el concurso anual que organiza el Club de Jardinería.

—El tema es fascinante —dijo Jim—, pero, que yo sepa, los padres de la señora Lynch murieron cuando ella no era más que un bebé, así que, ¿cómo vas a averiguar si los dos tenían los ojos azules?

—Eso, eso —dijo Mart—. Tómame a mí, por ejemplo. Poseo una memoria fabulosa y, sin embargo, soy incapaz de acordarme de un solo detalle de cuando yo era un bebé. De hecho, mi primer recuerdo se remonta vagamente a mi tercer cumpleaños, cuando Trix se cayó dentro de mi tarta. Y la imagen que tengo de ella no

incluye el color azul de sus ojos, sino sus pestañas, pringadas de nata y caramelo.

Trixie arrugó la nariz.

—Pues mi primer recuerdo —dijo desafiante— es de tu cuarto cumpleaños, cuando te quemaste las pestañas al tratar de apagar las cuatro velas de un soplido.

—Vamos, chicos —les recriminó Brian—. ¿No sabéis que agua pasada no mueve molino?

—Si Mart dejase de interrumpirme… —se quejó Trixie— lo agradecería infinitamente. Tengo algo importante que decir.

Mart chasqueó los dedos por encima de la cabeza de su hermana y le dijo:

—Habla, preciosidad; pero ladra, no gruñas.

Trixie hizo un gesto de paciencia.

—La primavera pasada, como ya os dije, Di me invitó a venir aquí para almorzar. Todo estaba exquisito, desde la sopa hasta las nueces, y muy bien preparado, con demasiada elegancia, demasiada para mi gusto, Jim, así que no me lo pasé muy bien. Ahora me doy cuenta de que Di tampoco, pero…

—¿Sabes una cosa? —le interrumpió Jim, pensativo—. Di no puede soportar la idea de ser rica. Es su fobia. Hemos de curarla, igual que hemos hecho con Honey, que prácticamente ya ha superado el pánico que le producían las serpientes y las arañas.

—Cierto —aprobó Brian—. Nadie tiene por qué avergonzarse de ser rico, y el hecho de que esta fiesta no vaya a salir tal y como habíamos planeado no es motivo para que no nos lo pasemos fenomenal.

—Claro que sí —dijo Mart—. Personalmente, prefiero jamón y pavo a salchichas y hamburguesas, y la idea de que media docena de camareros nos sirvan y lo limpien todo antes de irse me parece genial. Fregar platos es lo más aburrido que existe. Este verano, siendo Brian y yo monitores de campamento, tuvimos que lavar cincuenta millones de platos. Hablando de fobias, creo que ya he averiguado cuál es la mía. En realidad…

—Vale —le interrumpió Trixie, con una sonrisa—. Todos sabemos que se te forma un nudo en la garganta en cuanto ves la pila de la cocina, y que te pasas las noches buscando la manera de salir con disimulo de casa después de las comidas para que la

esclava de tu hermana, la pobre, tenga que dedicarse a limpiar todo.

Mart la examinó de arriba abajo.

—Pobre, sí. Esclava, no. Pero tengo la impresión, Cenicienta, de que nos hemos alejado del tema. Continúa, pues, hablando de aquel memorable almuerzo del que disfrutaste aquí la primavera pasada. No has hablado de ello con el solo propósito de estimular nuestro apetito o ¿es que crees que tiene alguna relación con el caso de los padres de ojos azules?

—¡Sin duda, tú debes ser telépata! —dijo Trixie con sarcasmo—. Para responderte con una palabra sencilla, de una sola sílaba… sí. Después del almuerzo, la madre de Di me enseñó la casa. Ahora que me acuerdo… Di nos siguió con desgana, y el caso es que, cuando la señora Lynch me enseñó la galería, pasamos un buen rato mirando los retratos de sus padres, que habían sido pintados por un artista famoso cuyo nombre no recuerdo.

—¡Tu memoria posee un poder de retención admirable, Cenicienta! —dijo Mart, inclinándose tanto para hacer una reverencia que casi se le cae la peluca—. ¡No me digas que recuerdas si los susodichos padres de la señora Lynch tenían o no los ojos azules!

Trixie dijo con cara de pena:

—No. Mi memoria no es tan buena. Pero sí que sé, aproximadamente, dónde estaban colgados esos retratos. Si las paredes no estuvieran cubiertas de cortinas ahora, podríamos ir a verlos, y entonces averiguaríamos la verdad.

—Exactamente —dijo Mart—. Pero si están cubiertas las paredes, ¿cómo sabemos dónde estamos?

—No seas imbécil —gritó Trixie, impaciente—. Los músicos, seguramente, cenarán al mismo tiempo que nosotros. Esta habitación entonces se quedará vacía. ¿Qué me impedirá escabullirme para echar un vistazo detrás de ese enorme murciélago de la pared?

—Nada —admitió Mart—, a menos que coincida con tu turno para mantener ocupado a tío Monty, en cuyo caso me alegrará sobremanera encargarme personalmente de ello.

—Espera un minuto —intervino Jim—. De nada nos servirá mirar detrás de la cortina si está todo oscuro. No sabemos dónde se

halla el interruptor que ilumina las luces de los retratos. Cada uno suele tener el suyo en la parte superior del marco pero, si el interruptor general está apagado, eso no nos servirá de mucho. Con tan poca luz no sabremos si los abuelos de Di tenían los ojos azules o negros.

—Puedo usar una linterna —sugirió Trixie.

—¿Y de dónde la vas a sacar? —le preguntó Jim.

—Se la pediré a Di, naturalmente —dijo Trixie.

—No —le prohibió Brian con firmeza—. Dejemos a Di fuera de esto hasta que tengamos las pruebas definitivas que demuestren que su tío es un impostor.

—Olvidé ese detalle —confesó Trixie—. Bueno, una vela servirá lo mismo. Hay muchas en el comedor.

En ese momento, Honey y el señor Wilson salieron del estudio, que estaba enfrente de la galería, al otro lado del pasillo. Por lo menos, Trixie suponía que se trataba de Honey y del tío de Di. Honey se había puesto la careta del diablo y la peluca negra y rizada. El señor Wilson llevaba un traje de dominó, convirtiéndose así en un pequeño vaquero enmascarado.

En ese momento apareció Di, seguida de varios compañeros, todos disfrazados. Se reían a carcajadas, y no era para menos, porque las chicas iban todas de bruja, y los chicos de vaquero.

—Bueno, socios, —dijo tío Monty, uniendo sus carcajadas a las de los demás—, todos los genios piensan igual, dicen. Esto me recuerda a mis años jóvenes, cuando era domador de caballos, allá en el Oeste. Una vez, en un rodeo, apareció un jinete enmascarado y puedo aseguraros que cuando el vaquero ataba un novillo, no había quien lo soltara, y, en este mismo rodeo, cuando llegó la hora de marcar los terneros, él hizo el trabajo de diez hombres. Y ¿a qué no sabéis quién era ese jinete enmascarado? ¡Pues aquí, un servidor, el mismísimo Wilson!



Tío Monty no paró de charlar mientras iban llegando los invitados. Pronto se formó un círculo de admiradores en torno suyo. Hasta Trixie se dejó hipnotizar un momento por las historias fascinantes que estaba contando, hasta que Honey le susurró al oído:

—Ven al estudio conmigo, Trixie. Es importante.

Se apartaron del círculo y, de la mano, se metieron en su guarida. Honey cerró la puerta con cuidado. Las dos chicas se quitaron las caretas y se miraron, intrigadas.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó Trixie.

—Eso mismo —contestó Honey—. Que siempre se te olvida hablar en voz baja. Cuando tus hermanos y tú os pusisteis a hablar al otro lado del pasillo, antes de que llegasen los invitados, la orquesta estaba tocando, y no era necesario que hablarais en voz baja. Pero al cabo de un rato la orquesta dejó de tocar, y vosotros seguisteis hablando a pleno pulmón. O, al menos, ésa es la impresión que tenía, desde aquí. Intenté ahogar vuestras voces chillando como una loca, pero, a no ser que esté sordo como una tapia, y no lo está, el señor Wilson no pudo dejar de oír parte de lo que dijisteis. Oiría lo bastante, en todo caso, como para saber que vais a echar un vistazo a los retratos de sus padres, en la galería, y que si los dos tienen los ojos azules, le acusaréis de impostor.

Trixie se dejó caer en la silla más cercana.

—¡Oh, no! —dijo desilusionada.

—¡Oh, sí! —dijo Honey, sentándose encima de la mesa—. Fingió no oír nada, pero yo te aseguro que no perdía palabra, sobre todo después de ponerse la careta. Estaba furioso, Trixie, y con razón. Realmente, no es normal que vayas por ahí sospechando lo peor del primero que llega. Algún día te vas a meter en un buen lío.

—¿Cómo que algún día? —dijo Trixie—. Ahora mismo estoy metida hasta el cuello en un buen lío.

—No creas —dijo Honey—. El señor Wilson se enfureció, pero eso es porque tiene muy mal genio. Aun así yo creo que el enfado se le pasará enseguida. Seguramente ya habrá olvidado todo lo que dijiste.

—¿Entonces tú no piensas que tío Monty sea un impostor? —preguntó Trixie.

—Por supuesto que no —contestó Honey sonriendo—. Cuando llegas a conocerlo a fondo, te das cuenta de que es muy buena persona. Venga. Mejor será que volvamos con todos, Trixie. Parece que ya ha empezado el gran desfile.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo Trixie en tono sarcástico—. Quiero estar allí cuando tío Monty se otorgue a sí mismo el primer premio.

Y se rió. Pero tenía miedo. Si el señor Wilson era un impostor, ¿qué haría ahora que sabía que ella sospechaba de él?

Una pista y una advertencia • 9

CUANDO TRIXIE DEJÓ A HONEY, cruzó el pasillo y entró en el comedor a hurtadillas. Encima del aparador de caoba había un descomunal candelabro de plata. Trixie cogió una vela color naranja de uno de sus brazos y miró a su alrededor, en busca de cerillas. No había ninguna a la vista. Estaba escudriñando la habitación en la penumbra cuando de repente apareció Harrison y encendió las lámparas. Como tanto el pasillo como el comedor estaban cubiertos de gruesas alfombras, Trixie no oyó nada hasta que el ruido del interruptor le produjo un sobresalto. Al volverse, aprovechó para guardarse la vela en el bolsillo.

Parpadeando, esperó hasta que pudo abrir completamente los ojos, y dijo, con un cierto sentido de culpabilidad:

—Huy, hola, Harrison. No esperaba encontrarle aquí.

Él le lanzó una mirada gélida, recelosa.

—Tampoco esperaba yo encontrarla a usted, señorita. Los demás jóvenes están en la galería, donde se está celebrando el gran desfile —dijo, con tal ironía que Trixie salió volando, rumbo a la galería.

En cuanto se puso en la cola del desfile, se olvidó de los retratos. El principal objetivo consistía, ahora, en hacer que la fiesta fuera un éxito. Tío Monty, autoproclamado árbitro, se hallaba en el centro de la habitación. Entre grandes aspavientos, fue eliminando a todos los famosos vaqueros. Después les tocó el turno a las brujas. Los Bob-Whites, con sus chaquetas idénticas, fueron los siguientes. Ya sólo quedaba una chica que había venido de fantasma, con un traje hecho con una sábana vieja y la funda del almohadón como máscara, y un chico que se había puesto unos trapos por encima de la camisa y los pantalones. Al principio daba el pego, como mendigo, pero una falta de destreza en el manejo de aguja e hilo, similar al de Trixie, provocó que fuese perdiendo los trapos mal cosidos a cada paso.

A él le dieron el premio al peor disfraz, mientras que el fantasma, por llevar puesto el traje más original, ganó el primer premio. Tío Monty quiso aprovechar la entrega de premios para deleitar a los presentes con un discurso interminable, pero los Bob-Whites empezaron a dar silbidos y palmadas, y a patear. Trixie tuvo la impresión de que todo aquello le estaba molestando, pero no pudo estar segura, porque la máscara le tapaba el rostro.

Acto seguido, dieron comienzo los juegos que él y Honey habían planeado y resultaron muy entretenidos. Hasta Trixie tuvo que admitir que, bajo la sensata dirección de Honey, tío Monty fue un magnífico maestro de ceremonias, y los concursos tuvieron un éxito clamoroso. La orquesta parecía divertirse tanto como los invitados. Jim ganó el grupo de «canciones deportivas», Brian el de «aves», y Mart adivinó enseguida las de «ríos famosos». Al final, cada invitado se llevó un premio, menos las tres anfitrionas, Di, Trixie, y Honey, a quienes no se permitió participar.

Tío Monty fue el que lo dispuso así, y Trixie se preguntaba si no la habría nombrado a ella ayudante para tenerla vigilada. Lo primero que hizo fue pedir a las ayudantes que se quitaran las caretas y las pelucas. Hasta ese momento, los Bob-Whites sólo se distinguían por la diferencia de estatura. Y después del desenmascaramiento, tío Monty no se apartó ni un segundo de Trixie.

Y más tarde, una vez que todos se quitaron disfraces y caretas y acudieron al comedor a la hora de la cena, siguió pegado a ella como una lapa. Mientras chicos y chicas se colocaban alrededor de la mesa, Harrison apagó las lámparas de arriba, que daban una luz demasiado fuerte. La vela que Trixie se había llevado antes del desfile había sido sustituida. El mayordomo la miró fijamente, con desconfianza, mientras encendía las velas. Llevaba en la mano una caja de cerillas de un tamaño insólito. Trixie no dejó de mirar la caja, esperando que la dejara encima del aparador al terminar de encender las velas.

Pero no lo hizo. En lugar de eso, la cerró con meticulosidad y preguntó a Di:

—¿Desea alguna cosa más, señorita Diana? La señora Lynch me dijo que me tomara la noche libre, pero el señor Wilson me pidió que me quedara hasta que la fiesta estuviese bien encauzada.

—No era preciso que se quedara, Harrison —replicó Di, azuzada por la impaciencia—. Ojalá se hubiera marchado, llevándose a los camareros con usted.

Él hizo una reverencia y añadió:

—Los camareros no eran necesarios, señorita, si se me permite el atrevimiento de decirlo. Yo estoy acostumbrado a ocuparme de pequeños acontecimientos como éste sin más asistencia —dijo tosiendo tímidamente—. Como a nadie se le ha ocurrido servir refrescos a la orquesta, me he tomado la libertad de prestarles mi cuarto. Se encuentran allí ahora, comiendo unos cuantos canapés. Confío en que ello sea de su agrado, señorita Lynch.

Ahora es la mía —pensó Trixie, y se dirigió a la puerta.

Se abrió paso como pudo entre la pequeña multitud y, en la entrada del pasillo, bloqueándole el paso, apareció tío Monty, que de alguna manera se las había arreglado para alcanzar antes la meta. Le ofreció el brazo y dijo, inclinándose con toda galantería:

—¿Qué tal, socia? Me causaría un gran placer si me hiciera usted el honor de sentarse a mi lado durante la cena. Por favor, le ruego acepte mi invitación.

Trixie vaciló. Sus ojos negros tenían tan poca expresión como los huesos de aceituna que parecían, pero tenía apretados los labios, y apenas podía contener la rabia. A ella no le cabía ninguna duda. Él conocía sus sospechas, y haría cuanto estuviera en su mano para impedir que mirase los retratos de la galería.

Ella permaneció inmóvil, intentando disimular. Entonces él la cogió de la mano y la condujo hasta la mesa. Trixie se soltó tan pronto como pudo; la mano de él, fría y huesuda, le hizo pensar en la pata de un pollo. Hiciera lo que hiciera por mezclarse con los otros chicos, él no iba a perderla de vista. Se deslizaba a su alrededor como una serpiente, requiriendo su atención por cualquier motivo. La primera ocasión en que ella intentó salir de la habitación, él se lo impidió a voz en grito porque no se había terminado todo lo del plato. La segunda vez, cuando se levantó de la silla, él insistió en que volviera a servirse de todo. Le trajo un plato tan lleno que si le resultaba incómodo el mero hecho de tenerlo sobre las rodillas, la idea de tenérselo que acabar le producía náuseas.

Mart acudió en su ayuda pero, mientras le pasaba un muslo de

pavo y una buena loncha de jamón, tío Monty dio una palmada y pidió silencio. Dos camareros vinieron de la cocina con el postre, servido en una bandeja de plata. Era sorbete de naranja, metido en una calabaza gigante que representaba una cabeza, y tenía ojos de chocolate, nariz de fresa, y una boca de menta abierta en una gran sonrisa.

En vez de recibir la sorpresa con vítores y clamores, todos protestaron, y es que habían comido tanto... El rostro de Di se encendió, de vergüenza, y tío Monty, lleno de rabia, daba tales saltitos que parecía una olla a punto de explotar.

Los invitados no habían pretendido mostrarse groseros; simplemente, lo hicieron espontáneamente, sin pensar. Pero, aconsejados por Honey, se arremolinaron en torno a Di y a su tío, alabando el postre y pidiendo grandes porciones del mismo. Trixie entonces aprovechó para escabullirse de la habitación.

Sabía que no podía perder el tiempo buscando cerillas, y salió con la esperanza de que los candelabros de cristal de la galería iluminaran lo suficiente como para distinguir los colores en los retratos de los abuelos de Di. Resbalando peligrosamente al pisar el suelo recién encerado, Trixie atravesó corriendo la sala hasta donde creía que se encontraban los retratos, detrás de la tela negra. El murciélago resplandecía. A ella le pareció que la miraba con una sonrisa aciaga al alargar la mano para quitar la cortina. Dio un tirón, y algo se le cayó encima. Horrorizada, vio, al caerse al suelo, que era un pulpo gigante.

Trixie consiguió contener el grito y observó, estupefacta, la asquerosa criatura de cartón piedra. ¿La habría colocado allí tío Monty, detrás de la cortina, a propósito?

Ahora tendría la oportunidad de averiguarlo, porque el mismísimo señor Wilson entró en la galería, llamándola, y corrió a su lado.

—Bueno, bueno. Dime, socia, ¿qué te ha traído a estos lares solitarios?

El tono de voz parecía alegre, pero al acercársele ya no pudo disimular su enojo.

Por toda respuesta, ella recogió el pulpo y se lo entregó:

—¿No quiere colocarlo para que le salte a algún otro a la cara? —preguntó con dulzura, pensando que, si le hiciese caso, ella

lograría ver un segundo los cuadros.

—Te has llevado un buen susto, ¿eh? —preguntó en plan bromista, aunque sus ojos oscuros seguían manteniendo una expresión dura.

A Trixie le dio una risa nerviosa.

—No mucho. Yo no me asusto con facilidad —dijo disimulando su mal humor.

—Ah… ¿conque no, eh? —preguntó. La pregunta tenía más de amenaza que de interrogación, y a Trixie le habría dado miedo si los demás invitados no hubiesen entrado en ese momento.

Ya no volvió a tener ocasión, esa noche, de mirar los retratos, pero más de una vez sorprendió al señor Wilson mirándola de reojo.

Poco después de la medianoche, Tom Delanoy pasó a recoger a los Belden con la furgoneta de los Wheeler.

—¿Qué tal la fiesta, chicos? —preguntó.

—Estupenda —le dijo Honey—. Creo que todo el mundo se lo ha pasado de maravilla. ¿No te parece, Trixie?

Trixie asintió.

—No suelen gustarme las fiestas —dijo— pero ésta fue especial, a pesar del tío Monty.

—¿A pesar de él? —preguntó Brian extrañado—. Pero si ha sido el alma de la fiesta. Todo habría sido más aburrido sin él. Es un gran tipo. Me cae muy bien.

—A mí también —le apoyó Jim—. No me entusiasmaron todos esos bichos que no paraban de saltarle a la gente pero, una vez que todas sus estúpidas trampas se acabaron, el resto de la noche fue como la seda.

—Me figuro que a ti también te tiene obnubilado… ¿no, Mart? —dijo Trixie con amargura.

—Bueno, sí y no —replicó Mart, rehuyendo la contestación—. Deduzco, por la expresión desolada que asoma en tu cara bonita, que se frustaron todos tus intentos de averiguar si los antepasados de nuestra estimada anfitriona tenían las pupilas del mismo color que las tuyas y las mías…

Trixie suspiró, armándose de paciencia.

—Pues no, no conseguí ver los retratos, si te refieres a eso. Pero de una cosa estoy segura: el tío Monty sabe que sospecho de él, y ha tratado en todo momento de impedir que lo hiciera, lo que

demuestra que mis sospechas no son infundadas.

Tom, muy enfadado, le preguntó a Jim, que estaba a su lado, en el asiento delantero:

—¿Se ha vuelto a meter en jaleos? Si es así, dimito.

—Nació detective, morirá detective —dijo Jim, y se volvió hacia Trixie—. Olvídate del tío Monty, Trix. Si es lo que te imaginas, te meterás en un buen lío, y si no lo es, provocarás una catástrofe. Y harás desgraciada a mucha gente.

—Es verdad —reconoció Honey—. A Di ya le cae mucho mejor. Estaba orgullosísima de él esta noche. Y es que estuvo tan gracioso, y se hizo tan popular entre todos los chicos… tampoco a mí me hicieron ninguna gracia todos esos bichos, Jim. Ojalá no hubiera chillado cuando se me echó encima esa serpiente. La fiesta podría haber resultado perfecta… ¡si no fuera por todas esas asquerosidades! Me pregunto por qué las habrá preparado…

—Yo me lo imagino —dijo Trixie—. Quería que la fiesta resultara un fracaso. Quiso obligarnos a bailar, cosa que a nadie le gustaba. Luego intentó hacernos jugar a cosas propias de niños pequeños, y menos mal que Honey le hizo cambiar de opinión. Si no es por Honey, y por los juegos que se ha inventado, la fiesta se hubiera venido abajo.

—No lo entiendo —dijo Brian—. Todo esto es demasiado complicado y retorcido para mí.

—Es retorcido —insistió Trixie—. Y Di puso el dedo en la llaga al decirnos que le gustaría que su padre le diese un montón de dinero para que se fuese. Eso es lo que tío Monty quiere, también.

—No lo entiendo —repitió Brian.

—Ni yo —exclamaron a coro Jim y Honey.

—¿Pero no lo cogéis? —preguntó Trixie, perdiendo la paciencia —. Finge portarse bien con Di, pero, bajo cuerda, la fastidia todo lo que puede. Y es que, si sigue haciéndole la vida imposible con ese estilo suyo, tan solapado, el señor Lynch no tardará en darle todo lo que le pida, con tal que se largue para siempre.

—¿Y qué es lo que quiere? —preguntó Honey.

—Dinero, por supuesto —dijo Trixie—. ¿Qué otra razón le puede haber traído hasta aquí, haciéndose pasar por el hermano de la señora Lynch?

—Pero —objetó Honey—, si no es el hermano de la señora

Lynch, ¿cómo supo que ella había perdido al suyo?

Trixie se encogió de hombros y dijo:

—Quizás lo leyera en algún periódico, o se lo contara alguien de Sleepyside…

Tom aparcó la furgoneta frente a los escalones de la terraza de los Belden. Al salir Trixie y sus hermanos, dijo:

—Me figuro que el tío Monty del que estáis hablando es ese tipo pequeño que vino a nuestra casa el sábado por la mañana…

—Sí, Tom —dijo Honey—. El señor Montague Wilson. ¿Has hablado con él?

—No, este sábado no —dijo Tom—. Pero sí que lo hice hace un par de sábados.

—¡Pero no es posible, Tom! —dijo Honey—. ¡Si él llegó hace sólo diez días, un lunes por la noche!

—Pues yo lo vi el sábado, hace dos semanas —insistió Tom.

—¿Qué? —exclamó Trixie.

—Cuéntanos cómo fue —dijo Mart, y todos se agolparon junto a la ventanilla del conductor.

—Fue por la tarde… en la estación —prosiguió Tom—. Mirad, yo estaba esperando al señor Wheeler, que había ido a su oficina de Nueva York aquella mañana. Yo conducía el sedán azul, y me imagino que vuestro amigo, el señor Wilson, creyó que era un taxi —dijo riéndose entre dientes—. La verdad es que yo había aparcado muy cerca de la parada de taxis. En fin, que él se me acerca y dice: «Al doscientos noventa y uno de la calle Hawthorne, amigo», con marcado acento inglés, y yo le digo: «Lo siento, señor. Este coche es privado». Él llevaba el ala del sombrero de medio lado, casi tapándole un ojo, y fue eso lo que me obligó a mirarlo tan de cerca. Porque desde luego, a no ser que quieras esconder el rostro, no te pones el sombrero de esa manera —dijo el joven chófer soltando una carcajada—. Pensad en mí, sin ir más lejos. Yo no tengo nada que ocultar; por eso llevo la gorra hacia atrás.

—La calle Hawthorne —dijo Brian—. Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿Estás seguro que te dijo esa dirección, Tom?

—Yo tampoco la había oído antes —dijo Tom—. Por eso me acuerdo del nombre. Yo que pensaba que me conocía esta ciudad palmo a palmo… fue un duro golpe para mi orgullo, de modo que, como soy tan curioso como Trixie, retuve la dirección mentalmente,

para mirarla algún día en el mapa.

—¿Y lo has hecho? —preguntó Trixie.

—No —dijo Tom—, y tú no vayas a buscarla, Trixie Belden.

—¿Y por qué no? —preguntó Trixie.

—Porque —contestó él— le pregunté a un amigo mío, que es poli. Seguro que le conocéis. Un tal Webster. Casi siempre estaba de servicio frente al colegio.

Todos asintieron. «Araña» Webster era uno de los policías más populares de la ciudad.



—Ahora está en la patrulla nocturna —continuó Tom—, en las afueras de la ciudad, en la esquina de Main Street con la carretera. Total, que dice que la calle Hawthorne es la peor de la ciudad. La llaman «el callejón de las broncas». No hay más que casas desvencijadas, donde vive toda la gente del hampa, cuando no están en la cárcel. Y el doscientos noventa y uno tiene la peor reputación de todas. Es un hotelucho de mala muerte, regentado por un individuo extraño llamado Olifante. —Acto seguido Tom sacó la

cabeza por la ventanilla y dijo amenazando a Trixie con el dedo índice—: Juega a detectives lo que quieras, en tu imaginación, Trixie Belden. Pero, por tu propio bien, ¡ni se te ocurra ir a la calle Hawthorne!

Malas noticias • 10

—NO QUIERO decir nada —dijo Honey con firmeza—. Y tú sabes perfectamente que los chicos están de acuerdo conmigo. Tom se equivocó; eso es todo.

Era una mañana cálida y soleada, y después del desayuno, las chicas se encontraron en el cobertizo, pues Honey quería medir las ventanas, para las cortinas que pensaba hacer.

—No me importa lo que piensen los chicos —dijo Trixie—. No van a tener razón siempre. Pondría la mano en el fuego: Tom no se equivocó.

Colocó la escalera al lado de una de las ventanas y la sujetó con las dos manos, mientras Honey subía.

—Pero el mismo Tom admitió —dijo Honey— que el hombre que vio en la estación llevaba el sombrero tan inclinado que le tapaba media cara. Y también dijo que hablaba con acento inglés, cosa que, desde luego, el tío Monty no tiene.

—Pero su acento del Oeste parece un poco forzado, ¿no? —dijo Trixie—. ¿Te fijaste en cómo pronuncia «rodeo»? Pues bien, en el Oeste siempre se ha dicho «ro-dei-ou», no «rou-dí-o».

—Pero los dos modos son correctos —arguyó Honey.

Trixie no le prestó atención.

—Y lo de «socio» y «socia» no lo dice con naturalidad. Todo cuanto sabe de ranchos lo ha aprendido en los libros.

—¿Y de dónde sacas tú la información? —señaló Honey—. ¿Cómo puedes erigirte en juez, si tú haces lo mismo?

—Yo no pretendo serlo —replicó Trixie—. Pero si Regan dice que un hombre no se ha subido jamás a un caballo, puedes estar segura de que así es.

Honey, desde el último peldaño de la escalera, miró a Trixie, frunciendo el ceño.

—Muy bien —dijo—. Es posible que tío Monty no fuese

domador de caballos. Admito que es un exagerado, y que algunas de las historias que contó ayer son de ciencia ficción. Pero eso no le convierte en impostor.

—No —reconoció Trixie—. Pero el que haya llegado a la ciudad antes de tiempo sí que da que pensar.

Honey tragó saliva y dijo en tono amenazador:

—Como le cuentes una sola palabra a Di de lo de ese horrible hotelucho de la calle Hawthorne, Trixie Belden, yo… nunca te lo perdonaré.

Trixie sonrió.

—¿Y qué puedo contarle? Si nunca he estado allí —añadió en voz baja—. En cuanto tenga oportunidad, me planto en esa calle.

A Honey se le pusieron los pelos de punta.

—¡Oh, no, Trixie, no lo hagas! —le suplicó.

—Es preciso —respondió Trixie con toda tranquilidad—. Ahora mismo no podemos demostrar que tío Monty se haya acercado al callejón de las broncas. Pero yo estoy convencida de que estuvo en ese hotel hasta el lunes por la tarde, cuando se presentó, inesperadamente, en casa de los Lynch.

—Eso no tiene sentido —dijo Honey—. ¿Y por qué no fue directamente de la estación del tren a casa de su hermana?

Trixie se encogió de hombros.

—¿No sabes lo que significa «reconocer el terreno», Honey? —le preguntó con ironía.

—No —contestó Honey, bastante contrariada.

—Deberías leer más novelas policíacas —le aconsejó Trixie—. Cuando los ladrones planean robar en una casa, primero tantean el terreno. Con otras palabras, observan las costumbres de la familia, buscando la mejor hora para cometer el robo, cómo entrar y salir de la manera más sencilla, etcétera. Estoy segura… ¡segura!, de que tío Monty vino a la ciudad unos días antes con tal de informarse, por sus contactos en la calle Hawthorne, de todo lo que pudiera acerca de la familia Lynch.

Honey parecía impresionada.

—¿Entonces crees que tiene pensado robarles? —preguntó con voz sombría.

—No le hará falta, si el señor Lynch le da una buena cantidad de dinero, para que se largue —respondió Trixie—. Sin embargo, como

el señor Lynch se niegue, te aseguro que cogerá todo lo que pueda y desaparecerá. —Después se inclinó y dijo en voz baja—: ¿No te extrañó que tío Monty fuera a tu casa el sábado pasado, Honey?

—Bueno, vino a ver los caballos, ¿no te parece?

Trixie sonrió.

—Ésa fue la excusa. A mí me parece que vino a «tantear el terreno».

Honey se bajó de la escalera, muy nerviosa, colocándose el metro en torno a su delgada cintura.

—Tú estás loca, Trixie. ¿Y para qué iba a querer robarnos a nosotros cuando lo tiene tan fácil con los Lynch? —dijo en tono de reproche.

—Es que no creo que planee asaltarnos él mismo —dijo Trixie—. Lo que hará es pasarle la información a alguno de esos tipos de la calle Hawthorne. A ese Olifante que mencionó Tom, por ejemplo.

Honey se llevó las manos a la cabeza y dijo un tanto alterada:

—Por favor, Trixie, deja de utilizar ese vocabulario de barriobajera. Me entra de todo sólo de oírte.

Trixie se rió.

—No tienes nada que temer —dijo con ánimo de tranquilizarla —. A tío Monty no le costó ni un minuto darse cuenta de que esta casa no es la más apropiada para cometer un robo. Sabe que, aparte de tu padre y de Jim, hay otros dos hombres durmiendo en la casa… Regan y Tom. Y vio a Patch, el perro de Jim. Sabe también que tenéis varias criadas. Entrar aquí sería tan difícil como asaltar un castillo.

Honey suspiró aliviada.

—Sí, pero con los Lynch lo tiene igual o peor.

—Es verdad —dijo Trixie—, pero tío Monty ya está dentro. ¿Y no viste, Honey, que la casa está llena de cosas valiosas? Tu casa es preciosa, pero no hay tanta plata y oro por todos lados. Y no me refiero sólo a las bandejas del aparador sino a todas esas figuras de bronce y porcelana… hay tantas que tienes que andar con cuidado para no tropezar… hasta la misma Di me dijo que esos pajaritos de porcelana que hay en el estudio del señor Lynch son tan raros que un museo le ofreció a su madre miles de dólares por la colección.

Honey asintió.

—Tienes razón —dijo—. Sólo el servicio del postre ya vale una

pequeña fortuna. Yo he visto esos platos azules y dorados, decorados con aves tropicales, en museos. Y también las copas de oro.

—Sin olvidarnos de los cuadros de la galería —añadió Trixie—. Algunos de ellos son verdaderas obras de arte.

¿Quién va a impedirle a tío Monty que se lleve los lienzos en cualquier momento?

Honey dijo con cara de satisfacción:

—Anoche me comentó Di que esa habitación siempre está cerrada con llave, salvo en ocasiones muy especiales, así que eso por lo menos se salvaría.

—¡Vaya! —se lamentó Trixie, decepcionada—. Eso lo estropea todo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Honey.

—Que ya no podré ver los retratos de sus abuelos —contestó Trixie—. Yo pensaba que Di nos invitaría a almorzar o algo así uno de estos días, y así yo aprovecharía para meterme en la galería y echar un vistazo.

—Bueno, si lo hace —dijo Honey sonriendo—, todo lo que tengo que hacer es pedirle que me enseñe los cuadros. Ella debe saber dónde está la llave, y, si no, puede pedírsela a su madre.

—¡Qué lista eres! —dijo Trixie—. Yo ya he estado en la galería, pero tú no. —Y cogiéndola por el brazo, añadió—: Vamos a llamar a Di ahora mismo, y hacer que nos invite. Estoy impaciente por descubrir si sus abuelos tenían los ojos azules.

Honey la miró fijamente.

—Yo también estoy impaciente por hacerte entrar en razón. ¿Pero dónde está tu educación? Las damitas no van por ahí haciéndose invitar.

Trixie arrugó la nariz.

—Yo no soy una dama —le dijo de mal humor—. No me necesitas para que te ayude a medir esas ventanas. Lo único que hago es entretenerme. Así que, si te parece bien, llamaré por teléfono a Di ahora mismo.

Y sin que la otra tuviera tiempo de reaccionar, se fue corriendo.

Tom Delanoy estaba pasando el rastrillo al jardín de delante, y llamó a Trixie al verla pasar con tanta prisa.

—¿Dónde está el fuego, Trixie?

Trixie se detuvo, recobró el aliento, y dijo:

—No hay ningún fuego, Tom. A menos que te refieras a ese dicho de «Por el humo se sabe dónde está el fuego».

El se apoyó en el rastrillo, sonriendo.

—Supongo, por ese comentario, que estás intentando sacar el mismo tema que tratamos ayer, cuando os recogí de la fiesta del Halloween —dijo con astucia.

—Sí, acerca de tío Monty —reconoció Trixie.

—En ese caso —dijo Tom—, viene mejor el refrán de «Dime con quién andas y te diré quién eres».

Trixie asintió de nuevo.

—¿Estás seguro de que es el mismo hombre con quien hablaste hace dos semanas, en la estación? —preguntó intrigada.

Tom meditó un momento. Después le contestó:

—No, no estoy seguro, Trix. Y lamento haber dicho lo que dije anoche. Y si vais a ir por ahí, contándoselo al primero que pase, yo acabaré metido en un pleito por difamación.

—No diremos ni una sola palabra —le prometió Trixie—. Más que nada por Di, ya sabes. Se lo toma todo muy a pecho, especialmente todo lo que concierne al tío Monty.

Tom se secó el sudor de la frente, y suspiró.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Si el señor Wheeler se enterara de la estupidez que cometí anoche, me despediría para siempre. Sé que lo haría. Y este trabajo me gusta, Trix.

—Ya lo sé —dijo Trixie, comprendiendo su preocupación—. Los Wheeler son estupendos. Y tú puedes estar seguro, Tom, de que ni Honey, ni Jim, ni ninguno de los Belden te meteríamos jamás en ningún lío.

—Sí —dijo—. Además, ¿acaso no fuisteis vosotros quienes me conseguisteis el trabajo? La cuestión es, Trix, que, si os lo conté, fue por ti. Eres una auténtica detective. Para qué nos vamos a engañar. Y me figuré que, más tarde o más temprano, te enterarías de que tío Monty (o algún tipo parecido a él) tiene amigos en la calle Hawthorne. Es un sitio peligroso, incluso de día, para una chica como tú. Si te empeñas en darte una vuelta por allí, procura que uno de tus hermanos te acompañe. O, mejor aún, que vayan ellos solos. Por eso lo dije delante de ellos.

Trixie no salía de su asombro.

—¿Insinúas que tío Monty ha vuelto a la calle Hawthorne estando en casa de los Lynch? —preguntó.

—No estoy insinuando nada de nada, Trixie —dijo Tom.

—Entonces —preguntó Trixie—, ¿cómo iba yo a descubrir que él (o alguien parecido) tiene amigos allí? Quiero decir, a no ser que tú me lo dijeras.

Tom entornó los ojos para mirar al sol, allá arriba, en el cielo brillante y despejado.

—Se sabe que sigues la pista de la gente, ¿no? Bueno, lo que trato de decirte es que… no sigas a este sospechoso. —Rápidamente, cambió de tema y dijo—: ¡Ah, Trixie, otra cosa! En cuanto al cobertizo que hay carretera abajo…

—Sí, Tom, ¿pasa algo?

Mirando al suelo, contestó:

—Os pasáis la vida allí, y, por lo que veo, os habéis gastado bastante dinero arreglándolo…

Trixie iba a decir algo, pero él levantó la mano para que le escuchara.

—No quiero meterme en vuestras cosas, pero, bueno, tú sabes que Celia y yo nos casaremos algún día y, bueno, lo que te iba a decir es… que… el señor Wheeler nos dijo que podíamos quedarnos con el viejo cobertizo.

—¡No es posible! —exclamó Trixie.

Tom parecía tan desilusionado como ella.

—Lo siento muchísimo, Trixie, pero ¿qué puedo hacer? Celia se ha encaprichado de la casita.

—¡Claro, como está tan mona ahora que la hemos arreglado! —dijo Trixie, llena de pena—. Antes no era más que una casucha en ruinas.

—No puedo hacer nada —dijo Tom, disculpándose—. Celia ha estado allí, esta mañana temprano, tomando las medidas para las cortinas.

Trixie se dejó caer sobre un montón de hojas secas.

—¡Eso es precisamente lo que está haciendo Honey en este momento! ¡Qué lástima, Tom, era nuestro club!

Tom le dijo con una sonrisa forzada:

—No hizo falta contratar a un detective para saberlo. Y sé que Honey no le va a ir llorando a su padre, diciéndole que lo queréis

vosotros.

—Antes se moriría —dijo Trixie, orgullosa de su amiga.

Tom respiró hondo.

—Os devolveré hasta el último céntimo que os hayáis gastado, y os recompensaré por las horas que hayáis invertido en él. Podríais construiros otra sede para vuestro club en algún otro lugar más escondido, ¿no crees?

Trixie se levantó, se sacudió el polvo de los pantalones y dijo sin demasiado entusiasmo:

—No lo sé, Tom. Lo comentaré con los demás y ya te lo diré.

Con la cabeza baja entró en la casa y marcó el número de teléfono de los Lynch.

Harrison se puso al aparato.

—¿De parte de quién, por favor?

—Soy Trixie Belden.

—Espere un momento, que voy a ver si está.

Trixie, sentada encima de la mesita donde estaba el teléfono, esperó. Era un contratiempo eso de perder el cobertizo, después de estar trabajando tanto en él, y habérselas arreglado para conseguir el dinero necesario para las reparaciones. Aunque Tom dijera que podrían construirse otro en alguna otra parte, el invierno estaba próximo, y entre el hielo, la nieve, y la escarcha… Además, los días se hacían tan cortos que, al rato de haber salido del colegio, ya oscurecía.

—¿Señorita Belden? —le dijo fríamente el mayordomo—. La señorita Diana no está… ¡para usted!

Desconcertada, Trixie oyó el clic del teléfono al colgar.

La calle Hawthorne • 11

TRIXIE se sentó en el estudio de los Wheeler, demasiado aturdida como para hacer cualquier cosa. Seguía con el auricular en la mano cuando entró Jim, momentos después.

—¿Qué te pasa? —le preguntó amablemente—. ¿Cómo es que estás, tanto en sentido literal como figurado, pegada al teléfono, haciendo un día tan hermoso?

Trixie colgó de golpe. Al ver a Jim recordó las tristes noticias sobre el cobertizo, y sintió que no podía pensar en otra cosa.

—Jim —exclamó—. ¿Te has enterado? ¡El señor Wheeler ha regalado el cobertizo a Tom y a Celia!

Jim se echó las manos a la cabeza, tirándose del pelo.

—¿Qué dices? ¿Pero estás segura? —preguntó desconcertado.

Trixie asintió tristemente.

—Me lo dijo Tom hace unos minutos —le explicó—. Él no tiene la culpa. Celia se ha encaprichado. Lo que no entiendo es cómo llegó a ver el cobertizo, Jim, pero…

—Yo sí —dijo Jim—. ¡Fue por culpa de Bobby! El domingo pasado se estuvo un buen rato en la cocina, hartándose de galletas y leche. Eso fue mientras vosotras hacíais planes para el Halloween. Yo entré en la cocina una vez, por casualidad, y le oí contar a Celia que había estado muy ocupado «yudándonos» a «reglar» el tejado de nuestro local «sicreto».

Trixie se puso furiosa.

—A Brian y Mart no se les ocurrió nada mejor que llevarse a Bobby cuando trajeron todos los trastos del garaje —dijo fuera de sí.

Jim comentó con cierto sentido del humor:

—Está más que demostrado en esta parte del país que Bobby y un secreto son incompatibles, y no pueden andar juntos. Pero ése es el precio que tienes que pagar por tener un hermanito tan adorable

como Bobby. Y a lo hecho pecho, Trix.

—Pues yo no tengo pecho para tanto hecho, Jim —dijo Trixie casi llorando—. No por Bobby. Estoy acostumbrada a que me fastidie cada dos por tres. Pero no es justo. Celia no se habría dignado a mirar siquiera el cobertizo si nosotros no le hubiésemos lavado la cara (por decirlo de alguna manera). Antes estaba hecho una ruina.

Jim se encogió de hombros, diciendo:

—Todo vale en el amor y en la guerra, supongo. Pensándolo bien, deberíamos haberle preguntado a mi padre si nos lo podíamos quedar antes de invertir tanto tiempo y tanto dinero.

Trixie dijo, dando un profundo suspiro:

—¿Tienes que ser siempre tan honrado, Jim? Al final resultas aburrido. Si se lo hubieras preguntado, ya no sería ningún secreto. Y no es que lo sea. Bueno, si hasta papá lo sabe. Y me figuro que se lo habrá dicho Bobby, también. Di no sabe lo afortunada que es al tener dos niñeras pendientes de sus hermanos pequeños, evitando así que se le peguen a sus faldas.



Jim miró al techo, diciendo:

—Lo que has dicho no te lo crees ni tú, Trix. Vamos, procura calmarte y ser un poco sensata.

—Está bien —dijo Trixie sollozando—. Pero nunca se lo perdonaré a Celia, aunque Tom diga que nos va a pagar por el tiempo y el dinero perdidos.

—Bueno, algo es algo —dijo Jim alegremente—. No me extraña que estés furiosa, Trixie. Aportaste veinticinco dólares para la reparación del cobertizo, dinero que conseguiste con verdadero esfuerzo el verano pasado. Los demás no hemos arriesgado tanto. Pero al menos lo vas a recuperar.

—No seas ridículo —dijo Trixie—. No es el dinero lo que me preocupa. Lo que no sé es lo que vamos a hacer hasta la primavera, porque hasta entonces no podremos empezar a construir otro cobertizo.

Jim dijo sin inmutarse:

—Francamente, no lo sé, Trix. Y, mientras tanto, ¿qué vais a hacer con todo el equipo de invierno que sacasteis del garaje el fin de semana pasado? No se me ocurre ningún sitio donde podáis dejarlo.

—Acabaremos dándoselo al chatarrero —dijo Trixie lamentándose.

—Eso es una tontería —exclamó Jim con firmeza—. Esquíes, trineos, patines de hielo, la tienda de campaña, todos los cacharros para ir de acampada… Todas esas cosas están viejas y usadas, pero os supondría un montón de dinero si tuvierais que reponerlas.

—Tú mismo lo has dicho —dijo Trixie en tono sarcástico—. Está claro que en casa no nos caben, y si las dejamos a la intemperie se estropearán.

Jim la cogió de la mano y la llevó hasta el mirador.

—Pues aquí tampoco tenemos dónde meterlo, Trix. El sótano, el ático, el establo, el garaje, el cuarto de las herramientas… hasta el embarcadero… todo está que no cabe ni una aguja. Lo sé porque estuve inspeccionando todos esos sitios con vistas a la Semana de Prevención de Incendios.

Trixie se apresuró a cambiar de tema y dijo:

—Mejor será que convoquemos una reunión urgente de los B.W.G., Jim, para ver qué hacemos con el cobertizo.

—Ésa —reconoció Jim— es nuestra misión más importante en este momento. ¿Dónde están los demás?

—Honey —le indicó Trixie— está en el cobertizo, tomando medidas para las cortinas. Me da no sé qué darle «la buena nueva». Compró la tela hace siglos; se gastó todo lo que había ganado trabajando de secretaria para su madre. Te acuerdas de todas las

cartas que Honey tuvo que contestar, ¿verdad, Jim? Se pasó dos fines de semana con eso para tener suficiente para comprar la tela, que tiene una textura bastante extraña. ¿Cómo se llama?

—Tela de monje —dijo Jim—. Es carísima, pero es justo lo que necesitábamos, Trixie. Tiene un color sufrido, y no se estropea nunca.

—Ah, sí, a mí me encanta —dijo Trixie con ironía—. Si a Honey se le ocurre colgar esas cortinas, con esos volantes tan cursis, me da un ataque. No es esa clase de club lo que pretendemos montar, eso es todo. Pero —añadió resentida— Celia debe de tener un montón de ideas. Puntillas, organdí… ¡uf!

—Celia tiene un gusto exquisito —replicó Jim, algo molesto—. Pero vayamos a lo nuestro. Hay que convocar una reunión ahora mismo. ¿Dónde están Brian y Mart?

—Llegarán en cualquier momento —dijo Trixie mientras bajaban los escalones del mirador—. La última vez que los vi estaban limpiando el gallinero. O, mejor dicho, Brian era quien lo hacía porque Mart, sentado en un cubo, sólo dirigía las operaciones.

Jim se desternillaba de risa.

—Te apuesto a que esa situación no duró mucho —dijo en tono de burla—. Conociendo a Brian, Mart habrá terminado haciendo su parte del trabajo, así que deben estar a punto de llegar.

—Hablando de los reyes de Roma —dijo Trixie, señalando las cuadras—, por allí asoman, y Mart tiene el aspecto de haber ejercitado sus músculos.

—Hola —les saludó este último—. ¡Vaya unas caras largas! Cualquiera diría que Brian os ha hecho trabajar a vosotros en vez de a mí.

—¡Y tan largas! —replicó Trixie—. ¡Hemos perdido el cobertizo!

Brian la miró como si se hubiese vuelto loca.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó a gritos—. Los cobertizos no van por ahí perdiéndose.

Mart dijo en tono burlón:

—Yo no he visto ningún ciclón últimamente. Ni tornados. Y la gentil brisa que se coló por mi ventana esta mañana no era, exactamente, un huracán. —Y añadió, encogiéndose de hombros—: Ahora, si Trix se empeña en decir que el cobertizo se ha perdido, pues vale, se ha perdido. ¡Puf! Desintegrado.

—Vamos, corta el rollo —suplicó Brian—. ¿Qué está tratando Trixie de decirnos? —preguntó a Jim.

Jim lo explicó todo, pero tan pronto como terminó de hacerlo apareció Honey, y tuvo que volver a contarlo de nuevo. Luego todos empezaron a hablar al mismo tiempo.

—No es posible —exclamó Honey echándose en la hierba—. Yo pensaba que Celia era una de nuestras mejores amigas.

—Y el cobertizo era ideal —dijo Mart—. ¿Quién iba a pensar que serviría de regalo de bodas?

—Exacto: era ideal —coincidió Brian—, de modo que, a partir de ahora, hablemos de él en pasado. No es nuestro. En realidad, nunca lo fue. ¿Queda claro?

Pero Trixie insistía:

—No tenemos por qué rendirnos tan fácilmente. ¿Y si vamos y lo dejamos todo patas arriba? Así Celia no querrá ni acercarse. Me apetece llenar el suelo de agujeros.

—Buena idea —dijo Mart con cierto sarcasmo—. Sobre todo si tenemos en cuenta que el suelo es de tierra. ¡Porque no pretenderás convencernos de que eso que pusiste es césped!

—Pues entonces llenemos todas las paredes de alquitrán —sugirió Trixie, medio en serio, medio en broma—. ¡Litros y litros de alquitrán, tan lindo, tan negro, tan pringoso, tan maloliente…! ¡Con eso bastará!

Honey le dijo en son de reproche:

—No sé cómo aún tienes ganas de bromear, Trixie, con la faena que nos han hecho.

—Cierto —dijo Jim—. Seamos sensatos, por una vez.

Y se pasaron la mayor parte del fin de semana imaginando la mejor manera de solucionar el problema, sin llegar a ninguna conclusión. Honey opinaba: «Hay terreno de sobra», y Jim replicaba: «Pero pronto helará», y Brian sugería: «Podríamos construir una cabaña de cualquier manera, pero no vale la pena».

Mart dio el debate por concluido:

—Dejemos descansar nuestra imaginación hasta el sábado que viene, que tendremos otra reunión. Ahora estamos en un círculo vicioso.

Trixie aprobó la propuesta encantadísima. Ella, desde luego, no había aportado ninguna idea, y, si los demás estaban hechos un lío,

ella estaba hecha un nudo marinero. Tenía que arreglárselas para demostrar que tío Monty era un impostor, pero antes quería averiguar por qué Di había rehusado ponerse al teléfono.

Era absurdo, a menos que Harrison, que no le tenía mucho afecto que digamos, le hubiera mentido. *A Harrison nunca le he caído bien* —reflexionó Trixie— *y además, me vio coger esa vela del candelabro, en la fiesta, y habrá llegado a la conclusión de que no soy una amiga apropiada para Di.*

Por primera vez en su vida, a Trixie le alegró ir a clase el lunes. No vio a Di en el autobús, pero no le resultó nada extraño. Cada dos por tres la llevaban y traían en coche.

Cuando el autobús se detuvo frente al instituto, Trixie fue la primera en bajar. Salió como una flecha, rumbo al vestuario y, tal y como esperaba, encontró allí a Di. Pero en ese momento sintió un nudo en la garganta. El sábado y domingo no había hecho otra cosa que darle vueltas a lo que diría en este mismo momento, y ahora no pudo articular más que:

—Hola, Di.

Di colocó su abrigo cuidadosamente en la percha de su armario y lo cerró de un portazo.

—No me dirijas la palabra, Trixie Belden —dijo, y se fue sin dar más explicaciones.

A Trixie le dio un vuelco el corazón. Harrison, al parecer, no había mentido. En ese instante entró Honey, y Trixie le dijo:

—Di no quiere ni verme. No quise decírtelo antes, Honey, pero cuando la llamé el sábado no quiso ponerse al teléfono. Y no sé qué tiene en contra mía.

—Trixie —le dijo—, seguramente la has herido. A nadie le hace gracia que sus amigas acusen a su tío de ser un criminal.

Trixie se defendió como pudo:

—Pero ella no lo puede saber, a no ser que uno de vosotros se lo haya dicho, y ¿quién iba a hacer semejante cosa, sabiendo lo que ella opina de su tío Monty?

Sonó la campana, y tuvieron que darse prisa para no llegar tarde a clase. Trixie se pasó la mañana en las nubes. No levantó la mano ni una sola vez en clase, y cuando le preguntaron, no supo sino tartamudear o balbucear sin conseguir contestar. Más de una profesora la miró extrañada, hasta que la de matemáticas perdió la

paciencia y dijo:
—Trixie, lo siento, pero hoy no irás a casa en autobús. Ven a verme al final de las clases. Haz el favor de avisar a tu madre, a la hora del almuerzo, de que venga a buscarte.
Trixie contestó automáticamente:
—Sí, señorita Golden.
Pero no había estado escuchando, así que se olvidó por completo de llamar a su madre. Fue Honey quien le recordó que la señorita Golden quería verla, cuando ya Trixie se disponía a subir al autobús.
—¡La he hecho buena! —gritó Trixie, y cogió a Mart del brazo cuando éste la empujó para pasar—. Dile a mamá que me he tenido que quedar. Iré a casa en taxi, si es que logro salir con vida.
Sin embargo, pudo comprobar con gran sorpresa que la señorita Golden no se había enfadado sino que estaba un poco decepcionada.
—Eres muy inteligente, Trixie —dijo— cuando te concentras en lo que haces, pero hoy no has dado ni una. ¿Te ocurre algo?
—Sí —dijo Trixie con franqueza—. Una de mis mejores amigas se ha enfadado conmigo.
La señorita Golden sonrió dulcemente y pasándole cariñosamente la mano por el pelo le dijo:
—Bueno, pues un beso y arreglado, y procura no distraerte tanto en clase mañana.
—Lo haré —prometió Trixie, y se fue volando al vestuario. De pronto, lo entendió todo. La causa estaba bien clara: todo era por culpa de tío Monty, que había puesto a Di en contra suya. Y la razón era evidente. No quería que nadie invitase a Trixie a casa de los Lynch nunca más. No iba a darle la oportunidad de ver los retratos, en la galería. Él no estaba dispuesto a soltar cuerda. Si Di rompía su amistad con ella, Trixie no podría preguntarle nada que pudiera implicar a tío Monty en ningún asunto feo. Así, él se sentía mucho más seguro, sin que Trixie tuviera la oportunidad de incordiarle.
Pero todo apuntaba a que él era, en verdad, un impostor.
Por lo menos Trixie así lo creía. Se puso la chaqueta y salió del instituto sin llamar a un taxi. Nadie se preocuparía en su casa, hasta una hora después o más. Y si no podía conseguir las pruebas que

necesitaba de un modo, lo haría de otro.

El domingo, Trixie había estudiado minuciosamente los mapas que llevaba su padre en la guantera del coche, de forma que sabía exactamente dónde estaba la calle Hawthorne. Y, sin pensarlo más, salió en dirección a esa parte de la ciudad. Pero al dejar Main Street y doblar por el callejón que le conduciría hasta allí, empezó a andar muy despacio. Aquel callejón era estrecho y retorcido, y junto a las aceras, a ambos lados de la calle, se levantaban casas de dos pisos, tan viejas que Trixie temía que se desplomaran en cualquier momento.

No hay por qué tener miedo —se dijo Trixie a sí misma—. *Por aquí pasaba, hace mucho, el ganado. Me imaginaré que toda esta gente tan rara son sólo vacas inofensivas*.

Aquellos que había sentados en los porches podridos de sus casas eran raros. Sin embargo, todos se quedaban mirando a Trixie, como si fuera ella el bicho raro. Las mujeres, con sus chales de colores chillones, y sus faldas negras, parecían gitanas, y los hombres, al andar, arrastraban los pies como si los tuviesen infectados de llagas. Hasta los niños caminaban con parsimonia y la miraban con recelo.

Fue acelerando el paso, arrepentida de no haber regresado a casa al salir del instituto. Después de recorrer la callejuela, se encontró con una calle larga y recta. En una placa polvorienta estaba escrito su nombre: Calle Hawthorne.

Trixie echó una mirada a las casas y se le encogió el corazón. No eran peores que los edificios medio derruidos del callejón, pero intuyó en ellos algo maligno. El polvo, acumulado durante años, revestía las fachadas, y no había ni un alma a la vista. Trixie, no obstante, tuvo la impresión de que la observaban desde detrás de todas esas ventanas destartaladas, sin cortinas. Dio unos cuantos pasos hacia adelante, y entonces se dio cuenta de que arrastraba los pies igual que lo hacían los hombres del callejón.

Tiene que ser el aire de por aquí —pensó—. *Resulta tan sofocante que apenas se puede respirar*.

En esa zona los edificios no tenían porches. A pesar de que los números de las placas estaban cubiertos de polvo, estaban tan cerca que no le resultaba difícil leerlos. El primero que vio Trixie fue el 201, y entonces, inconscientemente, se detuvo delante del 291. En

ese momento se abrió la puerta y salió un hombre.

Como la puerta se abría hacia la calle, y la acera era algo estrecha, el hombre tropezó con Trixie, que se había parado justo delante. Ella logró apartarse a tiempo y dijo:

—Lo siento.

Y, en efecto, lo sentía de veras pero por otra razón muy distinta. *Lo siento mucho más de lo que tú te crees. Ojalá hubiera hecho caso a Tom y me hubiera mantenido alejada de todo esto* —pensó para sus adentros. Le temblaban las piernas, y es que el hombre tenía un aspecto terrible y en la calle no se oía ni un ruido. Llevaba puesto un traje azul muy ajustado. Tenía una barba de varios días y las cejas eran tan espesas y negras que parecían juntarse con las pestañas, produciéndole a Trixie la impresión de que llevaba puesto un disfraz de dominó. Ante la mirada de aquel hombre, Trixie sintió un escalofrío.

Tardó unos segundos en descubrir que él estaba tan desconcertado como ella por el encuentro. En ese instante, le dejaron de temblar las piernas, y, aunque no tenía ni idea de quien sería, dijo:

—Supongo que usted debe ser el señor Olifante.

Él la miró de arriba abajo, con una mirada que tenía más de bestia que de ser humano. Después, le dijo con voz cavernosa:

—Y si es así, ¿a ti qué?

Trixie se quedó como paralizada, sin saber qué responder. Había venido a este sórdido lugar sin ningún objetivo claro, confiando en que las pruebas que acusaran a tío Monty vinieran rodadas por sí solas. Es posible que pudiera encontrar varias en ese hotelucho, pero se dio cuenta de que jamás tendría el coraje necesario para entrar por esa puerta, aunque la invitasen a hacerlo. Dijo con un hilo de voz:

—Sólo era por curiosidad. Eso es todo.

El hombre sacó lentamente un cigarrillo del bolsillo y lo encendió.

—¿Y quieres saber alguna otra cosa? —preguntó bruscamente.

Sus ademanes le caracterizaban como una persona insolente, imperturbable. Pero un pequeño temblor de sus manos le traicionaba.

Trixie pudo comprobar que él estaba deseando que se marchara

tanto como ella deseaba no haber venido nunca. Al mirarle las manos, vio, asombrada, que la caja de cerillas que sujetaba era idéntica a la que había utilizado Harrison la noche de Halloween. Era azul marino e, impresas en oro, resaltaban, en relieve, estas dos palabras: «Los Lynch».

Ya no cabía la menor duda. En aquella fiesta había estado pendiente de la caja de cerillas, esperando que Harrison la dejara encima del aparador. Recordaba también haber pensado que la caja debía ser bastante cara ya que, por lo pronto, las cerillas eran más largas de lo normal, y las letras doradas resultaban muy distinguidas.

¿Cómo habrían llegado a parar al bolsillo de semejante energúmeno, un tipo que malvivía en este edificio ruinoso de la calle Hawthorne?

Una huida apurada • 12

TRIXIE no vaciló en responder ella misma a su pregunta. Tal y como Tom Delanoy había asegurado, tío Monty había vuelto a la calle Hawthorne después de alojarse en casa de los Lynch. En el curso de una visita, sin darse cuenta, debió dejarse olvidada, en el hotel, la caja de cerillas que tan claramente le delataba.

Como si le hubiese estado leyendo el pensamiento, el gigantón miró un momento la caja de cerillas y se la metió en el bolsillo. Inmediatamente después, alargó una mano y cogió a Trixie por la muñeca.

—Escúchame, nena —le dijo, con un tono amenazador en su voz —. Será mejor que tú y yo entremos en el hotel a charlar un ratito.

A Trixie se le formó un nudo en la garganta, pero pensó que lo mejor era disimular.

—Entonces, ¿es usted el señor Olifante? —repitió.

El mismo —contestó él en tono desafiante— y ¿se puede saber quién eres tú?

—Trixie Belden —respondió ella con voz firme, aunque sentía que el corazón le latía cada vez con más fuerza. Mi padre trabaja en el Banco.

Olifante enarcó sus cejas negras.

—La hija de Peter Belden, ¿eh? He visto tu nombre un par de veces, en el periódico… ¿Te crees una pequeña detective, no? Estás hecha una fisgona, y las fisgonas no me gustan nada. ¿Vienes adentro, o prefieres que yo mismo te arrastre?

—Mi madre —prosiguió Trixie, como si no le hubiera escuchado — lleva esperándome desde hace una hora. A estas alturas debe estar tan preocupada que ya habrá llamado a la policía. ¡Conque será mejor que me vaya!

Una sonrisa malévola se dibujó en el rostro de él.

—Entonces, ¿nadie sabe que estás aquí? —preguntó con

satisfacción.

Luego la cogió por la muñeca y, retorciéndosela, la empujó hacia el interior del hotel. A Trixie le parecía que el corazón se le iba a salir por la boca.

—Nadie lo sabe —repitió con sadismo.

—No se preocupe —dijo Trixie, haciéndose la fuerte—, a la policía no le costará nada encontrarme. Muchas personas me vieron doblar en Main Street y meterme en aquel callejón de allí, y en el callejón todo el mundo se me quedó mirando. Si no me suelta, tendrá polis hasta en la sopa.

Él la soltó bruscamente.

—Lárgate —vociferó—. Lárgate y procura que no te vuelva a ver por aquí.

Trixie no esperó ni un segundo. Pero, aunque el miedo la empujaba a salir corriendo, consiguió alejarse caminando despacio. Intuía que él se quedaría mirándola hasta que doblara la esquina. Al volver de nuevo al callejón ya no le aparecieron los hombres tan raros ni tan temibles sino que resultaron ser las personas más amables del mundo.

Después de conocer a este Olifante —reflexionó Trixie poniendo cara de asco—, *haría migas hasta con una tribu de caníbales*.

Había un taxi aparcado en la esquina de Main Street, y lo tomó. Dio un suspiro de alivio y se reclinó contra el respaldo, agotada después del miedo que había pasado. Todavía le temblaban las manos, pero poco a poco consiguió relajarse. El haber descubierto la prueba que necesitaba la llenaba de orgullo de modo que le compensaba el mal rato. Ahora estaba segura de que el hombre que Tom vio en la estación aquel sábado por la tarde era el tío Monty.

El taxi se detuvo frente a la terraza trasera de su casa, y Mart, enfurecido, bajó a pagarle al taxista.

—A ti te falta un tornillo —fue lo primero que le dijo, pero al ver que ella se caía con la espalda apoyada contra el muro de piedra de la terraza dijo—: ¡Pero bueno! ¡Ni que hubieras visto a un fantasma! ¿Qué te ha pasado? ¿Te van a cargar las mates esta evaluación?

Trixie se dispuso a contarle su aventura (o desventura, según se mire), pero de pronto cambió de opinión. Mart podía mostrarse muy comprensivo de vez en cuando, pero intuyó que ésta no era

una de esas ocasiones.

—¿Se ha enfadado mamá porque me tuve que quedar en el instituto a hablar con la señorita Golden? —le preguntó con voz temblorosa.

—Ni siquiera lo sabía —contestó Mart, contrariado—. ¿Cómo se te pudo olvidar, cabeza loca? Ahora está en el club de Jardinería, con sus crisantemos, en el concurso. Lo que me recuerda que… me debes un dólar… setenta y cinco centavos del taxi, y veinticinco por tener que cuidar de Bobby.

¡Qué despiste! —pensó— *¿cómo puedo haberme olvidado de la exposición de flores? Imagínate si Mart y Brian no llegan a venir a casa enseguida, después de las clases… ¡Bobby habría estado solo esta última hora!* Se estremeció al pensar lo que podría haber sucedido pues Bobby hubiera hecho alguna de las suyas que a menudo provocaban auténticos desastres, de los que escapaba por los pelos.

—Lo siento, Mart —se disculpó Trixie, arrepentida—. Te lo devolveré en cuanto reciba mi paga, el sábado. Y gracias por hacerte cargo de Bobby.

—Agradéceme que no te cobre el doble por hacer de niñera —dijo Mart—. Aunque con Bobby, uno, más que de niñera, hace de domador. Deja que te cuente…

En ese momento sonó el teléfono, y Trixie fue corriendo a cogerlo.

Era Honey.

—¿Puedes venir ahora mismo? —le suplicó—. Tengo que decirte algo muy importante.



—Imposible —dijo Trixie—. Tenía que haber venido a casa al salir del instituto, para cuidar de Bobby mientras mamá estuviera en la exposición de flores del Club de Jardinería. Se me olvidó, y Mart se ha tenido que quedar con él y está furioso. ¿No puedes venir tú a decírmelo, Honey?

—De acuerdo. Ahora iré —contestó Honey, y colgó.

Trixie subió a su cuarto; se quitó la falda y se puso unos vaqueros.

Bobby estaba jugando en su habitación, que estaba frente a la de Trixie, y le chilló:

—¡Eh! ¿Dónde te has metido?

—Huy, por ahí —respondió Trixie bastante aturdida—. ¿Te ha dado Mart el zumo de naranja?

Bobby entró en su dormitorio, arrastrando un gigantesco panda, viejísimo, por el suelo.

—No. Mart no me lo ha «dido». Yo me lo «dido» a mí mismo.

—¡Pero qué listo es mi niño! —dijo, abrazándolo—. Te estás haciendo muy mayor desde que vas al colegio.

—Y mí mismo lo «asprimí» —dijo, extendiendo con orgullo las manos—. Me «cortí» con ese cuchillo tan grande de la cocina, pero no lloré ni una pizca. Ni tampoco chillé, ¡qué te crees!

En ese momento entró Mart y aprovechó para decir:

—En los dos minutos que transcurrieron entre la llegada de su autobús y la del nuestro, consiguió poner la casa patas arriba. Yo no entiendo cómo lo hace.

—Bobby —exclamó Trixie, apretándolo contra su pecho—. ¿No sabes que tienes prohibido jugar con cuchillos? *En el fondo* —pensó — *si se llega a cortar aunque fuera superficialmente, habría sido por mi culpa. No debo dejarme llevar de mis impulsos y andar por ahí como una loca, o acabará sucediendo algo muy grave*.

Honey la llamó desde la terraza, y Trixie le contestó desde la ventana:

—Sube a mi dormitorio.

Llevó luego, o mejor dicho, escoltó, a Bobby hasta su cuarto, y le dijo:

—Juega con tus cachivaches, y sé bueno un ratito; después te daré un largo paseo con mi bici.

Mart saludó a Honey desde lo alto de la escalera:

—Desde luego, chicas, os estáis comportando de un modo muy sospechoso. Primero Trix llega de la ciudad con toda la pinta de haber visto a un fantasma, y al rato llega Honey sin aliento. ¿Puedo saber de qué se trata?

Aguardó un minuto y, viendo que no obtenía ninguna respuesta, bajó las escaleras a toda prisa.

Una vez que la dos amigas se encontraron a solas en el dormitorio de Trixie, Honey se desahogó:

—Trixie, tenías absolutamente toda la razón respecto al tío de Di. Es un canalla de mucho cuidado. La llamé en cuanto volví a casa, para saber por qué se había enfadado contigo, y ¿sabes una cosa?

Trixie cerró la puerta con mucho cuidado y se tumbó en la cama.

—No, pero me lo imagino —dijo con aire de misterio.

—Él le contó un montón de mentiras sobre ti —prosiguió Honey,

furiosa—. Al terminar la fiesta, el viernes por la noche, le dijo que tú habías estado hablando mal de ella y de su madre, burlándote de su casa y de su ropa y dejándola en ridículo delante de todo el mundo.

Trixie estaba indignada.

—Supongo que le dirías que yo no hice nada de eso —dijo subiendo el tono de voz.

—Lo intenté —dijo Honey, entristecida—, pero no hubo manera de que me escuchara. No tuve valor para decirle que el hermano de su madre es un mentiroso. Si tuviéramos la prueba…

—La tenemos —interrumpió Trixie—. Por lo menos, a mí me parece que es una prueba.

Y le contó a Honey todo lo que le había pasado esa tarde en la calle Hawthorne.

Honey abrió los ojos como platos.

—Tienes razón, Trixie. ¿De qué otra forma iban a ir a parar esas cerillas al bolsillo de ese terrible Olifante? —dijo bajando la voz—. ¿Qué pasa? ¿Es que no se lo has contado a Mart?

Trixie le explicó la razón:

—Él diría que hay muchos Lynch en la ciudad. O diría que alguno de los criados olvidó las cerillas en algún bar, y que alguien de la calle Hawthorne las cogió, o algo de eso…, lo resolvería con la primera explicación sencilla que se le pasase por la cabeza. Ya conoces a los chicos, siempre tan lógicos.

—El caso es que ahora estoy de tu parte, Trixie —dijo Honey—. Me has convencido de que el tío Monty es un impostor. Y creo que deberíamos acudir ahora mismo al señor Lynch y decirle lo que hemos descubierto de ese hombre.

—Todavía no —replicó Trixie—… todavía no hemos encontrado ninguna prueba definitiva. Él se reiría de lo de las cerillas y, peor aún, le diría a mi madre que me he paseado sola por la calle Hawthorne y por todo aquel barrio, cosa que me pone los pelos de punta, de pensar la reprimenda que me echaría mi madre.

—Se me ocurre una cosa —dijo Honey con entusiasmo—. Di me ha invitado a dormir en su casa el miércoles. Le pediré a su madre que me enseñe los cuadros de la galería. Y si sus padres, en los retratos, tienen los ojos azules, se lo contaré todo al señor Lynch.

—Vale —dijo Trixie, lamentando no ser ella la que lo

descubriera—. ¡Qué pena! ¡Me voy a perder lo mejor!

—Claro, es una lástima —dijo Honey, que conocía perfectamente los sentimientos de su amiga—. Pero puede que no pase nada. ¿Y si resulta que uno de los padres de la señora Lynch tuvo los ojos negros?

—Ya nos preocuparemos de eso si es que sucede —dijo Trixie—. Yo me muero de impaciencia… no sé si aguantaré hasta el miércoles por la noche.

—Ni yo —reconoció Honey—. La casa está llena de teléfonos. Si consigo la prueba que nos hace falta, te llamaré en cuanto haya hablado con el señor Lynch.

—Me parece que no sobreviviré hasta entonces —dijo Trixie—. Va a resultar muy duro actuar como si no fuera a ocurrir nada en especial el miércoles por la noche. Todavía tienen que transcurrir más de cuarenta y ocho horas. ¡Qué intriga!

Bobby irrumpió en la habitación sin llamar.

—Hola —les saludó—. ¿Cuándo me vas a dar ese paseo en bici, Trixie?

Trixie lo miró con severidad.

—¡Bobby Belden! Vas a salir ahora mismo al pasillo, y vas a cerrar la puerta de mi cuarto, y llamar como es debido! Te estamos mimando tanto que dentro de unos años vas a ser el más maleducado del mundo.

Él le contestó con desenfado:

—¡No! Intenté llamar a la puerta, pero me dolía, y además, no hacía ningún ruido.

Dicho lo cual extendió sus manos vendadas. Trixie, al verlo, exclamó:

—¡Cielo santo, Bobby! No te habrás cortado en todos los dedos, ¿verdad?

—Pues sí —respondió, y especificó lleno de vanidad—: Los pulgares también.

Trixie se sintió avergonzada. A Bobby le podía haber sucedido algo terrible esa tarde.

—Muy bien, Bobby —dijo, condescendiente—. Ve a sacar la bici del garaje, y te daré un paseo.

—«Dacucuerdo» —contestó él, y salió pitando.

Trixie dio un profundo suspiro.

—La vida sigue, supongo —dijo extenuada—. Probablemente esté haciendo algo tan mundano como los deberes cuando me llames el miércoles por la noche, con la buena nueva de que los padres de la señora Lynch tenían, los dos, los ojos azules.

Trixie no se fue a la cama hasta las once de la noche, aquel miércoles, pero fue en vano, pues el teléfono no sonó. Al llegar al instituto al día siguiente, Di y Honey la estaban esperando en el vestuario.

—Trixie —dijo Di abrazándola—, siento haberme puesto furiosa contigo. ¡Por favor, perdóname, Trix!

—Claro —replicó Trixie, sorprendida—. Pero ¿qué ha pasado?

—No podemos hablar de ello aquí —susurró Di—. Trixie, ¿quieres venir conmigo a casa, después de las clases, y te quedas a pasar la noche?

—Me encantaría —dijo Trixie ilusionada—. Llamaré a mamá a la hora del almuerzo, para ver si me deja.

Entonces sonó la campana, y las chicas no tuvieron oportunidad de hablar hasta el mediodía. Trixie se metió en la primera cabina, y al cabo de unos minutos salió sonriente.

—Mamá me ha dado permiso, pero me ha aconsejado que no nos pasemos charlando toda la noche —dijo cogiendo a sus dos amigas por el brazo—. Los nervios no me van a dejar probar bocado. Contadme todo lo que ocurrió anoche.

—Hay mucho que contar —dijo Di—, y hay demasiada gente por aquí —añadió apretándole la mano—. Lo importante, ahora, es que no estés enfadada conmigo. Tenía tanto miedo de que lo estuvieses…

—¿Y por qué motivo?

—Porque —dijo sonrojándose— he sido lo bastante estúpida como para creer que habías ido por ahí metiéndote conmigo y con mi madre —y añadió en voz baja—: Odio a tío Monty. Le odio. Ahora ya sé que es un impostor.

¿Ojos azules... o negros? • 13

DI REHUSÓ decir una palabra más sobre su tío hasta más entrada la tarde, cuando las dos estaban solas en su habitación, lejos de cualquiera que pudiese oírlas.

La habitación parecía de ensueño, decorada con tonos azules y dorados. Había dos camas iguales, dos sillones, y una mesita. Las cortinas de seda, doradas, hacían juego con las colchas, que estaban bordadas en azul.

—Es evidente que a tus padres les gusta la combinación de estos colores —comentó Trixie—. Hasta sus cerillas... —añadió mordiéndose el labio.

—Está bien —dijo Di sonriendo—. Honey me lo contó todo anoche. Lo de tu visita a la calle Hawthorne y lo de la caja de cerillas que ese hombre tan siniestro, el dueño del hotel, tenía en el bolsillo. Pero ésa no es la razón que me haya convencido de que tío Monty no sea, verdaderamente, el hermano de mi madre.

—Bien, ¿entonces cuál? —preguntó Trixie con impaciencia—. Me estoy muriendo de curiosidad, Di. Si Honey te lo contó todo anoche, debe haberte dicho que para mí la clave está en los retratos de tus abuelos maternos.

—No hay ningún retrato de los padres de mi madre —replicó Di llanamente.

—¿Qué? —exclamó Trixie a punto de caerse del confidente—. Pero si yo estaba segura de haberlos visto en la galería, la primavera pasada. ¿No te acuerdas, Di?

—Ya sé que lo hiciste —le respondió Di—, pero déjame empezar por el principio. Después de la fiesta del viernes, tío Monty cerró la galería, tal y como mamá se lo había pedido. Pero a la mañana siguiente, cuando los criados quisieron entrar para quitar las cortinas de las paredes y limpiarlo un poco, él fue incapaz de encontrar la llave. Al menos, eso dijo. Como apenas utilizamos esa

habitación, mamá no se enteró de que faltaba la llave hasta ayer por la tarde, cuando Honey le pidió que le enseñara la galería. Fue entonces cuando tío Monty confesó que la había extraviado. Mamá se lo creyó, como siempre. Pero en ese momento llegó papá, y cuando supo que la llave se había perdido, se puso furioso. Mandó llamar a un cerrajero inmediatamente para que cambiase las cerraduras de las dos puertas. Mientras, el ama de llaves y una de las criadas comenzaron a quitar las cortinas. Como papá temía que alguien sin escrúpulos hubiera encontrado la llave, hizo quitar primero las cortinas que cubrían los cuadros más valiosos. Cuando quitaron la del murciélago, mamá dio un grito. Porque, ¿sabes, Trixie? —concluyó Di—, ¡alguien había arrancado los lienzos de sus marcos!

Trixie apoyó los codos en sus rodillas y se cogió la barbilla con las manos.

—A mí tampoco me vendría mal chillar en este momento —confesó.

—Pues no creas —dijo Di—. Era la prueba que yo necesitaba para darme cuenta de que tío Monty no es mi tío. Porque, por supuesto, fue él.

—¿Y tus padres sospechan de tío Monty? —le preguntó Trixie.

—Oh, no —contestó Di—. Ellos piensan que algún otro encontró la llave después de que se le perdiera a tío Monty.

—Pero eso no tiene sentido —señaló Trixie—. Si un ladrón hubiese entrado en la galería, se habría llevado los cuadros más valiosos.

—Exacto —reconoció Di—. Pero la teoría de Monty sostiene que el ladrón planeaba robarlos todos y no le fue posible.

—¿Y cómo se supone que el ladrón entró y salió de la casa? —preguntó Trixie.

—Ah, todo el mundo cree que debe haber sido uno de los criados —explicó Diana—. O uno de los camareros, o algún miembro de la orquesta. Entró tanta gente en la galería de Halloween… que podían haber sido los mismos decoradores. Por eso papá no avisó a la policía. ¿Cómo iban a encontrar a los ladrones?

—Demasiado tarde para hallar pistas —dijo Trixie—. Y demasiados sospechosos. Tendremos que buscar nosotras los

retratos, eso es todo. Y, de alguna manera, tendremos que demostrar que fue tío Monty el que los robó.

—¿Pero dónde los vamos a buscar? —quiso saber Di—. Tío Monty no se los habrá guardado. Ya debe haberse deshecho de ellos.

—Unos óleos tan grandes, en unos lienzos tan pesados —dijo Trixie— no son tan fáciles de manejar. ¿Cuándo crees que los arrancó de los marcos?

—No tengo ni idea —dijo Di.

—Pues yo sí —exclamó Trixie—. Debió ser justo después de que tu padre mandara llamar al cerrajero. Hasta que no abriesen las puertas, Monty no tenía que preocuparse de los retratos. Él sabía que yo quería mirarlos, pero hizo las cosas de forma que me fuera imposible.

—Cierto —dijo Di—. Si Honey no llega a pedirle a mamá que le enseñara la galería, habrían pasado semanas sin que papá se enterase de que faltaba la llave. Y ahora que me acuerdo, Trixie, mientras todos estábamos en el estudio, esperando al cerrajero, tío Monty se esfumó. Dijo que subiría a su habitación para echar una última ojeada. Su cuarto está justo encima del estudio, y el suelo no está alfombrado. Si hubiese subido allí, le habría sentido moverse, y no fue así. Yo no sospechaba nada entonces, conque no le di más importancia. Lo que sucedió, probablemente, fue esto: en vez de subir a su cuarto, salió de la casa por la puerta principal y se metió furtivamente en la galería por la puerta que da a la terraza. La misma llave abre las dos cerraduras. De ese modo, nadie en la casa podría verle ni oírle. Y, Trixie —concluyó poniéndose más nerviosa aún—, cuando el cerrajero llegó, fue el tío Monty quien le hizo pasar por la puerta que da a la terraza.

—Mmm —«dijo» Trixie mientras reflexionaba—. ¿Y qué haría con los lienzos, después de quitarlos de los marcos? Si el cerrajero llegó en el momento en que se los llevaba de la galería, no tuvo tiempo de esconderlos en su habitación. ¡Ah, ya lo sé! —exclamó dando un salto—. ¡La chimenea que hay en la terraza! Ése es el sitio más lógico. Vamos, Di. Vamos a ver si están allí.

—¿Por qué? —preguntó Di recostándose contra el respaldo del confidente—. ¿De qué nos va a servir ver unos restos carbonizados?

—Quizá no estén carbonizados —dijo Trixie—. ¿Y cómo sabes

que son sólo unos restos? No resulta fácil romper en trozos un lienzo, y no creo que le diera tiempo a cortarlos. Apuesto a que se limitó a meterlos debajo de la leña y prenderles fuego con una cerilla. Y desde luego no se atrevería a esperar hasta que quedaran reducidos a cenizas. Así que es muy posible que parte de los rostros sigan intactos… los ojos, por ejemplo.

—Me parece que tú has leído demasiadas novelas de misterio —le reprochó Di—. En las series de radio y televisión, los detectives siempre están encontrando pruebas en las chimeneas. Pero esas cosas no ocurren en la vida real.

—¿Y por qué no? —preguntó Trixie—. En los periódicos siempre vienen noticias de criminales que se delatan por un simple trozo de cristal o un retal… y hasta por restos carbonizados. Por favor, Di, vamos a verlo ahora.

—No es posible —dijo Di—. La televisión está en la terraza, y tío Monty no se aparta de ella ni un minuto. Hay varios programas que no se perdería por nada del mundo. Uno empieza ahora. Los demás son por la noche —añadió soltando una carcajada—. Le está volviendo loco a papá. Desde que el tío Monty llegó, no ha podido ver ni uno solo de sus programas favoritos. Por eso ha encargado que le traigan un aparato nuevo a tío Monty. Mañana lo instalarán. Ya le ha dado a tío Monty la caravana, ¿sabes?

—¿Pero por qué? —preguntó Trixie, riéndose entre dientes—. ¿Con lo enorme que es esta casa, y aún se queda pequeña para albergar al mismo tiempo a tu padre y al que se dice tío tuyo?

—Supongo que se me olvidó decirte lo del cheque —dijo Di—. Papá no puede soportar a tío Monty en casa. En cuanto consiga vender unas acciones, le entregará cincuenta mil dólares, para que haga lo que tiene pensado hacer en la costa.

Trixie se quedó boquiabierta.

—No podemos dejar que eso suceda —dijo con voz suplicante—. ¿Cuándo va a vender tu padre esas acciones?

—No lo sé —respondió Di—. Me figuro que dependerá de la bolsa, aunque tengo la impresión de que a papá no le importaría perder un montón de dinero con tal de librarse de tío… quiero decir, de Monty. Papá no me lo ha dicho pero se lo he oído decir a mamá. No sé qué tal le parece a ella que Monty se marche, pero lo que sí es cierto es que está contentísima de que papá haya decidido

darle todo ese dinero.

—Tenemos que demostrar que es un impostor antes de que eso ocurra —dijo Trixie—. ¿No le puedes preguntar a tu madre de qué color tenían sus padres los ojos, Di?

—Ya se lo pregunté —dijo Di—. Anoche, aprovechando que Monty no estaba con la antena puesta. Pero no lo sabe. Los dos murieron al poco tiempo de nacer ella.

—¿Y los retratos? —dijo Trixie—. Seguro que los ha visto cientos de veces.

—Mamá estaba tan indignada por el robo —dijo Di— que no me atreví a mencionarlos.

—Bueno, tú debes haberlos visto alguna que otra vez —insistió Trixie.

Diana le explicó, defendiéndose un poco:

—Lo sé, pero con los ojos pasa algo curioso. La gente no se fija demasiado en el color. Mira que conozco bien a Honey… pues estaba convencida de que tenía los ojos castaños, hasta ayer. Y ella también pensaba que como yo tengo el pelo negro, mis ojos también lo eran. Y no lo son, son de color violeta.

—Supongo que yo me fijo en esas cosas más que la mayoría —dijo Trixie, algo desanimada.

—¿Ah, sí? —exclamó Di con incredulidad—. ¿De qué color tiene los ojos el conductor del autobús? Ayer se lo pregunté a Honey, y no tenía ni idea.

—Ni yo —reconoció Trixie avergonzada—. Di, ¿tu madre no tendrá recuerdos de familia, como carnets de conducir, pasaportes, y cosas así, en los que se pueda observar el color de los ojos de sus padres?

—Me imagino que sí —dijo Di vagamente—. Hay un viejo cofre en el ático lleno de ese tipo de cosas. Pero no creo que encontremos pasaportes ni permisos de conducir. Mis abuelos eran muy pobres, ¿sabes?

—Ahora, lo que sí puede haber son sus partidas de nacimiento —dijo Trixie—. Vamos.

Las dos pasaron el resto de la tarde registrando los contenidos del viejo cofre. Estudiaron fotografías, diarios, cartas, partidas de nacimiento, y hasta facturas, pero nada les proporcionó la información que andaban buscando. Mientras volvían a colocarlo

todo en su sitio, Trixie preguntó:

—¿Y qué hay de tío Monty? No creo que le haga mucha gracia verme en la cena, esta noche…

—No —explicó Di—. Le dije que habíamos hecho las paces, que te disculpaste. Era mentira, naturalmente, pero supongo que hace falta un mentiroso para atrapar a un mentiroso.

Trixie dijo riéndose:

—Para evitarte la vergüenza de haber mentido, te pediré perdón.

—Soy yo la que tiene que disculparse —dijo Di—. Jamás me habría creído lo que tío Monty me contó si no hubiera sido porque pensaba que era el hermano de mi madre.

De pronto, Trixie se abalanzó sobre Di y le tapó la boca con la mano.

—Chist —susurró—. Me parece que alguien está subiendo las escaleras —y dijo en voz alta—: Nunca me lo había pasado tan bien. Me encanta explorar los áticos. ¿A ti no, Di? Quiero decir, ¿es preciso esperar a que llueva, si una puede explorar áticos cualquier día?

—Estoy completamente de acuerdo contigo —dijo Di, subiendo también la voz—. Si te apetece explorar áticos, pues ¡adelante! ¿No crees, Trixie?

Las dos evitaron mirar hacia la escalera, cuyos peldaños crujían.

—Desde luego —dijo Trixie—. Yo sé de gente que ha encontrado cosas valiosísimas, como sellos o antiguallas, en los áticos. Y no me vendría mal tropezar con algo valioso en este momento. Setenta y cinco centavos del taxi, y veinticinco por no cuidar de Bobby cuando me tocaba hacerlo.



Di no tenía ni idea de lo que hablaba su amiga, pero dijo con voz solemne:

—Tienes toda la razón, Trixie. ¿Qué te parece aquella silla tan vieja del rincón? Es verdad que está rota, pero debe ser antiquísima.

El crujido fue oyéndose cada vez más lejos, pero, por si acaso, Trixie siguió fingiendo hasta estar segura de que nadie las estaba

oyendo. Entonces dijo en voz baja:

—Me apuesto lo que quieras a que era tío Monty.

—¿Y quién si no? —comentó Di—. De todas formas, me temo que habrá oído todo lo que hemos dicho de él. Trixie, tengo miedo. ¿Qué me hará ahora que sabe que yo pienso que es un impostor?

—Nada —dijo Trixie, cerrando el cofre.

Cuando volvieron al dormitorio de Di, Trixie añadió:

—A mí no me hizo nada, y él sabe lo que yo pienso de él desde que traté de ver los retratos, en la fiesta del Halloween.

—Intentó romper nuestra amistad —señaló Di—. ¿Qué más podía hacerte? Lo malo es que yo vivo bajo el mismo techo que él y sólo de pensar en ello me dan escalofríos.

—Bueno, esta noche yo también estaré aquí —dijo Trixie sonriendo.

Di recobró el ánimo.

—Oye —le sugirió—, ¿y por qué no te quedas con nosotros todo el fin de semana? Yo no pasaría tanto miedo si tú durmieras conmigo, en mi cuarto. Por favor, Trixie, quédate.

—Me gustaría —dijo Trixie—. Pero no creo que mamá me deje. No, a menos que tu madre la llame por teléfono y le insista. Además, no me he traído ropa. Claro que Brian y Mart podrían traérmela mañana, con el autobús del colegio.

—¡Pues claro! —exclamó Di con entusiasmo—. Iré a pedirle a mi madre que llame a la tuya ahora mismo.

Y salió disparada. Trixie se quedó en medio de la habitación, mirando por la ventana.

¿Qué haría tío Monty si supiese que las dos chicas sospechaban de él? Cincuenta mil dólares era una gran suma de dinero. Si creyera que ellas podrían interceptar sus planes, ¿qué no haría para impedirlo?

Trixie estaba decidida a actuar cuanto antes. Examinaría la chimenea esa misma noche, tan pronto como todo el mundo, incluida Di, estuviera durmiendo.

¡No tengo miedo! • 14

—Todo está arreglado —anunció Di, al volver de la habitación de su madre—. Mart viene en bici, por alguna razón, pero Brian te va a traer la maleta en la furgoneta. De todos modos iba a venir conduciendo, para poder recoger las flores y los jarrones de tu madre, en el Club de Jardinería.

—¡Magnífico! —gritó Trixie—. Conque Mart viene en bici, ¿eh? Eso me intriga.

—¿Tanto te extraña? —preguntó Di—. Cuando íbamos al colegio, Mart iba y volvía en bicicleta casi todos los días. ¿Te acuerdas?

Trixie contestó, riéndose:

—Eso se debía a que siempre solía perder el autobús —y rodeando con el brazo a su amiga, prosiguió—: Oh, Di, nos vamos a divertir de lo lindo esta noche. Como en los viejos tiempos, ¿no crees?

—Casi casi —replicó Di—. Trixie, esta casa me resulta enorme, no la soporto, y tampoco soporto la habitación. Es como vivir en un hotel.

—Venga, venga, no seas tonta, Di —insistió Trixie—. Es una casa muy bonita, y los muebles son de ensueño. Y este dormitorio es estupendo.

—La tuya me gusta muchísimo más, Trixie —le confesó su amiga—. Es tan pequeña, tan coqueta, con esa alfombrita tan mona que hizo tu madre, que tiene todos los colores del arco iris, y las dos camas idénticas, con sus colchas de percal… Por lo menos, así es como yo la recuerdo.

—Sigue igual —dijo Trixie—, salvo que parece que el espacio se reduce año tras año. Tengo tantas cosas en el armario que para cerrar la puerta tengo que empujar con todo el cuerpo.

Di soltó una carcajada.

—Aun así, a mí me gustan más las habitaciones pequeñas —repitió—. Y también preferiría vivir en una casa pequeña, como la tuya.

—Escucha esto, Di —dijo Trixie, poniéndose muy seria—, no es ninguna vergüenza ser rica. Entiendo que sea un engorro tener siempre a un mayordomo a tu alrededor. Y es una lástima que casi no puedas ver a tus hermanos pequeños. Pero tú vas por ahí actuando como si tener dinero fuera un crimen. Honey y Jim son riquísimos, pero te habrás dado cuenta de que eso no les preocupa.

Di reconoció que su amiga tenía razón:

—Están acostumbrados… por lo menos, Honey. Y me figuro que yo también acabaré acostumbrándome. Pero en este momento no puedo dejar de pensar que le caigo mal a toda la clase. Cuando vivíamos en Main Street, solían venir a casa cada dos por tres. Aquí vivimos tan lejos de todo el mundo, en esta carretera solitaria…

—Nosotros también estamos bastante aislados —dijo Trixie—, y estamos lejos del centro de la ciudad. Pero Di, el sitio donde vives no es lo que hace que a la gente le caigas bien o mal.

—Eso mismo me decía Honey —admitió Di—. Pasamos el fin de semana en su casa, y luego ella vino a dormir conmigo, y cuando nos acostamos nos quedamos charlando hasta muy tarde. Ella dice que hasta que no os conoció a ti y a Jim, siempre estaba deprimida, y claro, no era muy aceptada entre los demás chicos del colegio. Dice que el motivo de que nadie venga es que no los invito.

—Exacto —dijo Trixie—. Ya viste que todos vinieron para la fiesta del Halloween, y se lo pasaron estupendamente. Fíjate en mí, por ejemplo —dijo en broma—. Cada vez que me has invitado, he aceptado, ¿a que sí? Pero me parece que si no me arreglo un poco antes de cenar ésta será la última vez que me invites. Son casi las ocho.

Di miró las agujas del reloj que había en su cómoda y frunció el ceño.

—Ojalá no tuviéramos que ver a tío Monty —exclamó con rabia—. ¿Cómo vamos a conseguir disimular todo el tiempo?

—Pues hay que hacerlo como sea —dijo Trixie—. Tú no me mires, y vamos a procurar no mirar tampoco a tío Monty. Eso será lo mejor.

—Sería magnífico si pudiéramos llevar máscaras —dijo Di entre

suspiros—. Supongo que es conveniente que me haga a la idea de que mi rostro es una máscara —añadió ensayando frente al espejo —. ¿Qué te parece esto como máscara, Trixie? ¿Te recuerdo una cacerola?

Trixie soltó una carcajada y le dijo:

—Con las mejillas hundidas y los ojos saliéndosete prácticamente de la cara, más bien pareces un besugo. Vas a tener problemas, si pretendes cenar con esa cara petrificada. En cuando a mí, me voy a concentrar en la deliciosa comida que siempre tenéis.

Durante la cena lograron hablar y comportarse con naturalidad, como si el tío Monty fuera en realidad el hermano de la señora Lynch. Él, por su parte, no dio muestra alguna de que sabía que ellas sospechaban de él. Después de la cena, a Trixie se le cerraban los ojos porque, igual que Di, apenas había dormido la noche anterior.

—Menos mal que no tenemos deberes —murmuró Trixie mientras se desvestían. A los pocos minutos, la rindió el sueño.

Como se durmió enseguida, se despertó también muy temprano. Por la esfera luminosa del reloj de Di supo que eran las doce y media. Trixie saltó de la cama y abrió la puerta con cuidado. En la casa reinaba un absoluto silencio. Di le había prestado una bata, y no tardó en ponérsela. Luego, descalza y de puntillas, bajó la escalera.

En los pasillos todavía se veía algo, pero lo que era en el comedor, estaba oscurísimo; sin embargo, tenía que atravesarlo para salir a la terraza. Trixie tanteó en la oscuridad, pero ni siquiera consiguió distinguir los muebles más grandes.

Supongo que tendré que encender la luz —se dijo, lamentando no disponer en ese momento de una linterna o una vela—. *Si no, voy a tropezar con todos los muebles y despertaré a todos*.

Trixie tanteó las paredes hasta dar con el interruptor. El débil chasquido rompió por completo aquel silencio sobrecogedor y tuvo que cerrar los ojos ante la luz tan potente. Permaneció quieta un segundo, sin atreverse a dar un paso.

Hasta ese momento no había sentido miedo, pero notó que le temblaban las manos al abrir las puertas que daban a la terraza y sintió el frío de las baldosas en sus pies, al dirigirse hacia la chimenea. Era como si cien ojos la estuvieran observando. Y en la

chimenea no había más que dos leños enormes, sin quemar. Entonces se acordó de que había otra chimenea al otro extremo de la terraza, y allí fue.

Hurgó entre las cenizas, y a los pocos segundos extrajo lo que tanto anhelaba encontrar: dos lienzos bien enrollados, metidos debajo del último leño. Estaban un poco chamuscados por detrás, pero sólo se habían destruido las esquinas.

Sin perder tiempo, Trixie los desenrolló y, arrodillada en la terraza, los abrió. ¡Eran los retratos y tenían los ojos azules!

—¿Qué es lo que estás haciendo? —le susurró alguien por detrás.

Ella sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Se volvió y contempló, estupefacta, al tío Monty, que la miraba como si fuera a matarla. Estaba vestido, pero llevaba zapatillas, por lo que ella no había oído ningún ruido de pisadas.

Trixie clavó sus ojos en los del tío Monty. Intentó gritar pero no le salía la voz. Entonces él la agarró por el brazo y le dijo amenazándola:

—Si chillas, te…

Trixie recobró la voz. Estaba más furiosa que asustada.

—Suélteme —gritó—. No tengo la menor intención de chillar. Y no le tengo miedo.

Él señaló los retratos, que se estaban enrollando por sí solos, lentamente.

—De modo que fuiste tú quien cometió el robo —murmuró con voz áspera—. Ya me lo imaginaba. Eso es lo que estabas haciendo cuando te sorprendí en la galería, completamente sola, en Halloween.

Trixie tragó saliva. Si alguien bajase ahora y los encontrara en la terraza con esos retratos, sería la palabra de Monty contra la suya.

—Si sabes lo que te conviene —continuó—, vuelve a la cama y te convencerás de que esta escena ha sido solamente una pesadilla.

Trixie echó la cabeza hacia atrás.

—Y mientras, usted terminará de quemar los retratos, supongo. Eso es lo que bajó a hacer, ¿no? —dijo desafiándole—. Qué lástima que anoche no pudiera asegurarse de que habían quedado carbonizados del todo, cuando los arrancó de sus marcos.

Él la miró con una sonrisa maliciosa, diciendo:

—Las niñas pequeñas que frecuentan la calle Hawthorne no deberían convertir en hábito su impertinencia.

—¿De modo que se ha enterado de eso? —preguntó Trixie fríamente—. Sabrá también que me di cuenta de que su amigo Olifante tenía una caja de cerillas de los Lynch… Quizá pueda usted explicarme cómo llegaron a sus manos. O cómo supo que yo estuve en la calle Hawthorne.

Él se hizo el sordo, pero luego añadió:

—El hecho de que fueras a la calle Hawthorne sólo puede significar una cosa: estabas buscando un contacto a quien poderle vender esos retratos. Si el señor Lynch supiera todo esto, no te permitiría ser amiga de su hija.

A Trixie le dio un vuelco el corazón. Se arrepintió una vez más de haber pisado esa maldita calle. Había conseguido una prueba, pero ¿de qué le servía, si jamás podría utilizarla? En realidad, todo lo que había hecho hasta ahora para demostrar que este hombre era un impostor podía volverse en contra suya.

La mirada de aquel hombre perverso le estaba dando a entender que estaba indefensa, y que él lo sabía. Pero esto enfureció mucho más a Trixie. Tocó con desprecio los retratos, con los dedos de sus pies.

—¡Bah! ¡Adelante! ¡Quémelos! —gritó llena de ira—. No valen para nada. Si ha visto la firma del artista, sabrá que se trata de uno de los retratistas más famosos de América. Lo conozco porque también ha pintado a la señora Wheeler. Es muy joven, y debe de haber nacido mucho después que los padres de la señora Lynch.

Él la miró con una mezcla de contrariedad y alegría.

—No sé cómo no nos dimos cuenta desde un principio —prosiguió Trixie—, de que esos retratos están copiados de unas fotografías. La familia de la señora Lynch era muy pobre, y los pobres no pueden permitirse el lujo de pagarse un retrato. Seguramente, ella los mandó pintar recientemente, y le dijo al artista que les pintara los ojos azules, como los suyos —dijo, irguiendo el cuello para desafiarle aún más—. Así que ahora, tío Monty, no tiene por qué temerme más de lo que yo le temo a usted. Yo creo que es un impostor, pero no tengo modo alguno de probarlo, *al menos, por el momento* —pensó para sí.

De nuevo en el dormitorio de Di, se metió en la cama, y

permaneció despierta largo rato, dándole vueltas a la cabeza, tratando de encontrar la manera de demostrar que el tío Monty era un impostor. *Tiene que haber algún modo de probarlo* —pensó con desesperación—, *pero ¿cuál?*

Demasiados problemas • 15

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Trixie despertó a Di y le contó lo que le había sucedido en la terraza por la noche.

—Creo que deberíamos decírselo a papá ahora mismo —dijo Di mientras se vestían para ir a clase—, porque él mismo prácticamente te confesó que es un impostor.

Trixie no estaba tan convencida.

—No, eso es lo malo —dijo lamentándose—. Yo esperaba que se le escapara algo, que nos diera una pista… pero todo lo que hizo fue amenazarme.

Diana se estremeció.

—Es un tipo asqueroso —dijo con rabia—. Vamos a desayunar con los gemelos, y así no tendremos que mirarle a la cara.

—¡Me parece estupendo! —aprobó Trixie—. No los he visto desde que eran unos bebés. ¿Pero las niñeras nos dejarán?

—Más les valdrá —dijo Di firmemente—. Estoy harta de estar siempre a las órdenes de los sirvientes. Honey es muy amable con la gente que trabaja en su casa, pero ya ves que no permite que le hagan la vida imposible.

Trixie se rió entre dientes. ¡En muy poco tiempo, Honey había hecho maravillas! A Di le quedaba muy poco para volver a ser la muchacha alegre que siempre había sido.

—Honey es casi perfecta —le dijo Trixie mientras recorrían el pasillo en dirección a «la guardería», que estaba en otra ala del edificio—. La quiero muchísimo.

—Yo también —dijo Di—. Y ésa es otra de las razones por las que odio a Monty. Me oyó contar a mis padres cómo estaba superando el terror que le producían las arañas y las serpientes. Y él quería que Honey se enfadara conmigo. Por eso lo llenó todo de bichos en la fiesta de Halloween. Y por eso trató de molestar a Regan. Él finge que le gustan mis amigos, pero ya te habrás dado

cuenta de que se pasa la vida intentando romper mi amistad con todos.

Trixie asintió.

—Bueno, ya no falta mucho para que se marche —dijo suspirando—, pero eso es precisamente lo que me preocupa. Hoy es viernes. ¿Y si tu padre le da el cheque mañana? Se largará, y ya no le veremos el pelo nunca más.

—Lo sé —reconoció Di—. Por eso deberías decirle a papá todo lo que sabes de Monty.

—No puedo —dijo Trixie—. Si lo hago, me meteré en un buen lío. Entré en la galería en el Halloween, furtivamente. Antes de eso, Harrison me vio coger una vela del comedor. No sabe para qué me la llevé, pero ¿no lo ves? Si tu padre empieza a hacer preguntas, yo me convertiría en la principal sospechosa de haber robado los retratos.

Disfrutaron de un desayuno delicioso, en la soleada guardería, con los gemelos, que resultaron, según opinó Trixie, tan adorables y traviesos como Bobby. A pesar de las niñeras, los pequeños se las arreglaban para llenarse de chocolate y tirar al suelo varias tostadas francesas[6]. Al marcharse, Trixie y Di los dejaron peleándose en medio de un gran jolgorio.

Como las chicas se habían levantado tan temprano, todavía eran las siete y media cuando volvieron a la habitación de Di.

—Creo que deberíamos celebrar una reunión de los Bob-Whites esta tarde —dijo Trixie de pronto— y decidir qué hacemos respecto a Monty.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Di—. ¿Y si celebramos la reunión aquí? Al terminar, Brian podría llevar a los demás en coche.

—Vale —dijo Trixie—. Hasta cierto punto he perdido interés por el cobertizo, ahora que ya no es nuestro. Pero ¿y si Monty se pone a husmear a nuestro alrededor?

—No lo hará —le dijo Di—. Se va a Nueva York esta tarde para recoger el remolque que papá le regaló. Y Harrison tampoco estará por aquí. Le diré que, si nos entra hambre, cogeremos parte de lo que compré para la fiesta del Halloween. Tomaremos melcochas y palomitas de maíz, y así él no tendrá ninguna oportunidad de servirnos con sus bandejitas de plata y su cubertería.

—Magnífico —dijo Trixie sonriendo—. Llamaré a Honey y le

diré que avise a los demás, para que nuestros padres no nos esperen a ninguno hasta bien entrada la tarde.

Una vez que Trixie hubo telefoneado, las dos amigas bajaron y vieron que el señor Lynch estaba a punto de salir hacia la estación.

—Os dejaré en el colegio si estáis listas —les propuso. Se le veía contento.

—Oh, eso sería estupendo —dijo Trixie, agradecida—. Hay un buen paseo hasta la parada del autobús, al final del camino que da a la carretera.

—Casi una milla —dijo, mientras ellas subían al asiento de atrás —. De hecho, yo quisiera llevar a Di a clase todos los días, pero normalmente no está levantada y lista tan temprano.

—¡Eso no es cierto! —protestó Di, pellizcando cariñosamente a su padre en el brazo—. Tú eres el que te retrasas por las mañanas. Si te esperase, llegaría tarde al colegio todos los días.

El señor Lynch rompió a reír.

—Es verdad —reconoció—. Esta mañana me he levantado antes con tal de no acompañar a tu tío a coger el tren de Nueva York. Él tenía pensado marcharse en el que sale a las nueve y cuarto, conmigo, así que yo decidí coger el de las ocho cuarenta y cinco — dijo con astucia—. Bueno, ya hemos llegado, chicas.



Ellas le dijeron adiós con la mano y subieron corriendo las escaleras del instituto.

—A tu padre no le cae Monty mejor que a nosotras —dijo Trixie —. No sabes las ganas que tengo de demostrar que es un impostor.

—Y yo —añadió Di— estoy deseando ver a toda la pandilla esta tarde, en casa.

Celebraron la reunión en la terraza, a las cuatro en punto. Trixie habló casi todo el rato, y por una vez los chicos la escucharon sin interrumpir su discurso. Fruncieron el entrecejo cuando les describió su visita a la calle Hawthorne, pero estuvieron callados hasta que terminó de contarles la escenita con Monty, la noche anterior.

Entonces Jim dijo como si fuera una sentencia:

—Bien, está claro que es un criminal. Yo opino, Trix, que deberías contarle todo al señor Lynch en cuanto llegue a casa.

—Yo también —le apoyó Brian.

—Pues yo no —dijo Mart—. No tenemos ni una sola prueba que lo demuestre. Y no podemos meter a Tom en esto. Se lo

prometimos. ¿Qué es lo que tenemos? ¡Cerillas y retratos! ¿De veras suponéis que el señor Lynch se va a creer que Trixie se metió en «el callejón de las broncas»? ¿O que encontró los lienzos debajo de esos leños? ¿O que tuvo esa conversación tan increíble con tío Monty aquí fuera, anoche? Nosotros la creemos porque sabemos que está lo suficientemente loca como para hacer todo eso y más. Pero el señor Lynch sólo pensará que no está bien de la cabeza. Y punto.

—Estoy de acuerdo con Mart —dijo Honey—. ¿Qué opinas tú, Di? Conoces a tu padre mejor que nosotros. ¿Se fiaría de Trixie?

—Me parece que no —contestó—. Pero quizá empiece a tener desconfianza y contrate a algún detective privado.

—¿Pero qué nos pasa? —preguntó Mart—. Se supone que somos detectives aficionados. Para cuando los profesionales se inmiscuyan en esto, tío Monty habrá desaparecido sin dejar rastro, se habrá perdido en el anonimato.

—¿En el qué? —preguntó Di.

Mart levantó las manos mientras decía:

—Desconocido, desintegrado. Tan pronto como cobre ese cheque, nadie volverá a oír hablar de Montague Wilson. Nunca más.

—No. A menos que haya un verdadero Montague Wilson —señaló Trixie.

—Lo cual dudo mucho —dijo Mart—. Quiero decir, que aún viva. Porque si es así, ¿por qué no se puso en contacto con su hermana hace tiempo?

—Es posible que lo intentara —dijo Di—, y no lo consiguiera. Al morir mis abuelos, mi madre fue adoptada. Ella llevó el apellido de sus padres adoptivos hasta que se casó con papá. Así que, en lo que concierne a mi verdadero tío, fue ella la que desapareció cuando tenía tan sólo unos meses.

—Es verdad —dijo Mart—, pero, la primavera pasada, la historia de tu familia apareció en todos los periódicos y revistas. Si tu tío está vivo, debe de haber leído alguno de aquellos artículos.

—El que seguro que los leyó es el tío Monty que nosotros conocemos —dijo Trixie—. Mi teoría es ésta: él conoció al verdadero Monty allá en el Oeste, cuando se publicaron todas esas historias. El tío de Di probablemente sea una persona maravillosa, y no quiso ponerse en contacto con su hermana para que no pareciese que lo hacía por el interés, por el dinero, ya que hasta entonces no

lo había hecho. De esta manera, el Monty que conocemos decidió suplantarle. De todos modos, no sabía lo suficiente de la señora Lynch como para convencerla de que era su hermano. Así que se vino al Este y estuvo indagando hasta que descubrió que Olifante era el tipo que podía proporcionarle la información necesaria.

—Eso es bastante lógico —opinó Brian—. Yo no entendía por qué Monty lo arriesgaba todo yendo a la calle Hawthorne, después de estar viviendo con los Lynch. La respuesta, claro, es que regresó para pagarle a Olifante por los servicios prestados.

—Pero ¿le ha dado ya el dinero el señor Lynch? —preguntó Jim —. ¿Tú qué crees, Di?

Di le explicó lo que sabía:

—Mamá le da algún dinero, para gastos, pero no mucho, porque suele pagarlo todo cargándolo a nuestra cuenta. ¡Oh! Eso explica lo de los pájaros.

Mart protestó.

—El argumento se complica. ¿Qué pájaros?

—Los de porcelana, en el estudio —contestó Di—. Como colección ya es valiosísima, pero cada pájaro cuesta unos mil dólares. La última vez que los vi me dio la impresión de que faltaban dos o tres. Pero, como nunca los había contado, no podía estar segura. Sin embargo ahora lo estoy —concluyó—, y se lo voy a decir a mamá en cuanto llegue a casa.

—Eso no servirá de nada —dijo Trixie—. Te será imposible demostrar que los robó Monty. Hasta la policía tendría dificultades para probar una cosa así. Los pájaros pudieron haberse perdido, o romperse en la fiesta del Halloween.

—Volvamos a lo de Olifante —le interrumpió Honey—. ¿Cómo llegó a conseguir él la información que Monty necesitaba?

—Hay documentos en el Ayuntamiento, y pudo sacar un montón de información en los números atrasados del periódico —dijo Jim dando unas palmaditas a Honey, en la mano—. Eres demasiado joven, e inocente, para comprender la naturaleza de personajes tan siniestros como Olifante. Su negocio depende de la cantidad de información acumulada sobre sus posibles víctimas, que suelen ser gente rica y famosa como los Lynch.

—Todavía no me aclaro —confesó Honey—. Los funcionarios del Ayuntamiento y los periódicos no dan acceso a sus archivos a

todo el mundo, y menos aún a personajes «siniestros».

—Pero hay políticos sin escrúpulos que sí lo hacen —apuntó Jim, sonriendo tristemente.

—En efecto —dijo Mart—. Yo he estado estudiando a ese Olifante. Lo han arrestado cantidad de veces, pero nunca le han condenado. Y eso se deletrea así: p-o-l-í-t-i-c-o c-o-r-r-u-p-t-o, y con letras mayúsculas.

Trixie se apoyó en Honey para darle un golpecito a su hermano en la rodilla.

—¿Tú has estado investigando a Olifante? Y yo que creía que, según tú, Tom hablaba por hablar cuando nos dijo que había visto al tío Monty en la estación.

—No, no, no —dijo Mart—. Tom nos enseñó a pescar y a cazar a Brian y a mí. Siempre nos pegábamos a él cuando éramos de la edad de Bobby. Sabemos, desde entonces, que él posee una memoria fotográfica. Con sólo una vez que haya recorrido una ruta, Tom te puede indicar hasta el más mínimo detalle del paisaje, y jamás olvida una cara.

—Eso es verdad —confirmó Brian—. Y eso es lo que le convierte en tan buen chófer. Eso por un lado, y por otro es que es tan honrado como el que más.

—Lo sé —dijeron al unísono Honey y Jim.

—No sé cómo fui tan estúpido al pensar que Tom había confundido al tío Monty con algún otro —dijo Jim llevándose las manos a la cabeza—. Me figuro que uno cree lo que desea creer. No podía soportar la idea de que Trixie nos metiese en otro de sus misterios, cuando ha pasado tan poco tiempo desde el último.

—Igual que yo —dijo Brian, riéndose sin entusiasmo—. Pero ahora sí que tengo ganas de líos. Y creo que, en esta ocasión, y ya que el tiempo es lo que determina un desenlace u otro, nosotros tenemos que demostrar lo antes posible que el tío Monty es un impostor, antes de que se largue con todo el dinero.

—Pero él no podrá cobrar el cheque tan deprisa —comentó Jim reflexionando—. ¿Cómo va a vivir mientras tanto?

—Muy sencillo —le dijo Mart—. Venderá el remolque en cuanto pueda. Sólo iba a resultarle un estorbo, por varias razones: A) Le delataría tanto como si condujese un coche fosforescente, caso de que el señor Lynch hiciera que algún polizonte le siguiera la pista.

B) Le demoraría más de lo que le conviene, si no quiere dar con sus huesos en la cárcel.

—No estoy de acuerdo contigo —apuntó Trixie—. Esa caravana es como una casa con ruedas. Tiene una cocinita que es un encanto, y un cuarto de baño con ducha aparte. Además, es una combinación muy atractiva de salón y dormitorio. Y ahora hasta tiene su aparato de televisión. No creo que el tío Monty la vaya a vender en cuanto pueda. ¿Y con qué objeto? ¿Qué puede temer del señor Lynch? Los únicos que sospechamos de él somos nosotros.

—Si la vende —dijo Honey, más bien pensando en voz alta—, ojalá se la venda a Tom. Sería la casa perfecta para él y Celia. Papá les daría un terrenito…

—Seguimos construyendo castillos en el aire —protestó Jim—. ¿De dónde iba a sacar Tom el dinero para la caravana?

—No lo sé —dijo Honey—. Lo que sí sé es que se va a gastar un montón en instalar un cuarto de baño y una cocina en el cobertizo. Eso sin contar lo de los suelos. No comprendo cómo Celia se ha podido emperrar de esa manera con el cobertizo. Para nosotros es ideal, pero me da la impresión de que ella acabará cogiéndole manía. Y la señorita Trask opina lo mismo.

—El principal motivo de que le guste a Celia —les explicó Jim— es que viven en una casa ajena. Si se van a vivir al pueblo, perderán el trabajo. Papá y mamá necesitan que el chófer y la criada vivan en nuestra misma casa. El cobertizo se convierte, así, en el lugar más apropiado, y nosotros no podemos hacer nada. Conque volvamos a lo de tío Monty. Trixie tiene razón. No va a vender la caravana. Le servirá de escondite si alguna vez necesita ocultarse. Todo lo que tiene que hacer es aparcarlo en un bosque, junto a algún arroyo, después de abastecerse de latas y de comida.

—Pero sin electricidad —señaló Mart— vale poco más que una casa sobre ruedas, y es demasiado llamativa. Monty sabe que Trix sospecha de él. No puede estar seguro de que le acuse, al menos, por ahora. Si yo estuviera en su pellejo, me desharía de la caravana nada más cobrar el cheque.

—Sí, pero tú no estás en su pellejo —arguyó Trixie—. Y no creo que me tenga ningún miedo. Y aunque lo tenga, estoy de acuerdo con Jim. La caravana, como escondrijo, es perfecta.

—Está bien, vamos a dejar el tema —protestó Honey—. Todo

esto me está deprimiendo. Toda mi vida soñando con pertenecer a un club secreto, y cuando todo estaba a punto, ¡paf!, la burbuja estalla. Es absurdo quedarse de brazos cruzados, hablando del tío Monty. No podemos hacer gran cosa.

—A mí también me falta el ánimo —confesó Di—. ¿Por qué no nos olvidamos de él, sin más? Que se vaya. Papá no se arruinará por eso.

—Imposible —dijo Trixie—. Eso nos convertiría, por lo menos, en encubridores, si no en cómplices, de un criminal.

—Pero tampoco sabemos si es un criminal o no —señaló Di.

—Yo me voy a enterar muy pronto —dijo Trixie.

—¿Cómo? —le preguntaron todos a la vez.

—No importa —replicó misteriosamente—. Si mañana por la mañana no he conseguido la prueba, me cortáis la cabeza.

—A nadie le interesa tu cabeza —dijo Mart—. Donde está parece casi natural. Pero sin el resto de tu persona… no, gracias —y concluyó simulando un estremecimiento de pavor.

—Cállate, Mart —dijo Brian firmemente—. No es el momento más apropiado para contar chistes de cadáveres. Si Trixie no tiene cuidado, acabará así.

—Cierto —añadió Jim—. La gente mata por menos de cincuenta de los grandes. Mantente alejada de todo esto, Trix. Y lo mismo os digo a las demás. Brian, Mart y yo nos ocuparemos del asunto.

—Yo tengo el firme propósito de hacerlo —dijo Di con énfasis—. Tío Monty me da mucho miedo.

—Yo también —admitió Honey—. Si me hubiera sorprendido a mí en la terraza, anoche, me habría muerto del susto allí mismo.

—Hablemos de algo menos macabro —dijo Trixie, forzando una sonrisa—. Los impostores no son asesinos. Son profesionales, ladrones de guante fino, que se guardan mucho de hacer algo que les pueda llevar a la cárcel.

—No estés tan segura de eso, Trix —dijo Mart, echándole las manos al cuello—. La mayoría de esos tipos te quitarían de en medio por cincuenta pavos. Ahora bien, yo tengo un plan infalible, para el cual no tendremos que arriesgar nuestras vidas en modo alguno.

—¿Cuál? —preguntó Trixie, algo escéptica—. Algo sencillo, supongo. Como secuestrarlo y torturarlo hasta que confiese. El

cobertizo es el lugar perfecto. Nadie oirá sus alaridos de dolor. Permítame que sea la primera en felicitarte, genio —le dijo haciendo una reverencia—. Estaba convencida de que se te ocurriría una idea genial.

Mart le devolvió la reverencia.

—Gracias, talento. ¿Cómo pudiste leerme el pensamiento? Eso es exactamente lo que tengo planeado: forzar una confesión.

—Me rindo —dijo Brian, disgustado—. Si vosotros dos vais a seguir haciendo el payaso, no llegaremos a ninguna parte. Propongo que se dé por concluida la reunión.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Jim—. Venga, chicos, vámonos. Brian y yo pensaremos en algo más razonable.

—Vale, cerebros —dijo Mart, camino de la terraza—, pero deja que saque la bici de la furgoneta antes de marcharos. Y no me esperéis hasta la próxima vez que nos veamos.

—Pues mejor será que estés en casa a la hora de la cena —dijo Brian.

—No señor —replicó Mart—. Tengo permiso paterno para llevar a cabo mis deberes nutritivos en la villa esta noche, así como para pasar la noche con un compañero de clase que es un genio, y que me está preparando de cara a la más difícil de las asignaturas, las mates.

Trixie y Di los acompañaron al garaje, donde Brian había aparcado la furgoneta junto a la caravana roja. Mart sacó su bicicleta, y los demás partieron. Él se quedó mirando el remolque con una expresión poco frecuente.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Trixie al observarlo—. Uno pensaría que no has visto una caravana en tu vida.

—Nunca he entrado en ésta —dijo Mart—. Y me gustaría, ya que, de no haber sido por ella, Honey y tú jamás habríais encontrado a Jim. Supongo que está cerrada, ¿no? —dijo volviéndose hacia Di.

—No, no —respondió Di, abriendo la portezuela más cercana. Entró y conectó las luces delanteras—. Pasa, Mart. Échale un buen vistazo, si quieres.

Él entró, y salió al cabo de unos minutos.

—Es un auténtico palacio sobre ruedas —exclamó entusiasmado —. ¿Funciona la tele?

—Más le vale —le dijo Di—. Dos de los programas favoritos de Monty son esta tarde. Uno a las nueve, y otro a las once. Los dos preferidos de papá son a la misma hora, pero no son los mismos.

—Menudo lujo —dijo Mart suspirando—. Menudo lujo.

¡Que acogedor! Me imagino que Monty se queda aquí entre programa y programa.

—No —dijo Di—. Mamá y él van a jugar una partida de canasta en ese rato. Son enemigos.

Mart dijo burlón:

—Monty es el enemigo, tu madre es un ángel.

Se montó en su bicicleta y se alejó.

Trixie lo siguió con la mirada, reflexionando.

—Mart tiene algo metido en la cabeza —le aseguró a Di mientras volvían a la terraza—. Ojalá supiera de qué se trata. ¡Si no hubiese bromeado respecto a su plan! Si no lo hubiera hecho, quizá me habría dicho cuál era.

Apurando la copa de la suerte • 16

JUSTO ENTONCES apareció un sedán nuevo.

—Aquí llega Monty —dijo Di—. Oh, papá le acompaña. Me figuro que se habrán encontrado en Nueva York y han decidido regresar juntos.

Esperaron a que Monty aparcase el coche cerca de los escalones que conducían a la terraza. Salieron los dos hombres, saludaron a las chicas, y entraron en la casa.

—¡Qué raro! —comentó Trixie extrañada—. Pensaba que tu padre no podía ni verle; me refiero a Monty.

—Y así es —confirmó Di—. ¿Por qué si no iba a instalar la televisión en el remolque?

—¿Y entonces por qué no volvió en tren, como suele hacer? —preguntó Trixie—. Nadie disfrutaría viniendo desde Nueva York con aquél a quien detesta.

Di frunció el entrecejo.

—Pues papá estaba animadísimo, ¿verdad? Normalmente, cuando se encuentra en la misma habitación que Monty, parece que le duele el estómago… ¡conque imagínate estar en el mismo coche!

—Sólo puede haber una respuesta —lamentó Trixie—. Tu padre está feliz porque sabe que Monty se va a marchar muy pronto, lo que significa que Monty debe de tener ya el cheque en su cartera.

—A mí me tiene sin cuidado —manifestó Di mientras subían las escaleras—. Espero que se largue nada más cenar.

—No creo que se vaya esta noche —opinó Trixie—. Pero, si ya tiene el cheque, se irá mañana, a primera hora. No es ningún placer conducir de noche con una caravana a cuestas.

Pronto se confirmó la teoría de Trixie, pues apenas estuvieron sentados todos a la mesa del comedor, cuando el señor Lynch comunicó a Di con una alegría mal disimulada:

—Tu tío se vuelve al lejano, al lejanísimo Oeste, mañana por la

mañana, querida. Mañana por la mañana, y bien temprano. Así que acuérdate de despedirte de él esta noche. Quiere evitar el tráfico de la autopista, de modo que partirá mucho antes de que nos despertemos.

Mirando al plato dijo Di, como era su deber:

—Adiós, tío Monty.

El señor Lynch casi se muere de risa, pero su mujer la recriminó:

—¡Diana! —exclamó escandalizada—. ¿No podrías esperar hasta el momento de irte a la cama? Debes esperar, cariño. Y no te olvides de darle un beso de despedida.

La idea de besar a tío Monty la estremeció de pies a cabeza. Trixie sintió lo mismo, sólo de pensarlo.

—Tampoco son necesarias tantas manifestaciones de afecto —le dijo el señor Lynch a su esposa—. La niña casi no conoce a tu hermano. Y como lo más probable es que no le vuelva a ver nunca más, no veo ninguna razón para montar escenas sentimentales.

A la señora Lynch le temblaba el labio inferior cuando dijo:

—Pero es mi propio hermano, mi hermano mayor, que ha venido después de tanto tiempo…

Monty le dio unas palmaditas en la mano y quitó importancia al asunto:

—No te preocupes, hermana. Ya sé que no resulto simpático a los demás miembros de tu familia, y eso que me he esforzado por ser lo más agradable posible con ellos, pero nunca le han correspondido a mi afecto, aunque no importa; yo los perdono de todo corazón. Tu marido ha sido muy generoso al hacer una donación tan importante para la escuela que deseo fundar. Le estoy muy agradecido.

—Bueno, me alegra que no haya rencores, Monty —respondió el señor Lynch mostrando la más jovial de sus sonrisas.

Trixie no prestó mucha atención al resto de la conversación; estaba demasiado entretenida con sus pensamientos. Monty se iría al día siguiente, a primera hora. Y ya entonces le sería imposible demostrar que era un impostor. Una vez que se hubiera marchado, y aún en el caso de que pudiese probarlo, Monty ya estaría fuera del alcance de la justicia, por lo menos en América del Sur. Trixie lo observó. Algún cumplido de la señora Lynch le hizo sonreír, y parecía extrañamente satisfecho consigo mismo. De pronto, a Trixie

se le ocurrió que podría registrar el cuarto de Monty, en busca de alguna pista, esa misma noche, y para ello tenía que hacerse con una linterna, como fuera.

Después de la cena, las chicas subieron al dormitorio de Di. Trixie deshizo la maleta que Brian le había subido antes. Fingiendo sueño, se puso un pijama de franela y se metió en la cama.

—Buenas noches, Di —dijo, sintiéndose algo culpable por no haber compartido sus intenciones con su amiga. ¿Pero cómo iba a hacerlo? La propia Di había confesado en dos ocasiones el miedo que tenía a Monty.

—Buenas noches, Trixie —contestó Di, y apagó la lamparilla que había junto a su cama.

Trixie se incorporó de un salto.

—Oye; ahí fuera parece como si fuera de día —exclamó—. Y está demasiado nublado como para que la luna esté brillando con tanta fuerza.

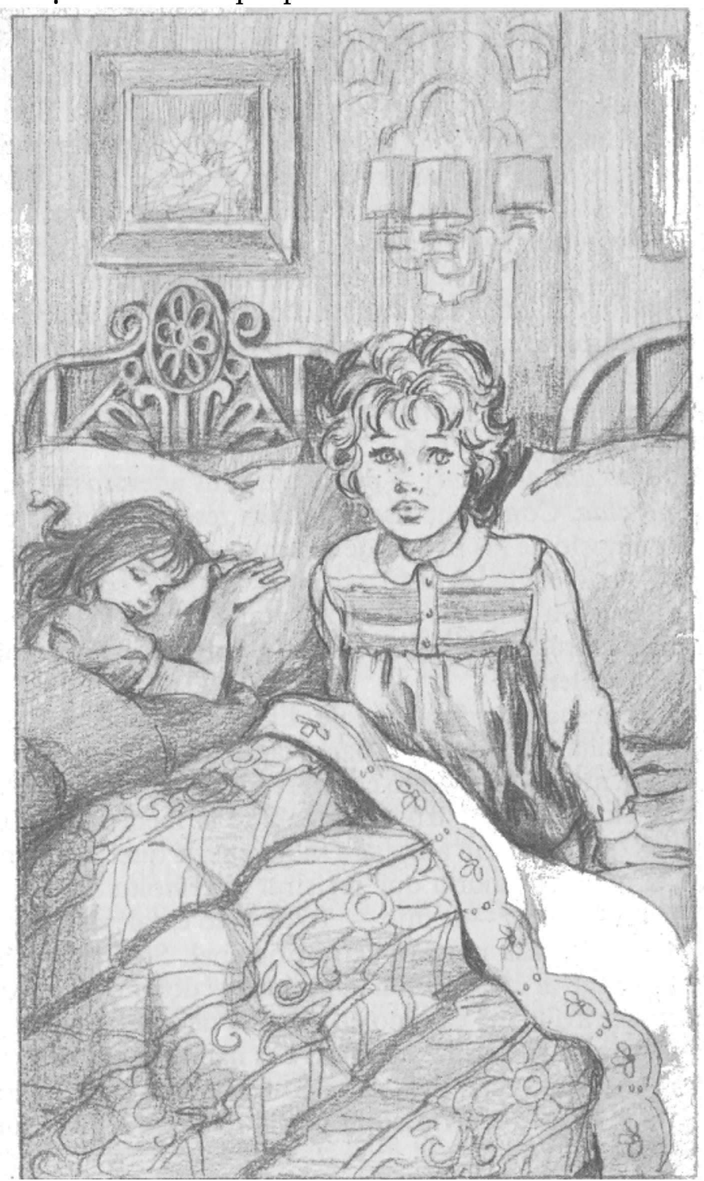
—Son los focos —comentó Di, soñolienta—. Normalmente los dejamos encendidos hasta que todos los coches estén en el garaje. Así resulta más fácil aparcarlos, ¿sabes? Si la luz te molesta, bajaré la persiana.

—Oh, no —replicó Trixie inmediatamente—. A mí me encanta —y pensó para sí—: *Si supieras cuánto me encanta*. Permaneció tumbada, boca arriba, un rato, que a ella se le hizo eterno; pensaba: *A las nueve, Monty se metió en el remolque para ver la tele. A las nueve y media volvió a entrar en casa, para jugar a la canasta con la señora Lynch. Son las nueve cuarenta y cinco. Di está dormida. Ha llegado el momento de actuar*.

Se levantó y salió al corredor. Hasta el descansillo de las escaleras le llegaba el murmullo de las voces. No había la menor duda: Monty y la señora Lynch estaban en el estudio. Entonces Trixie aprovechó para entrar en la habitación de Monty. En ese cuarto, en alguna parte, tenía que estar la prueba que ella necesitaba para demostrar que Monty era un impostor. Tenía que haber algo… una carta, un cuaderno, un recorte de prensa…

Trixie cerró la puerta sigilosamente, y se quedó de pie, inmóvil, un minuto, hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Al lado de la cama había dos maletas, cerradas y atadas con correas. Trixie abrió el armario, pero estaba completamente vacío. Los

cajones de la cómoda también estaban vacíos, así como los cajoncitos de la mesilla de noche. Monty no se iría a la mañana siguiente. ¡Estaba claro que pensaba marcharse esa misma noche!



Tal vez era demasiado tarde cuando Trixie se dio cuenta de que él se encontraba en el estudio, justo debajo. Seguramente habría oído cómo registraba la habitación cerrando puertas de golpe, con

las prisas. Salió disparada al pasillo. Alguien estaba subiendo las escaleras. Quienquiera que fuera, la descubriría si intentase volver al dormitorio de Di. Si era Monty, lo menos aconsejable era esconderse en su habitación. Si era el señor o la señora Lynch, no le convenía en absoluto meterse allí, al otro lado del pasillo, en el dormitorio de ellos. Y tampoco podía quedarse donde estaba, en medio del corredor. Según parecía, estaba como en un callejón sin salida.

Seguro que es Monty —pensó para sus adentros—. *Estoy perdida*. Como impulsada por un resorte se metió en el dormitorio de los padres de su amiga, cerrando la puerta con sumo cuidado, justo a tiempo. Se apoyó contra ella, sin atreverse a respirar, y escuchó con atención los pasos. Alguien entró en el cuarto de Monty, volvió a salir, y bajó por la escalera.

Trixie respiró profundamente. El peligro había pasado y, de puntillas, se asomó a la baranda. El murmullo de voces indicaba que Monty, junto con el señor y la señora Lynch, estaba en el estudio. Trixie no tenía ni la menor idea del tiempo que seguirían allí, pero sabía que, si quería encontrar la prueba, tendría que registrar el remolque.

Ahora o nunca —se dijo—. Trixie voló escaleras abajo, y salió de la casa por la puerta principal. Se alejó de la terraza, llegó al césped y, sin importarle el dolor que le producía la gravilla del camino en sus pies descalzos, se dirigió al garaje armándose de valor. Las habitaciones de Harrison se encontraban en la parte posterior de la casa, frente al garaje. Si se le ocurría mirar por la ventana, seguro que la vería.

Estaba temblando aunque no sabía si era a causa del miedo o del frío. La temperatura había bajado unos quince grados desde el ocaso, y se arrepintió de no haberse puesto la bata, tan calentita, que le había prestado Di. Llegó a la caravana, tiritando y con las manos tan frías que casi no las notaba. Apenas podía abrir la puerta y, mientras intentaba girar el picaporte, el corazón se le subió a la garganta. Había oído un ruido, procedente del interior.

—Aquí no hay nadie —se dijo con una cierta terquedad—. No es posible que Monty haya salido antes que yo, y él es el único que utiliza la caravana. Debe de haber sido el reloj electrónico.

Finalmente cedió el picaporte, y ella, armándose de valor, entró.

Una oscuridad plomiza presidía el interior del remolque, y la luz que entraba por las ventanas proyectaba unas vagas sombras negras en las paredes. A Trixie le pareció como si el corazón se le fuera a salir de un momento a otro.

Pero se sobrepuso, y pensó: *Si de verdad quiero encontrar alguna prueba, no tendré más remedio que encender la luz*. Tanteó la pared, halló el interruptor, y dio la luz. Luego volvió a abrir la puerta de la caravana por si acaso tenía que echar a correr.

Dispuesta a empezar a buscar, Trixie echó un vistazo a la habitación. Decidió entrar en la cocina, para asegurarse de que no había nadie espiándola. Luego abrió el armario. Allí encontró la gabardina de Monty y, mientras registraba los bolsillos, se olvidó de todo lo demás. En uno de ellos encontró una pequeña libreta negra, atada con cintas de goma.

Al quitar las cintas, se le cayó un papel rosado al suelo. Antes de agacharse para recogerlo, ya sabía que se trataba de un permiso de armas. En el ángulo superior había una fotografía de Monty, pero el nombre de la persona a quien el permiso pertenecía no era el de Montague Wilson. Escrito cuidadosamente con letra de imprenta, aparecía el nombre de Tilney Britten.

—¡Suelta inmediatamente eso!

Trixie se volvió, y vio frente a ella a Tilney Britten, alias Monty Wilson, que le cerraba el paso en la puerta del remolque, con una pistola en la mano.

—Suéltalo —repitió—, o disparo.

Prisioneros • 17

A TRIXIE se le cayó de las manos el permiso de armas. Los chicos habían acertado, después de todo, al afirmar que este hombre era un criminal sin escrúpulos que no se detendría ante nada. Y nada le iba a detener. En ese momento ella se acordó de que la caravana estaba enganchada al coche nuevo. Por lo tanto, él podría ponerlo en marcha y secuestrarla. Nadie se daría cuenta de su desaparición hasta la mañana siguiente.

Trixie tragó saliva. Pasara lo que pasara, ella no le demostraría el miedo que estaba sintiendo.

—Entonces, señor Britten —dijo, enderezando el cuerpo—, usted es un impostor, tal y como yo pensaba.

Él soltó una risita diabólica.

—Eres más lista de lo que te conviene, niña —dijo con gran parsimonia—. Ya que te voy a atar las manos a la espalda y amordazar dentro de unos minutos, charlemos un poco. Nadie nos interrumpirá. Ya le he dado mi muy sentido adiós a la estúpida de la señora Lynch y a su generoso marido. Todo está preparado para mi partida. Mis maletas están ahí fuera.

—Por eso subió a su habitación hace un rato —dijo Trixie—. Debería haberlo adivinado.

—Aún tienes mucho que aprender, pequeña —dijo—. Lástima que no vayas a vivir lo suficiente como para hacerte mayor y darte cuenta de que no debes meterte en donde no te importa.

—No sea idiota —dijo Trixie para hacer tiempo, con la esperanza de que Harrison la viera—. Quizás el puntilloso mayordomo estuviera informándole a la señora Lynch en este mismo momento de que su invitada, nada menos que en pijama, se había metido en el garaje hacía unos minutos—. No sea idiota —repitió, forzando una sonrisa—. Usted, es demasiado astuto como para complicarse la vida haciéndome daño. Usted sabe

perfectamente que esos retratos no demuestran nada, ni tampoco mi visita a la calle Hawthorne. Conque no tiene por qué preocuparse. Todavía no he encontrado ninguna prueba que demuestre que usted no es el señor Montague Wilson, excepto el permiso de armas, que supongo que usted no dejará que me lleve.

—No voy a dejar que te vayas, con o sin permiso —dijo—. Ahora que sabes quién soy, te iba a costar bien poco denunciarme. Para obtener el permiso de armas necesitan tus huellas digitales. Por mucho que cambiase de nombre, si te suelto, el FBI me detendría a las pocas horas.

—El FBI le cogerá, de todos modos —dijo Trixie—, y no por estafa, sino por secuestro. Cuando los Lynch descubran, mañana por la mañana, que he desaparecido, ¿no cree que se imaginarán lo que me ha pasado?

—Eso a mí no me importa, guapa —dijo, mientras le ataba las manos a la espalda—. Cuando lo averigüen, ya estaré a muchas millas de aquí. Y los Lynch no saben mi verdadero nombre.

Trixie no opuso resistencia alguna mientras le ataba las manos. De nada le serviría.

—No va a poder cobrar el cheque —dijo, para desahogarse un poco—. Inténtelo mañana por la mañana, y a ver qué pasa… ya verá lo poco que tarda la policía en capturarlo.

—¿Qué cheque? —preguntó—. El señor Lynch ha efectuado su «donación» en metálico. Después de la conversación que mantuvimos en la terraza, anoche, preferí no correr ningún riesgo.

Y sin más explicaciones sacó un pañuelo del bolsillo, lo dobló y amordazó a Trixie.

Trixie se dejó caer en la litera, haciendo grandes esfuerzos para contener las lágrimas. Él echó las cortinas, cubriendo parcialmente las ventanillas laterales, y salió de la caravana, cerrando las dos puertas desde fuera. Ya no había esperanza, ni una sola posibilidad de ser rescatada. Habría dado cualquier cosa por ver a alguien de su familia… incluso a Bobby…

¡Bobby! —pensó Trixie, y ya no pudo seguir reprimiendo el llanto. ¿Volvería a ver a su madre, a su padre, a alguno de sus hermanos? En ese momento se apagaron los focos, y la oscuridad hizo la situación intolerable. El coche arrancó, y un segundo más tarde el remolque salía del garaje, entrando de nuevo en una zona

iluminada. En ese preciso instante, Trixie vio por el rabillo del ojo que la portezuela de la ducha se estaba abriendo muy despacio. Si hubiera podido, habría gritado con todas sus fuerzas. Se quedó estupefacta al ver quién era el que salía de la ducha: Mart Belden. ¡Era Mart Belden!

De pronto se quedaron completamente a oscuras, porque la caravana había llegado ya a la carretera. Afortunadamente, Mart tenía una linterna. Con una mano la encendió y con la otra quitó a su hermana la mordaza.

—¡Qué maravilla, Mart! —fue todo lo que Trixie pudo decir.

—Tranquila, hermanita —le dijo mientras le desataba las manos —. No te preocupes; saldremos de este lío. Y cuando lo hagamos, le voy a poner la cara morada al desgraciado ese.

—Pe-pero ¿cómo te metiste en el compartimento de la ducha? — le preguntó Trixie en voz baja.

—Olvida eso ahora —dijo Mart—. Estuve a punto de salir mucho antes, pero cuando oí que Monty llevaba una pistola, pensé que era más sensato esperar.

Mientras hablaba fue abriendo las ventanillas laterales de la caravana.

El coche avanzaba a lo largo de la solitaria carretera que bordeaba el río. Trixie se levantó para mirar por la ventana de atrás, con la esperanza de que apareciesen los faros de algún coche.

—Oye, Mart. ¿Por qué no te pusiste a gritar como una fiera al pasar frente a la casa de los Lynch? —le preguntó—. Es posible que alguien pudiera haberte oído.

Él le explicó con una sonrisa:

—Con las puertas y ventanas cerradas, el único que me habría oído es Monty. Y no olvides que tiene una pistola, Trixie, y que no tendría inconveniente alguno en utilizarla. Esta huida de Monty es el último paso de su plan. Aquí termina el robo de los Lynch. Y hará cuanto esté en su mano para que no se lo estropeemos. Recuerda eso, Trix.

Ahora que ya no estaba tan sola e indefensa, Trixie empezó a recobrar el ánimo.

—No creo que lo olvide —dijo amargamente—. Pero Mart, imagínate que sigue todo el rato por las carreteras comarcales. ¿Qué haremos entonces?

Mart se quitó el suéter y se lo pasó.

—Estás tiritando de frío —dijo—. Anda, ponte esto.

Mientras la ayudaba a ponérselo, añadió—: A unas cinco millas de aquí, esta carretera llega a un cruce con Main Street, a la salida de la autopista. A menos que sea su noche libre, «Araña» Webster estará de servicio. Si el semáforo está en rojo, Monty tendrá que parar, y nosotros podremos pedir auxilio. Y si está verde, tendremos que pensar en algo que atraiga la atención de Araña cuando pasemos a su lado.

Trixie asintió.

—¿Pero qué vamos a hacer? —preguntó intrigada.

—Todavía no lo sé —admitió Mart—. Sólo espero que el semáforo esté rojo… a partir de ahí ya no se me ocurre nada más.

—Ya sé lo que podemos hacer —exclamó Trixie—. En la cocina hay una montón de cacharros y sartenes. ¿Y si los tiramos por la ventana al pasar junto a Araña? Eso le enfadará tanto que cogerá su moto y nos perseguirá. Si es que, como tú dices, está de servicio.

—Cualquier poli nos servirá —dijo Mart—. Eres genial, Trix. Oye, ¿y lo divertido que será ir tirando cosas a la poli y que no te arresten por ello?

Trixie sonrió.

—¡Sólo espero que los cacharros aterricen lo bastante cerca de Araña para atraer su atención —dijo dudando de que todo saliera perfecto. De pronto se le ocurrió decir—: ¡Mart! ¡Imagínate que no hay nadie en el cruce!

—Tiene que haberlo —replicó Mart, asustado—. Siempre lo hay.

—Sí —dijo Trixie—, pero suponte que se ha ido detrás de algún coche que se haya saltado el semáforo en rojo.

—Bueno, chica, no vamos a tener tan mala suerte… —dijo Mart —. Y de ser así, cuando salgamos a la autopista, podremos llamar la atención del primer coche que pase.

—Lo dudo —dijo Trixie—. Pasan zumbando en las dos direcciones. Y es de noche. Si fuera de día, podríamos hacerles gestos por la ventana de atrás.

Entonces Trixie, como si un pensamiento terrible le hubiera venido a la mente, cogió la linterna de Mart y la apagó.

—¿Qué te pasa…? —preguntó Mart.

—Mira la ventana delantera —murmuró—. ¿Y si a Monty se le

ocurre mirar hacia atrás y ve que hay luz?

—¡Uf! —exclamó Mart, quedándose sin respiración—. ¿Cómo no hemos caído en eso?

Casualmente la caravana había disminuido la velocidad, y estaba frenando. Por desgracia, Monty había visto la luz, e iba a comprobar qué pasaba.

—¡Deprisa! —murmuró Trixie, pasándole a Mart la cuerda con la que Monty la había maniatado—. Yo me pondré la mordaza. Tú átame las manos… ¡y vuelve a meterte en la ducha!

Mart obedeció sus órdenes con el tiempo justo. Monty, armado de pistola y linterna, entró en la caravana inmediatamente después de que la puerta del compartimento de la ducha se cerrara. Enfocó a Trixie, que se quedó sin respiración pensando: *¿Y si ahora le da por mirar en la ducha? ¿Qué pasará si descubre a Mart?* Su corazón latía cada vez más fuerte. Si encontraba a Mart en la ducha, le haría lo mismo que a ella.

Trixie lo miró fijamente, haciendo un gran esfuerzo por adoptar una expresión desafiante. Él la miró de soslayo.

—Me pareció ver una luz aquí dentro. Supongo que sería el reflejo de mis propios faros —dijo con una sonrisa hipócrita.

Acto seguido, cerró la puerta de golpe, y pasó la llave. Poco después el coche remolcaba la caravana acelerando cada vez más, y Mart salía de la ducha.

Mientras liberaba a Trixie, dijo:

—He estado a punto de morirme de frío ahí dentro. ¿No ves que todas las ventanas, salvo la delantera, están abiertas? ¡Monty las dejó cerradas! ¡Y, Trix, tú llevas puesto mi suéter! ¡Si le da por acordarse de que antes ibas en pijama, estamos arreglados!

Trixie suspiró profundamente pero a la vez sintió un escalofrío mientras le explicaba a Mart:

—Me enfocó el rostro, y nada más. Yo ni me acordé de las ventanas, y él no pareció fijarse en mi suéter. Todo lo que sabía yo era que ésta es una carretera solitaria y que llevaba una pistola en la mano.

Mart miró por la ventana.

—Ya no falta mucho —dijo—. Será mejor que estemos preparados.

—¡A las cañoneras! —dijo Trixie con una risa nerviosa, mientras

entraba en la cocina detrás de su hermano—. Veamos. Al llegar al cruce, el poli que esté de servicio estará a nuestra izquierda. Así que nos conviene disparar las salvas por las escotillas de babor, ¿no?

Mart asintió.

—Alúmbrame con la linterna mientras cojo la munición —le pidió Trixie.

Y prepararon las cacerolas, sartenes y tapaderas, con una meticulosidad que debía ser fruto del miedo que se estaba apoderando de ellos. Luego se sentaron, y esperaron.

Una historia verosímil • 18

LOS MINUTOS DE ESPERA se hicieron eternos. Mart observó que iban a una velocidad desmesurada.

—Cada vez vamos más deprisa —afirmó—. Me parece que pretende atravesar el cruce a toda velocidad.

—Ojalá se pase el semáforo en rojo —dijo Trixie—. Eso nos evitaría la molestia de tener que tirar los cacharros.

—No si Araña está de servicio —coincidió Mart. Cogió con una mano una sartén y con la otra una cafetera. Ya estamos casi, Trix. Preparados… todos a sus puestos… listos… ¡ya!

Así como estaba, arrodillada sobre la litera, Trixie arrojó los cacharros por la ventana con toda su furia. Alcanzó apenas a ver la vaga silueta de un policía, al pasar a su lado, y deseó con toda su alma que al menos uno de los cacharros que había tirado cayera cerca de él.

Entonces, casi sin darse cuenta de lo que hacía, sacó la cabeza fuera de la ventana y chilló:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Araña! ¡Socorro!

Mart la metió a la fuerza.

—¡Cállate! ¿No ves que si Monty te ha oído y nadie acude en nuestra ayuda lo vamos a pasar muy mal?

Poco después escucharon el pitido agudo de un silbato y, acto seguido, el ruido de una motocicleta y el aullido largo y sostenido de una sirena.

Era Mart el que estaba chillando ahora, pero se calló al ver que Araña los estaba adelantando.

—¡Échese a un lado! —oyeron que ordenaba el policía.

La caravana dio un fuerte patinazo y se paró en seco. Se produjo un gran silencio hasta que Trixie empezó a dar gritos.

En primer lugar, el policía sacó su revólver y le preguntó al conductor:

—¿Qué ocurre aquí?

—No sé a qué se refiere, oficial —dijo Monty bajando del sedán. Gracias a la luz de los faros del coche, Trixie pudo ver que estaba sonriendo.

—¿De modo que no lo sabe...? —preguntó Araña señalando hacia atrás con el pulgar—. ¿No le parece un poco extraño que los hijos de Belden me chillen y me tiren toda clase de cacharros por la ventanilla de su caravana?

Monty dirigió una mirada glacial hacia donde estaban asomados. Mart y Trixie tenían más de medio cuerpo fuera, y estaban agotados.

—No tengo la menor idea de por qué están esos chicos ahí dentro —dijo, encogiéndose de hombros—. Son polizones, sin duda.

Trixie recobró la voz.

—Él nos encerró, Araña. Tiene la llave. Haz que nos abra. Pero quítale antes la pistola.

Araña le registró los bolsillos y extrajo la pistola.

—¿Me enseña el permiso?

—Pues claro que sí, enseguida, oficial —contestó Monty mientras sacaba la hoja de papel rosado, plegada.

Araña la leyó por encima.

—Vamos, suelte a los chicos.

Con cara de aburrimiento, Monty obedeció. Trixie bajó la primera. Araña la miró de arriba abajo.

—Te he visto en otros jaleos antes, Trixie Belden, pero éste los supera a todos. Llevas puesto un suéter de una talla bastante mayor que la tuya. Estás en pijama, y descalza. ¿Dónde te crees que estás… en la fiesta del Halloween? Anda, entra en la caravana y cámbiate.

—No puedo —protestó Trixie—. No he traído más ropa conmigo, Araña.

—Está claro que esta niña está loca de remate —dijo Monty—. Y ahora, si no le importa, seguiré mi camino. Estoy seguro de que usted lo habrá notificado al cuartel desde su puesto, así que el coche patrulla estará al llegar. La policía se encargará de estos niños tan incordiantes.

Mart intervino:

—Araña, este hombre es un canalla de la peor clase. Y yo… —en

ese momento sonó la sirena del coche patrulla y se calló.

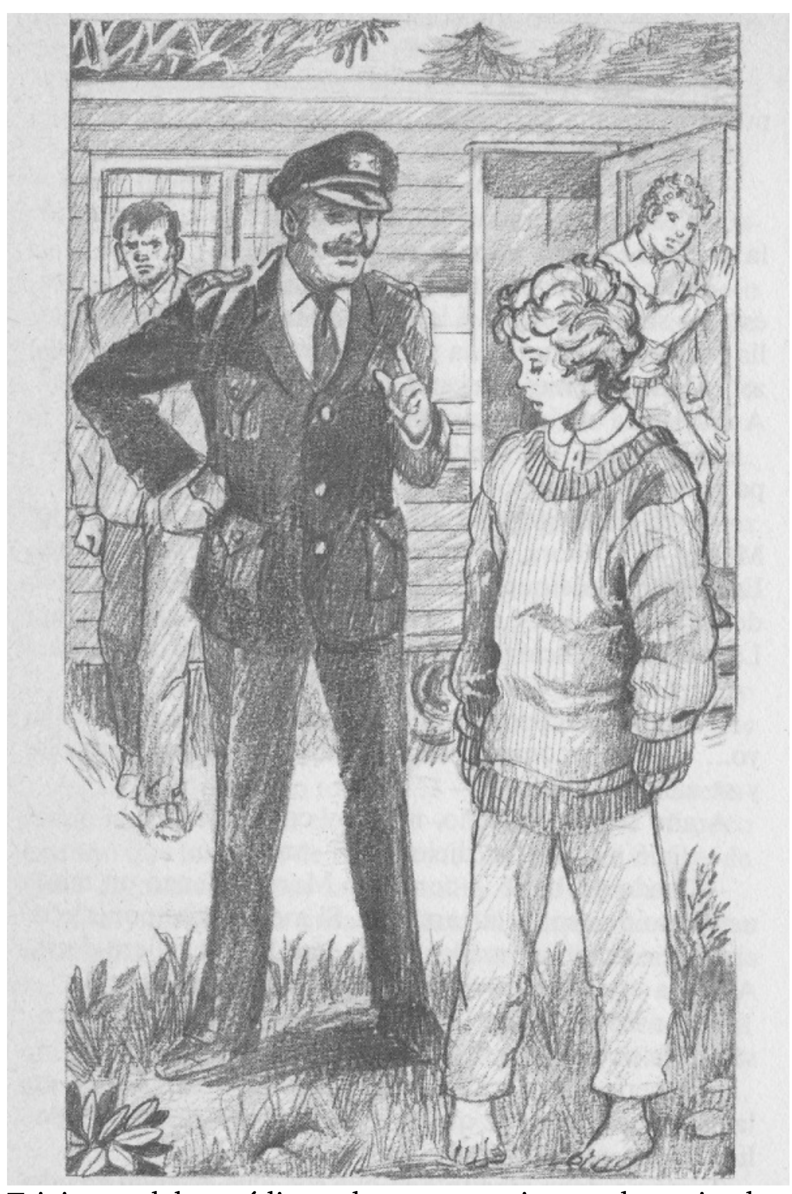
Araña frunció el ceño, no muy convencido.

—¿Qué me estabas diciendo? —preguntó.

—Puedo probarlo —concluyó Mart—. Tengo un magnetófono dentro de la caravana. Si me permite ponerle la cinta que acabo de grabar, entenderá lo que quiero decir. Acusa a este tipo de impostor, secuestrador, y…

—Por favor, Mart —le interrumpió Trixie—. ¡Qué cosas se te ocurren!

—Espera; ahora verás —dijo Mart. Volvió a meterse en la caravana y, a la vez que el coche patrulla se detenía, salió con un magnetófono portátil bajo el brazo.



Trixie no daba crédito a lo que sus ojos estaban viendo y era evidente que Monty no estaba menos sorprendido. Su rostro pétreo se había puesto pálido, y se podía adivinar la ira en sus ojos enrojecidos. Uno de los dos patrulleros salió del coche y preguntó a Araña:

—¿Qué es esto, una merienda?

—No tengo ni idea —contestó Araña, y señalando a Mart añadió —: Propongo que entremos todos en la caravana y escuchemos lo que ha grabado este chico.

—Aquí no funciona. No hay electricidad —explicó Mart.

Monty aprovechó para meter baza.

—¿Pero no lo ven, oficiales? Todo esto no es sino cosa de niños. Es la primera vez que veo a estos críos. Cuando cerré la puerta de la caravana, no sabía que estuvieran escondidos dentro —dijo con una risita nerviosa—. Tengo un buen sentido del humor, pero llevo prisa, oficial, así que si me disculpan…

—Espere un minuto —le interrumpió Mart—. Esto no es ningún chiste, Araña. Cuando lo grabé, el aparato estaba enchufado a un enchufe que había en el garaje de los Lynch.

—Bueno, bueno —dijo Araña—. Ya he oído bastantes tonterías. Después dio la orden a uno de los policías—: Llévalos a la comisaría, a todos, Molinson —dijo perdiendo la paciencia—. Quizás el teniente aclare todo este asunto.

Acto seguido se montó en su moto y se alejó por la carretera.

Trixie lo siguió con la mirada, llena de rabia y de desesperación. En ese momento se percató de que Molinson la estaba observando a ella con curiosidad y, cuando se disponía a explicarle por qué iba vestida de ese modo tan extraño, él exclamó:

—¡Yo a ti te conozco! ¡Tú eres la mismísima Trixie Belden!, la que nos ayudó a capturar a esos carteristas el agosto pasado.

Trixie asintió.

—Ahora que lo dice, yo también le recuerdo a usted, señor Molinson —dijo sonriendo—. Pero ¿no nos iba a llevar a todos a la comisaría? Este hombre es un criminal peligroso.

—Andando —dijo Molinson, cogiendo a Monty del brazo—. Seguidme, chicos.

Media hora después estaban todos sentados en una sala privada, en la comisaría. El sargento y el teniente también se encontraban allí. Trixie quiso contarles la historia desde el principio, aunque Monty la interrumpía constantemente, pero él mismo estaba cayendo en auténticas contradicciones.

—Yo a estos chicos no los he visto en mi vida —repitió, por lo menos, catorce veces.

—Parece usted un disco rayado —dijo el teniente con

impaciencia. Señaló la puerta, y Molinson le puso la mano a Monty en el hombro.

—Venga conmigo, caballero —le dijo Molinson con suma amabilidad—. Esperaremos ahí fuera.

Una vez que se hubieron marchado, Trixie volvió a contarle la historia. Para ahorrarle problemas a Tom, y a sí misma, no mencionó el incidente de la calle Hawthorne. Cuando tuvo que contar cómo se había introducido furtivamente en la caravana, cuando estaba dentro del garaje de los Lynch y había registrado los bolsillos de Monty, empezó a tartamudear.

—Bu-bueno, en-entonces —concluyó—, yo, yo me volví, y a-allí estaba él, a-amenazándome con una pis-pistola.

—Una historia verosímil —comentó el teniente con sarcasmo, y volviéndose hacia Mart, le dijo—: Bueno, veamos ahora qué oímos en tu aparato. Puedes enchufarlo ahí mismo.

Molinson entró en ese momento, y se quedó de pie junto a la puerta. Se hizo un silencio absoluto. Todos esperaban, curiosos e impacientes, escuchar la grabación en la que el chico tenía tanto interés. Trixie seguía sin saber cómo, ni cuándo, había podido meter Mart el magnetófono en el remolque, así que siguió con la vista, aunque sin entusiasmo, el movimiento circular de la cinta.

De pronto sonó la voz grave de Monty. Trixie se levantó de un salto, creyendo que estaba en la habitación, en alguna parte, o que estaba reviviendo la pesadilla, cuando él la sorprendió con el permiso de armas en la mano.

—¡Suelta inmediatamente eso!… suéltalo… o disparo.

Todos se miraron asombrados. Enseguida les llegó la voz de Trixie, tan exacta que todos se volvieron a mirarla.

—Entonces, señor Britten, usted es un impostor, tal y como yo pensaba.

Se oyó entonces la risita diabólica de Monty seguida de una cruel amenaza.

—Eres más lista de lo que te conviene, niña. Ya que te voy a atar las manos a la espalda y amordazar dentro de unos minutos, charlemos un poco…

—Es suficiente —dijo el jefe de policía—. Al menos, por ahora —añadió mirando a Molinson—. El sargento y yo nos encargaremos del señor Britten. ¿Sería tan amable usted de encargarse de los

Belden?

—Será un placer, señor —contestó Molinson, sonriendo—. ¿Los tiro al río, señor, los dejo en su casa, o les doy insignias de sheriff?

—Las tres cosas, y en ese orden —dijo el teniente con voz grave al mismo tiempo que guiñaba un ojo.

—A mí tíreme al río —dijo Trixie sollozando—. Cuando mamá me vea vestida así a esta hora de la noche… quiero decir, de la mañana… bueno, francamente, preferiría ir a la cárcel.

—Eso es justamente lo que yo estaba pensando —dijo—. La próxima vez que intentes capturar a un criminal armado, por tu cuenta, espero que por lo menos tengas la precaución de llevar algo en los pies.

Todos salen ganando • 19

EL SÁBADO por la mañana, los Bob-Whites se reunieron en el cobertizo. Los Belden estaban muertos de sueño, pues Trixie y Mart habían llegado pasada la medianoche en un coche patrulla, y luego habían estado un buen rato explicando todo. A Bobby no le habían despertado, pero los gritos de la madre de Trixie, al verla en ese estado, despertaron a Brian. Y entonces, cuando ya se iban a la cama, el señor Lynch había llamado por teléfono, y estuvo hablando largo y tendido con el señor Belden. Así que al amanecer los Belden estaban conversando, y Trixie consiguió conciliar el sueño ya bien entrada la mañana.

Cuando ella, Brian y Mart llegaron al cobertizo, se encontraron con que Honey y Jim no sabían nada de los acontecimientos de la noche anterior.

—Yo pensé que Di vendría muy temprano, para poneros al día —dijo Trixie, frotándose los ojos con las manos—. Yo estoy demasiado cansada para hablar. Di os lo contará cuando llegue.

—Trixie, por favor —suplicó Honey—. ¿Esperas que Jim y yo nos quedemos aquí, sentados, tan tranquilos, sabiendo que anoche arrestaron a Monty? Cuéntanoslo todo.

Trixie aceptó con resignación y comenzó por el principio. Le dio la impresión de que en pocas horas había repetido esa historia más de cien veces, tantas que parecía irreal.

—Lo mejor de todo —dijo para terminar— es que papá y mamá no se han enfadado conmigo demasiado.

—No están nada enfadados —exclamó Brian—. Están orgullosos de ti, Trix. Al fin y al cabo, tú no tenías planeado que Monty te secuestrase.

—Y yo sigo sin entender lo del magnetófono —dijo Honey—. ¿Cómo lo metiste en la caravana?

—Esa parte de la historia le pertenece a Mart —dijo Trixie,

agotada—. Te paso el micrófono, hermanito.

Mart sonrió.

—Bueno, todos conocéis a Ty Scott… el chico con el que se suponía que iba a pasar la noche. El magnetófono es suyo. Es aficionado a esas cosas. Está apuntado a un club en el que sus miembros se prestan cintas y demás. Igual que las organizaciones esas de amigos por correspondencia. El caso es que yo se lo pedí prestado anoche, sin más explicaciones. Lo puso en la cesta de mi bicicleta y lo llevé a casa de los Lynch. Llegaría allí sobre las nueve y cuarto. Sabía que Monty estaría viendo a esa hora la tele en el remolque, así que entré en el garaje sigilosamente y me escondí detrás de la limusina. Cuando acabó el programa, él se metió en la casa, y yo en la caravana. Escondí el aparato debajo de una litera, lo enchufé, y, justo cuando ya lo tenía todo preparado, miré por la ventana y vi a Trixie que venía descalza y en pijama. Al verla me quedé tan asombrado, que de momento no supe qué hacer hasta que cogió el picaporte para abrir la puerta. No pude desconectar el aparato. De hecho, sólo tuve tiempo para esconderme en la ducha y cerrar la puerta del compartimento, justo antes de que Trixie entrara en la caravana.

Trixie asintió.

—Ése fue el ruidito que oí, y que por poco me mata del susto.

—No lo entiendo, Mart. ¿Por qué te escondiste de Trixie? —preguntó Jim.

—Porque —replicó— ella me habría estropeado el plan.

—¿Pero cuál era tu plan? —preguntó Honey—. ¿Qué pretendías demostrar instalando un magnetófono en el remolque?

—Exactamente lo que os dije ayer por la tarde, en la reunión —dijo Mart—. Tenía la intención de forzar a Monty a que confesara su crimen y grabar esa confesión sin que él lo supiese.

—Todavía no lo cojo —dijo Jim—. ¿Y por qué iba Monty a confesar, en el remolque, o donde fuera?

—Dejad que os cuente la historia a mi manera —solicitó Mart—. Tenía pensado saludarle cuando regresara al Robín, para ver el programa de televisión de las once. Iba a acusarle, diciéndole que le había visto entrar en el hotel de Olifante antes de quedarse a vivir con los Lynch y también durante su estancia. No era verdad, por supuesto, pero la sorpresa le habría soltado la lengua. Después le

propondría un pacto: yo cerraría el pico si me daba parte del botín. Un diez por ciento, para ser exacto.

Honey balbuceó:

—¿Cinco mil dólares? Pero Mart, estoy segura de que jamás te hubiera dado todo ese dinero. No contabas con ninguna prueba.

—Yo no esperaba que me diera ni un centavo —dijo Mart con paciencia—. Sólo quería hacerle hablar, y creo que habría hablado mucho más de la cuenta bajo la presión de mi hábil interrogatorio y de mis calculadoras acusaciones.

Jim le dijo con cierta ironía:

—Y supongo que mientras te estuviese observando, tú desenchufarías el aparato, lo sacarías de su escondite, y saldrías de la caravana con el cacharro bajo el brazo. ¡No me cabe la menor duda de que habrías llegado muy, muy lejos! ¡No habrías llegado ni a la puerta!

—Olvidas, querido James —explicó Mart—, que yo no tenía ni idea de que el muy canalla iba a partir esa misma noche. Yo tenía pensado volver cuando él se hubiera metido a dormir en la casa y coger el aparato entonces.

—Bueno, eso no estaba mal planeado —admitió Jim—. Pero te arriesgaste a lo peor, Mart. Probablemente, te habría hecho lo mismo que hizo con Trixie.

—Cierto —dijo Mart—, pero yo no sabía que él tenía una pistola. Ninguno de nosotros tenía la menor idea. Si las cosas se hubieran puesto feas, y suponiendo que no hubiera tenido pistola, yo lo habría tumbado de un puñetazo. Si no levanta un palmo del suelo, y está tan esmirriado… por eso lleva (o llevaba) pistola.

—Hay una cosa que todavía no has aclarado —dijo Trixie—. ¿Ibas a dejar el magnetófono funcionando hasta que él volviera a la caravana a las once? Esas cintas no suelen durar más de media hora, ¿no es así?

Mart asintió.

—En eso tuvimos suerte… mucha suerte —reconoció—. Yo lo conecté para ver si funcionaba, y no lo pude apagar. Cuando la cinta llega al final, el magnetófono se desconecta automáticamente.

Trixie dijo dando un suspiro:

—Pero ahí no terminó la cosa. No quiero ni pensar en lo que me habría pasado si tú no te hubieses escondido en la ducha, Mart.

¡Quién sabe dónde estaría yo ahora!

Le entró un escalofrío al recordarlo. Honey la abrazó para tranquilizarla, mientras le decía:

—Tiene que haber sido horrible, Trixie. Yo me habría muerto de miedo.

Jim tosió tímidamente y dijo:

—Bueno, un poco de orden, señoras y señores. No podemos seguir esperando a Di. Tenemos que decidir hoy qué hacemos con el cobertizo. ¿Alguien puede aportar alguna idea brillante?

En ese momento irrumpió Di en la reunión.

—¡Ay, todo es tan maravilloso…! —exclamó, con cara de felicidad—. Mamá se ha dado cuenta de que todas esas cosas raras que han estado sucediendo en casa últimamente no habrían ocurrido si hubiese llevado la casa como solía. Así que ha despedido a Harrison y a las niñeras, y a mí me pagará una pequeña suma por cuidar a los gemelos.

Mart dijo bromeando:

—Eso te convierte en un auténtico Bob-White[7] con todas sus plumas, ¿o debería decir que vas a dedicarte a eso de «empollar», como otra Bob-White que yo conozco?

—Hablando de pájaros —le preguntó Honey a Di—, ¿os habéis enterado de lo que sucedió con esos pajaritos de porcelana tan valiosos que desaparecieron del estudio de tu padre?

Di asintió.

—Monty lo confesó todo, ¿sabes? Los robó y se los dio a Olifante. Cuando la policía registró su hotel esta mañana, los encontró. Así que en esta ocasión sí que irá a la cárcel.

—Bien —dijo Brian—. Me figuro que eso lo aclara todo. Sólo falta solucionar lo del equipo de invierno de los Belden —añadió señalando con el dedo los patines, los esquíes, y las botas de montaña—. En nuestro garaje no ca ben, y ya no podemos seguir guardando todo aquí. Esto les pertenece ahora a Tom y a Celia.

Di soltó una carcajada y dijo:

—Se me olvidó deciros la recompensa que papá va a darles a Trixie y a Mart.

—¿Recompensa? —preguntó Trixie recuperándose de su somnolencia—. ¿Qué recompensa, y a santo de qué?

—La caravana —contestó la mensajera—. ¿Por qué? Bueno, ¿no

evitasteis acaso que Monty se la llevara? ¡Aparte de los cincuenta mil dólares!

—¿La caravana? —repitió Trixie dirigiéndose a Mart—. ¿Tú sabes de qué está hablando?

—De pájaros —respondió Mart—. Los Bob-Whites, y las valiosísimas aves de porcelana. Aunque la verdad, he de confesar que todo esto me suena a chino.

Di seguía riéndose.

—A ver, Mart, tranquilízate, que yo te lo explicaré enseguida: papá os regala a Trixie y a ti la caravana. ¿Y no te parece que podríamos convertirla en la sede de nuestro fabuloso club?

Fue demasiado para Trixie: se dejó caer en el suelo del cobertizo.

—No puedo creerlo —dijo con voz trémula—. Sencillamente, no puedo creerlo. Y no vamos a aceptarlo, de ninguna manera, ¿verdad, Mart?

—No —respondió, quedando en silencio unos instantes—. No como sede del club. Pero sí podemos regalárselo a Tom. Después de todo, el jugó un papel muy importante en todo este asunto de Monty. Yo, sin ir más lejos, jamás habría sospechado de ese tipo si Tom no nos hubiera dicho lo que nos dijo.

—¡Es verdad! —gritó Trixie entusiasmada—. Y si tú no hubieses sospechado de él, yo no estaría aquí hoy. Y Monty no estaría en la cárcel.

—Supongo que Tom también se merece una recompensa —dijo Di—. ¿Pero es necesario que le deis la caravana?

—¡Cielos, no! —contestó Mart furioso—. Simplemente haremos un trato. Nosotros nos quedamos con el cobertizo, y él aparca la caravana en ese terrenito del que Honey nos habló el otro día.

—¡Perfecto! —exclamó Honey aplaudiendo la propuesta—. El lugar ideal para el remolque es aquel claro del bosque, en la colina que hay detrás de las cuadras. Tiene una vista fantástica del Hudson. Estoy convencida de que Celia y Tom se llevarán una alegría con todo este asunto, ¿tú no, Jim?

—¡Y tanto! —admitió Jim—. ¡Chicos!, ¿no es estupendo que no tengamos que abandonar este sitio?

Di estaba emocionada.

—Y traigo más noticias —añadió—. En aquella libreta negra que

Trixie descubrió en el bolsillo de Monty, la policía encontró el nombre y la dirección de mi tío de verdad, el verdadero hermano de mi madre.

—De alguna manera —dijo Trixie, medio vencida por el sueño—, siempre supe que estaba vivo.

—Así es —dijo Di—. Mi madre le ha telefoneado esta mañana, una llamada de larga distancia, a Arizona. Él tiene allí un enorme rancho para turistas, y saldrá volando rumbo al Este en cuanto pueda, para el feliz reencuentro.

—¿Y por qué nunca intentó ponerse en contacto con tu madre? —preguntó Honey.

—Lo hizo —explicó Di—. Pero cuando averiguó su paradero, papá ya era rico. Trixie tenía razón. Mi tío, el de verdad, creyó que aparecer así, de repente, justo entonces, sería un poco, bueno…

—… le haría parecer un cazafortunas —concluyó Mart—. El dinero, ciertamente, complica las cosas, ¿verdad? Me alegro de no tenerlo. Es verdad que Trixie me debe un dólar, pero eso y nada es lo mismo.

—Eso, eso… pregónalo a los cuatro vientos —dijo Trixie exasperadamente—. ¿Tengo yo la culpa de no poderte pagar hoy? ¿Tengo yo la culpa de que no vaya a recibir mi paga semanal?

—Pero, Trixie —exclamó Honey—, ¿por qué no?

—Porque —dijo Trixie con desgana— a papá y a mamá no les hizo ninguna gracia, que digamos, el que yo registrara la habitación y la chaqueta de Monty, por muy impostor que haya resultado ser.

Brian sonrió diciendo:

—No es sólo eso, hermanita. Se trata de que aprendas a tener precaución antes de meterte en situaciones que a primera vista no parecen peligrosas, pero que luego suelen serlo. Por si no te acuerdas, anoche te salvaste de milagro.

Jim le cogió una mano a Trixie y la apretó entre las suyas, diciendo:

—Dejarla sin su paga semanal, me temo que no va a servirte de nada. A menos que nosotros tomemos medidas drásticas, esta chica terminará de carterista.

—Cierto, cierto —dijo Mart bromeando—. Creo que voy a reservarle una habitación en el hotel ahora mismo.

Jim le hizo un guiño a Brian.

—Nunca escarmentará si no tomamos serias medidas. Propongo que la expulsemos del club hasta dentro de seis meses —dijo con voz solemne.

—Oh, no podéis hacerle eso —exclamó Di—. Lo estropearía todo.

—¿Por qué? —preguntó Mart—. Si perdiéramos menos tiempo persiguiendo canallas, haríamos que este lugar pareciese un palacio de exposiciones antes de Navidad. Cortinas, armarios, bancos y mesas —exclamó levantando los brazos—. Pero en cambio, y gracias a Trixie, todo lo que nos ofrecen, en bandeja de plata, es una caravana. ¿Y quién quiere un club que nosotros mismos no hayamos construido? Y si no expulsamos a Trixie, jamás llegaremos a arreglar éste.

—Oh, por favor, escuchadme —suplicó Di—. El verdadero tío Monty nos ha invitado a todos a pasar las navidades en su rancho.

—¿Qué? —gritaron todos al unísono. Mart añadió—: ¿Y por qué no nos lo dijiste antes?



—Lo he estado intentando —le dijo Di—, pero tú no dejas de interrumpirme, para meterte con Trixie. Si vuestros padres no se oponen, quizás papá lo arregle todo para que podamos ir en avioneta. Así podríamos ir y venir de Arizona en avión.

—¡Navidades en Arizona! —gritó Brian loco de alegría—. ¡Indios y vaqueros, caballos a montones… uf, será como participar en una película del Oeste! —añadió cogiendo a Mart del brazo.

—Y Trixie, seguramente, nos meterá en algún otro misterio, incluso en Arizona —dijo Jim, mirándola con sonrisa burlona.

Trixie sonrió también. Pero, en el fondo de su corazón, tuvo el presentimiento de que, de un modo u otro, algún misterio les aguardaba en un futuro próximo. ¡Después de todo, aún faltaba muchísimo tiempo para que llegaran las navidades!

Autor

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.

Notas

[*] N. del T.: en el lado soñoliento del río Hudson. <<

[1] N. del T.: "high school" equivale al BUP; "junior h.s.", 1º de BUP.
<<

[2] N. del T.: "pancakes": parecidos a las crêpes; en Sudamérica, panqueques. < <

[3] N. del T.: Se llama Verano Indio a unos días de calor que preceden al invierno, en octubre. < <

[4] N. del T.: Fiesta típicamente americana, en la que los niños, entre otras cosas, juegan a fantasmas. <<

[5] N. del T.: Melcochas, o marshmallows, son una especie de pasta hecha de las raíces del malvavisco, muy dulzona y pegajosa, imprescindible cuando se quiere dejar a todos los invitados con los dedos pringosos. <<

[6] N. del T.: para hacer las tostadas francesas, antes de tostar el pan, se unta de huevo y leche. < <

[7] N. del T.: el Bob-White es una codorniz parda, norteamericana. Su nombre científico es Colinus Virginianus. El macho de esta especie tiene una franja blanca en la cabeza; de ahí el nombre de «white». Es una ave de caza muy popular. < <